

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 66-68

X39Y
.STI
DI
.S

MADAME DE STAEL

Diez años de destierro

MEMORIAS



Precio, 0,90 pías.

MADRID-BARCELONA

MCMXIX

Edición Google

COLECCION UNIVERSAL

Madame de Stael.

DIEZ AÑOS DE DESTIERRO

ES PROPIEDAD
Copyright by Ca'pe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

Digitized by Google

COLECCION UNIVERSAL

MADAME DE STAEL

Diez años de destierro

MEMORIAS

La traducción del francés ha
sido hecha por Manuel Azaña.



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

Digitized by Google

~~1736~~

495415

BIBLIOTECA SOLALINDE

X39Y

APR 26 1941

STI

DI

S

Germana Necker nació en París el 22 de abril de 1766, de una familia burguesa y protestante. Su padre, banquero suizo establecido en París, llegó a la celebridad como ministro de Luis XVI en los albores de la Revolución. Germana fué educada por su madre, de la confesión calvinista. Avida de aprender, de imaginación exaltada, Germana mostró una precocidad intelectual y sentimental extraordinaria. Asistía desde niña al salón de su madre, frecuentado por hombres eminentes en letras y artes, y seguía con mucho interés las cuestiones de filosofía, de política, de literatura que se ventilaban ante ella. Era entusiasta, apasionada, de corazón ardiente, de entendimiento vivo e insaciable, sedienta de felicidad y de gloria; nacida para brillar en su salón, fuera del cual le era enojosa la vida, su goce supremo consistía en conversar con otros espíritus de fino gusto y probado ingenio. Amar, ser amada, mezclarse en todos los grandes sucesos de su tiempo y, en cierto modo, dirigirlos; pedir a la vida cebo suficiente para acallar su turbulenta imaginación, reducir a escrito los brillantes haces de ideas que su inteligencia levantaba al herir la realidad: tales fueron sus esperanzas, frustradas en gran parte, y su empleo, de donde nacieron sus desventuras y su nombradía. A los quince años comenzó a escribir. De sus ensayos de esta época se citan

las Cartas sobre los escritos y el carácter de J. J. Rousseau, impresas en 1788. A los veinte años se casó, o, más bien, la casaron por conveniencia con el barón de Stäel-Holstein, ministro de Suecia en Francia, diez y siete años mayor que Germana. Entre Necker y el rey de Suecia mediaron largas negociaciones para que se elevara a embajada la legación sueca en París, y se proveyera a perpetuidad en el barón de Stäel, a quien se daría, además, el título de conde. Los Necker querían para su hija una "gran boda". El esplendor de su casa y su brillante papel en la sociedad de París parecía que, en cierto modo, iban a compensarla de aquella primera decepción sentimental. La baronesa de Stäel tuvo un salón famoso, donde se reunían los reformadores, los constitucionales, liberales como ella, propugnadores de un Gobierno parlamentario templado, burgués. Las fuerzas de la Revolución, desbordadas, rebasaron las ideas y la política de Mme. Stäel y de sus amigos, sumergiéndolos a todos. En septiembre de 1792, Mme. Stäel se retiró a Coppet, posesión de su familia, en Suiza, donde su padre vivía. Hizo un viaje a Inglaterra y otro a París, de donde se marchó nuevamente en 1795, disgustada con los personajes del Directorio. De esta época data su gran pasión por Benjamín Constant, que tanta influencia tuvo en su vida. Vuelta a París en 1797, hallándose en el Poder sus amigos Talleyrand y Constant, la gloria juvenil de Bonaparte la deslumbró. El "general del ejército de Italia" subyugaba la admiración uni-

versal. Madame de Stäel quiso ser la musa de aquel genio. Era tan grande el prestigio de Bonaparte y tan impresionable la baronesa de Stäel, que en su primera entrevista con el héroe, la admiración la hizo enmudecer. Bonaparte estuvo frío y desdeñoso; la desavenencia quedó sembrada, y germinó y creció, a través de varias vicisitudes, llegando a fructificar en persecuciones y en odio. Todavía después del 18 Brumario, madame de Stäel quiso granjearse la amistad del Primer Cónsul. Pero en los primeros días del año 1800 Benjamín Constant, miembro del Tribunado, cuyas relaciones con Mme. de Stäel eran notorias, pronunció un discurso de oposición a la naciente tiranía napoleónica. En este punto, que marca una ruptura de hostilidades, comienzan las Memorias. A esta obra le dió su autor el título de Diez años de destierro; pero la narración está incompleta y sólo comprende un período de siete años. Consta de dos partes: la primera abarca desde 1800 a 1804, interrumpiéndose después de la muerte de Necker; la segunda principia en 1810 y queda bruscamente cortada en 1812, al llegar Mme. de Stäel a Suecia. La primera parte la escribió en Coppet, en 1810, después de la prohibición de su obra sobre Alemania y de su expulsión de Francia. La segunda parte la escribió a su llegada a Estocolmo, camino de Inglaterra, en 1812. En lugar de tomar el hilo de la narración, cortado en 1804, Mme. Stäel prefirió escribir sus recientes impresiones de viaje por Austria y Rusia, países

que acababa de recorrer en parte huyendo de la policía de Napoleón. Este trozo es el más agradable de toda la obra; la descripción de las costumbres del pueblo y de la corte rusos, es muy animada y brillante; el agudo talento del autor aparece a cada línea en sus observaciones sobre el carácter ruso, que aun ahora no han perdido interés para la psicología de aquella nación. Todo ello va envuelto en un estilo de cierto amaneramiento sentencioso, pero vivo y rápido. De la obra, en general, dice un biógrafo, al poner en guardia al lector contra el odio que la inspira, que estas memorias no deben mirarse como un libro de historia ni como un libelo; son "el clamor patético y la imprecación de una víctima".

En 1800, Mme. Stäel publicó su primera obra importante: La literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales, en la que defendía la teoría del progreso. Desde esta época hasta su expulsión de Francia, en 1807, son de notar en la vida de Mme. Stäel: el esplendor de su salón en París, centro del antibonapartismo; las sátiras y cábalas de este salón irritaban al Primer Cónsul, en quien veía Mme. Stäel un obstáculo para la libertad y la paz; la muerte del barón Stäel, en 1802, separado de su mujer desde 1798—a pesar de su pasión por Constant, Mme. Stäel no se casó con él—; la publicación de Delfina, novela autobiográfica; el viaje por Alemania—contado en Diez años de destierro—y por Italia, y la publicación de Corina, otra novela autobiográfica,

que alcanzó un éxito inmenso. Expulsada en 1807, tuvo en Coppet una pequeña corte, donde la visitaban amigos ilustres. En 1808 hizo un nuevo viaje a Alemania; rompió con Constant, y en 1810 se instaló en Chaumont para atender desde lo más cerca posible a la impresión de su obra *De l'Allemagne*. Prohibido el libro en la forma referida en Diez años de destierro, recibió orden de salir para Coppet. Aquel mismo año conoció a Alberto de Rocca, de una ilustre familia ginebrina, oficial joven y guapo, mal herido; ella le doblaba la edad. Se enamoraron, y en 1811 contrajeron matrimonio secreto. La policía de Napoleón hizo insoporrible a Mme. Stäel la residencia en Coppet; en mayo de 1812 se fugó, fué a Viena y Petersburgo, y se embarcó para Suecia e Inglaterra, adonde llegó en junio de 1813. Allí publicó *De l'Allemagne*, obra capital en la historia del romanticismo francés. Madame Stäel regresó a Francia y a París en 1814; reanudó su salón, y se encontró en desacuerdo con la reacción política dominante y con las ideas y las maneras de la nueva sociedad. Murió en París, en julio de 1817. Las Consideraciones sobre la revolución francesa y Diez años de destierro son obras póstumas, que sus hijos publicaron en la colección de Obras completas.

DIEZ AÑOS DE DESTIERRO

PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO

Causas de la animosidad de Bonaparte contra mí.

Me propongo referir las circunstancias de mi vida durante diez años de destierro. No me mueve el deseo de que el público hable de mí. Las desgracias sufridas, por grande que sea la amargura que me han causado, son tan poca cosa frente a los desastres públicos que estamos viendo, que daría vergüenza hablar de uno mismo a no hallarse los sucesos que nos conciernen ligados a la gran causa de la humanidad amenazada. El Emperador Napoleón, cuyo carácter se muestra por entero en cada rasgo de su vida, me ha perseguido con minucioso cuidado, con actividad cada vez mayor, con inflexible rudeza, y mis relaciones con él sirvieron para dármele a conocer mucho tiempo antes que Europa hubiese descifrado el enigma de su carácter.

No entro ahora en el relato de los sucesos que precedieron al advenimiento de Bonaparte en la escena política de Europa; si realizo el designio

que tengo de escribir la vida de mi padre, contaré lo que vi en los primeros días de la Revolución, que con su influencia ha cambiado el destino del mundo entero. Ahora sólo voy a trazar la parte de ese vasto cuadro que me concierne directamente. No obstante, me lisonjea la esperanza de que al echar, desde un punto de vista tan limitado, algunas miradas sobre el conjunto, lograré hacerme olvidar al referir mi propia historia.

El mayor agravio del Emperador Napoleón contra mí es el respeto que siempre he tenido por la libertad verdadera. Estos sentimientos fuéronme transmitidos como por herencia, y los adopté en cuanto pude reflexionar sobre los elevados pensamientos de donde nacen y sobre las bellas acciones que inspiran. Las crueldades que deshonraron la Revolución francesa no pueden, a mi entender, perjudicar al culto de la libertad, pues sólo eran formas populares de la tiranía. Cuando más, podrían desalentarnos respecto de Francia; pero si este país, por desgracia suya, fuese incapaz de poseer ese don nobilísimo, no sería ello razón bastante para proscribirlo de la tierra. Cuando el sol desaparece del horizonte en los países del Norte, los habitantes de esas regiones no blasfeman de sus rayos, que continúan alumbrando a otros países más favorecidos por el cielo.

Poco tiempo después del 18 Brumario, fueron a decir a Bonaparte que yo había hablado, entre amigos, contra la naciente opresión, cuyos progresos presentía yo con tanta claridad como si hubie-

se leído en el porvenir. José Bonaparte, cuyo ingenio y conversación me agradaban, vino a verme y me dijo:

—Mi hermano está quejoso de vos. “¿Por qué —me preguntó ayer—, por qué la señora de Stäel no se adhiere a mi gobierno? ¿Qué es lo que quiere? ¿La devolución del depósito de su padre? Lo decretaré. ¿Residir en París? Se lo permitiré. En suma, ¿qué quiere?”

—¡Dios mío!—repliqué yo—. No se trata de lo que quiero, sino de lo que pienso.

Ignoro si le dijeron mi contestación a Bonaparte; de lo que sí estoy segura es de que, si la oyó, le parecería desprovista de sentido, porque no cree en la sinceridad de las opiniones de nadie. Considera la moral, en todos los órdenes, como una fórmula que no tiene más importancia que las usuales en el final de las cartas; y así como de asegurar a cualquiera que uno es su devoto servidor no se deduce que pueda exigirnos servicio alguno, Bonaparte cree que si alguien dice que ama la libertad, que cree en Dios, y que antepone su conciencia a su interés, es un hombre que se acomoda a la costumbre y que emplea las expresiones comunes para declarar sus ambiciosas esperanzas o los cálculos de su egoísmo. La única especie de criaturas humanas que no alcanza a comprender es la de quienes siguen una opinión con sinceridad, cualesquiera que puedan ser las consecuencias; para Bonaparte, tales hombres son unos bobos o unos traficantes que pretenden hacerse pagar muy caro.

De suerte que, como se verá más adelante, sólo se ha equivocado en este mundo acerca de las gentes honradas, ya fuesen individuos, ya fuesen, sobre todo, pueblos (1).

(1) Cuando Bonaparte fué nombrado Cónsul, ya la señora de Stäel había adquirido gran celebridad por sus opiniones, por su conducta y por sus escritos. Un personaje como Bonaparte excitó la curiosidad, y, al principio, un poco el entusiasmo de una mujer interesada por todo lo grande. Se apasionó por él, le buscó, le persiguió por doquiera. Creyó que tantas cualidades eminentes como por ventura se juntaban en él, y tantas circunstancias favorables, debían redundar en provecho de la libertad, ídolo favorito de la señora de Stäel; pero sólo consiguió alarmar inmediatamente a Bonaparte, que no quería ser observado ni adivinado. La señora de Stäel, después de haberle inquietado, le desagradó. El Cónsul recibió sus insinuaciones con frialdad, la desconcertó con palabras firmes, a veces secas; lastimó algunas de sus convicciones, estableciéndose entre ambos una especie de desconfianza, y como los dos eran apasionados, la desconfianza no tardó en convertirse en odio. En su casa de París recibía la señora de Stäel mucha gente, y allí se hablaba con libertad de todos los asuntos políticos. Luis Bonaparte, muy joven, la visitaba a veces y se recreaba en su conversación; su hermano, alarmado, se lo prohibió, y mandó que le vigilaran. Al salón de la señora de Stäel acudían literatos, publicistas, políticos de la Revolución y grandes señores. "Esa mujer—decía el Primer Cónsul—enseña a pensar a los que no se les ocurriría hacerlo o lo han olvidado." Esto era verdad. La publicación de algunas obras de Necker acabó de irritarle, y la desterró de Francia, perjudicándose mucho con un acto de persecución tan arbitraria. Más aún: como nada enardece tanto como una primera injusticia, persiguió también a las personas que la acompañaron cortésmente en el destierro. Sus obras, con excepción de sus novelas, fueron mutiladas al publicarse en Francia; todos los periódicos recibieron orden de tratarlas mal. Se encarnizaron con ella sin generosidad alguna, y mientras de su país la expulsaban, los extranjeros la recibían con distinción... Algunas veces he oído a Bonaparte hablar de la señora de Stäel. Su odio se fundaba hasta cierto punto en la especie de celos que le inspiraban los talentos superiores, cuando no eran sumisos; hablaba de ella a menudo con una acritud que, a su pesar, la engrandecía, y que a él le rebajaba en la opinión de las personas de juicio sereno que le escuchaban.

(Memorias de la señora de Remusat, tomo II, pág. 400.)

CAPITULO II

Comienzos de la oposición en el Tribunado. Primeras persecuciones con este motivo.—Fouché.

Algunos tribunos querían formar en su asamblea una oposición análoga a la de Inglaterra, y tomar en serio la Constitución, como si los derechos que al parecer garantizaba tuviesen alguna realidad, y como si la aparente separación de los cuerpos del Estado fuese algo más que una mera fórmula de etiqueta, una distinción entre las diversas antecámaras del Cónsul, en las que se admitía a unos cuantos funcionarios. Confieso que recibía con gusto al corto número de tribunos que se negaban a emular la complacencia de los consejeros de Estado, y pensaba que, sobre todo los que en años anteriores se habían dejado arrastrar demasiado lejos por su amor a la República, tenían el deber de ser fieles a su antigua opinión, ya que había pasado a ser la más débil y amenazada.

Uno de esos tribunos, amigo de la libertad, y dotado de uno de los entendimientos más notables que la naturaleza haya otorgado jamás a hombre alguno, Benjamín Constant, me consultó acerca del discurso que se proponía hacer, denunciando la aurota de la tiranía; le animé a ello con toda la fuerza de mis convicciones. Sin embargo, como se sabía que era de mis íntimos amigos, no pudo por menos de temer lo que por ese motivo podía sucederme. Mi lado flaco era mi afición a la vida de

sociedad. Montaigne escribía antaño: "Yo soy francés por París." Y si pensaba así hace ya tres siglos, ¿qué sería hoy, cuando vemos reunidas en una sola ciudad tantas personas de ingenio, habituadas a emplearlo en el placer de la conversación? El aburrimiento me ha parecido siempre un espectro pavoroso; por el terror que me causaba, hubiese sido yo capaz de plegarme a la tiranía si el ejemplo de mi padre, y su sangre, que corre por mis venas, no hubieran triunfado de tal flaqueza. Sea como quiera, Bonaparte la conocía muy bien; discierne con rapidez el lado flaco de cada cual, y utiliza los defectos de los hombres para imponer su dominación. Al poder con que amenaza y al cebo de las riquezas junta el discernimiento del fastidio, que también es un modo de aterrorizar a los franceses. La permanencia a cuarenta leguas de la capital contrasta de tal modo con los atractivos de la ciudad más agradable del mundo, que la mayor parte de los desterrados, hechos desde su niñez a los encantos de la vida de París, acaban por rendirse.

La víspera del día en que Benjamín Constant iba a pronunciar el discurso, estaban en mi casa Luciano Bonaparte, los señores X., X., X., X., y algunos más, cuya conversación tenía, en diferente grado, el interés sin cesar renovado que despiertan la fuerza de las ideas y la gracia de la expresión. Todos, excepto Luciano, dolido de haber sido proscrito por el Directorio, estaban dispuestos a servir al nuevo Gobierno, sin exigirle otra cosa que bue-

nas recompensas por adherirse a su poder. Benjamín Constant se me acerca y dice, en voz baja:

—Tenéis el salón lleno de personas de vuestro agrado; si hablo, mañana no vendrá ya nadie; pensadlo bien.

—Hay que seguir sus convicciones—le respondí.

La exaltación me inspiró esta respuesta; pero confieso que si hubiera previsto lo que he sufrido desde entonces, me hubiesen faltado fuerzas para rehusar el ofrecimiento que el señor Constant me hacía de renunciar a ponerse en evidencia para no comprometerme.

Hoy en día significa muy poco, desde el punto de vista del buen nombre, incurrir en la desgracia de Bonaparte; puede hacerle a uno perecer, pero no puede menoscabar una reputación. Entonces, por el contrario, la nación ignoraba sus tiránicos designios; y como todos los que habían padecido durante la Revolución aguardaban de él el retorno de un amigo o la devolución de una fortuna, quien osaba resistirle recibía el abrumador dictado de jacobino, y la buena sociedad os abandonaba al mismo tiempo que la amistad del Gobierno; situación insoportable, sobre todo para una mujer, y cuya punzante mortificación nadie puede conocer sino por experiencia.

El mismo día en que un amigo mío inauguró la oposición en el Tribunado, iban a reunirse en mi casa varias personas, cuyo trato me agradaba en extremo, pero afectas todas al nuevo Gobierno. A las cinco de la tarde recibí diez cartas de excusa;

soporté bastante bien la primera y la segunda; pero a medida que las cartas se sucedían, fuí perdiendo la calma. En vano apelé a mi conciencia, que me había aconsejado renunciar a todas las ventajas unidas al favor de Bonaparte; las personas que me censuraban eran tantas y tan honradas, que no tuve firmeza bastante para apoyarme en mi personal modo de ver. Bonaparte no había, en rigor, cometido aún falta alguna; muchos aseguraban que preservaba a Francia de la anarquía. En fin, si en aquel momento me hubiese enviado a decir que se reconciliaba conmigo, creo que mi impresión hubiese sido más bien de contento; pero Bonaparte no quiere reconciliarse con nadie sin exigirle una bajeza, y para determinarle a ella suele dejarse arrebatado por un furor como hecho de encargo, que aterroriza y subyuga. No quiero decir con esto que Bonaparte no sea verdaderamente arrebatado; en él, todo lo que no es cálculo es odio, y el odio se manifiesta de ordinario con ira; pero el cálculo prepondera en su ánimo, hasta el punto de que nunca demuestra más ira de la que le conviene, según las circunstancias y las personas. Un amigo mío le vió cierto día enfurecerse contra un comisario de guerra que no había cumplido con su deber; apenas el pobre hombre se retiró tembloroso, Bonaparte se volvió hacia uno de sus ayudantes, y le dijo riendo: "Me parece que le he dado un buen susto"; y un momento antes hubiera podido creerse que estaba fuera de sí.

Cuando al Primer Cónsul le convino dar suelta a

su enojo contra mí, reprendió públicamente a su hermano mayor, José Bonaparte, porque venía a mi casa. José se creyó obligado a no poner los pies en ella durante unas cuantas semanas, y su ejemplo fué seguido por las tres cuartas partes de mis amistades. Los proscritos del 18 fructidor pretendían que en esa época había yo cometido un error recomendando a Barrás al señor de Talleyrand para el ministerio de Negocios Extranjeros, y ahora no se separaban del lado del mismo Talleyrand, que me acusaban de haber protegido. Todos los que se portaban mal conmigo, se guardaban bien de decir que obedecían al temor de desagradar al Primer Cónsul; pero cada día inventaban un nuevo pretexto para perjudicarme, descargando toda la energía de sus opiniones políticas sobre una mujer perseguida e indefensa, y prosternándose ante los jacobinos más viles en cuanto el Primer Cónsul los regeneraba con el bautismo de su favor.

El ministro de Policía, Fouché, me llamó para decirme que el Primer Cónsul sospechaba que por excitaciones mías uno de mis amigos había hablado en el Tribunado. Respondí, cosa seguramente cierta, que, tratándose de un espíritu tan elevado como el señor Constant, no era de razón achacar sus opiniones a una mujer, y que, por lo demás, el discurso de que tratábamos sólo contenía, en absoluto, reflexiones sobre la independencia de que toda asamblea deliberante debe gozar, y no había en él una sola palabra que pudiera molestar personalmente al Primer Cónsul. El ministro convino en

ello. Todavía añadí algunas palabras sobre el respeto debido a la libertad de las opiniones en un Cuerpo legislativo; pero no me costó trabajo comprender que le importaban muy poco estas consideraciones generales: sabía ya de sobra que, bajo la autoridad del hombre a quien servía, no se tendrían en cuenta los principios, y obraba en consecuencia. Pero como Fouché, en materia de revolución, es un espíritu superior, tenía ya por sistema hacer la menor cantidad de mal posible, una vez admitida la necesidad del fin. Su conducta anterior no abonaba su moralidad, y a menudo hablaba de la virtud como de un cuento de vieja. Sin embargo, su notable sagacidad le llevaba a escoger el bien como una cosa razonable, y sus luces le descubrían a veces lo que la conciencia habría inspirado a otros. Me aconsejó que me fuese al campo, y me aseguró que en pocos días se apaciguaría todo; pero vi a mi regreso que las cosas no iban por ese camino.

CAPITULO III

Sistema de fusión adoptado por Bonaparte.—Publicación de mi obra sobre la “Literatura”.

En tanto que se ha visto a los reyes cristianos tomar dos confesores para que examinasen con más escrupulosidad su conciencia, Bonaparte escogió dos ministros, uno del antiguo y otro del nuevo régimen, cuya misión era poner a su alcance los procedimientos maquiavélicos de ambos opuestos sistemas.

En todos los nombramientos, Bonaparte seguía, sobre poco más o menos, la regla de tratar por igual a la derecha y a la izquierda, o, en otros términos, de escoger alternativamente sus agentes entre los aristócratas y entre los jacobinos; el partido intermedio, el de los amigos de la libertad, era el que menos le agradaba, porque se componía del corto número de hombres que tenían en Francia opinión propia. Prefería entenderse con los que estaban ligados a los intereses monárquicos o desacreditados por los excesos populares. Llegó hasta querer nombrar consejero de Estado a un convencional, manchado por los crímenes más viles del Terror; pero desistió ante la repugnancia que sintieron sus futuros colegas.

A Bonaparte le hubiese gustado dar esta prueba resonante de que podía regenerarlo todo, como anonadarlo todo.

Lo característico del gobierno de Bonaparte es un profundo desprecio por todas las riquezas intelectuales de la naturaleza humana: virtud, dignidad del alma, religión, entusiasmo, son, a sus ojos, los "eternos enemigos del continente", para emplear su expresión favorita; quisiera ver tan sólo en el hombre fuerza y astucia, y llamar a todo lo demás tontería o locura. Los ingleses le irritan sobremanera, porque aciertan a conciliar el buen éxito con la honradez, cosa que Napoleón quisiera presentar como imposible. Ese punto luminoso en el mundo le ha dado enojos desde los primeros días de su reinado, y ya que no puede herir a In-

glaterra por las armas, no cesa de dirigir contra ella la artillería de sus sofismas.

No creo que Bonaparte, al llegar a la cabeza del Gobierno, tuviese formado un plan de Monarquía universal; creo que su sistema era tal como él mismo se lo pintó a un amigo mío, pocos días después del 18 Brumario. "Para cautivar la imaginación de la nación francesa hay que hacer una cosa nueva cada tres meses; aquí, el que no avanza está perdido." Se había propuesto cercenar día tras día la libertad de Francia y la independencia de Europa; pero, sin perder de vista el fin, sabía plegarse a las circunstancias. Cuando un obstáculo era demasiado fuerte, le rodeaba, y se paraba en seco cuando el viento contrario era demasiado violento. Este hombre, que en el fondo es muy impaciente, tiene el talento de estarse quieto cuando hace falta, cualidad de los italianos, que saben contenerse para alcanzar el objeto de su pasión, como si escogieran con sangre fría el objeto mismo. Por su arte en emplear alternativamente la astucia y la fuerza, ha subyugado a Europa; pero decir Europa es, a la postre, mucho decir. ¿En qué consistía Europa por entonces? En unos pocos ministros, ninguno de los cuales valía lo que tantos otros hombres que hubieran podido sacarse al azar de las mismas naciones gobernadas por aquéllos.

Hacia la primavera del año 1800 publiqué mi obra sobre la "Literatura", y el buen éxito que obtuvo me devolvió mi antigua boga en la sociedad de París; mi salón volvió a poblarse, y yo gocé

de nuevo el placer de conversar, y de conversar en París, que siempre ha sido para mí, lo confieso, el más sabroso de todos. No había en mi libro una sola palabra acerca de Bonaparte, y expresaba con vigor, a juicio mío, sentimientos muy liberales. Pero entonces la Prensa distaba de hallarse aherrrojada como ahora; el Gobierno ejercía la censura sobre los periódicos y no sobre los libros, distinción que podía admitirse si se hubiese usado la censura con moderación, porque los periódicos ejercen una influencia popular, mientras que la mayor parte de los libros sólo se leen por hombres instruidos, y pueden ilustrar la opinión, pero no inflamarla. Después se ha instituído en el Senado, creo que por escarnio, una Comisión de la libertad de la Prensa y otra de la libertad individual, cuyos miembros se renuevan aún cada tres meses. Ciertamente, los obispados *in partibus* y las *sinecuras* de Inglaterra dan más que hacer que esas Comisiones.

Después de mi obra sobre la *Literatura*, publiqué *Delfina*, *Corina*, y, por último, mi libro sobre *Alemania*, que fué prohibido cuando iba a ver la luz. Pero aunque este último escrito me haya valido persecuciones muy amargas, siguen pareciéndome las letras una fuente de goces y de consideración social, incluso para una mujer. Atribuyo los sufrimientos de mi vida a las circunstancias que, apenas empecé a figurar en el mundo, me asociaron a los intereses de la libertad sostenidos por mi padre y sus amigos; pero el talento a que debo mi

nombradía de escritor, me ha valido siempre más goces que enojos. Las críticas de que son objeto los libros pueden soportarse con facilidad cuando se tiene cierta elevación de alma, y cuando se ama las ideas grandes por sí mismas y no por el triunfo que pueden procurarnos. Por lo demás, me parece que el público, al cabo de cierto tiempo, es casi siempre muy equitativo; por eso es necesario que el amor propio se acostumbre a dar treguas a las alabanzas, porque con el tiempo se obtiene lo que uno merece. En último caso, aunque hubiera que sufrir una injusticia duradera, no existe, a mi parecer, mejor defensa contra ella que las meditaciones filosóficas y las emociones suscitadas por la elocuencia. Estas facultades nos transportan a un mundo de verdades y de sentimientos en el que uno respira a sus anchas.

CAPITULO IV

Conversación de mi padre con Bonaparte.—Campana de Marengo.

En la primavera de 1800, Bonaparte partió para la campaña de Italia, famosa, sobre todo, por la batalla de Marengo. Pasó por Ginebra, y como expresó deseos de ver al señor Necker, mi padre le visitó en su alojamiento, más con la esperanza de serme útil que por otro motivo alguno. Bonaparte le recibió muy bien y le habló de sus proyectos del momento con la especial confianza propia de su carácter, o más bien de su cálculo, porque así es

como hay que llamar siempre a su carácter. Mi padre no experimentó al verle la misma impresión que yo: ni su aspecto le impuso, ni halló nada trascendente en su conversación. He tratado de explicarme esa diferencia de nuestro juicio, y creo que, ante todo, depende de que la sencillez y sincera dignidad de maneras de mi padre le conquistaban la deferencia de cuantos le hablaban, y que, además, como la superioridad de Bonaparte procede mucho más de su destreza para el mal que de la elevación de sus pensamientos para el bien, no pueden sus palabras dar una idea de lo que verdaderamente le distingue, porque no iba a ponerse a explicar su propio instinto maquiavélico. Mi padre no habló con Bonaparte de los dos millones que tenía depositados en el Tesoro público; tan sólo quiso interesarse en favor mío, y le dijo, entre otras cosas, que así como el Primer Cónsul gustaba de rodearse de nombres ilustres, debía también complacerse en dispensar buena acogida a los talentos célebres, como ornato de su poder. Bonaparte le respondió cortésmente, y gracias a esta conversación pude disfrutar durante algún tiempo de la residencia en Francia. Esta fué la última vez que la mano protectora de mi padre se extendió sobre mi vida; las crueles persecuciones, que le hubiesen irritado más que a mí misma, no llegó a conocerlas (1).

(1) Lauriston era el más literato de los ayudantes del Emperador, y con frecuencia le hablaba Napoleón de las obras literarias que leía. "Imagínate—me dijo un día Lauriston—que, estando de servicio con él (cuando el viaje a

Bonaparte se trasladó a Lausana para preparar la expedición del monte San Bernardo; el general austriaco, ya viejo, no creyó en un proyecto tan atrevido y se abstuvo de preparar la resistencia. Dícese que con un puñado de tropas hubiera podido aniquilar al ejército francés en los desfiladeros por donde lo llevaba Bonaparte; pero en ésta, como en otras muchas circunstancias, pudieron aplicarse a los triunfos de Bonaparte los versos de Juan Bautista Rousseau:

"La indócil Inexperiencia
del compañero de Paulo-Emilio
fraguó los triunfos de Aníbal."

Aquisgram, septiembre de 1804), me llamó en cuanto la Emperatriz se retiró a su aposento; me habló de los premios decenales, de la tragedia de Carlon de Nisas (*Pedro el Grande*) y de una novela de la señora de Stäel, que acababa de leer y que yo no he leído aún, de suerte que me vi muy apurado para responderle. Me dijo sobre la señora de Stäel y sobre *Delfina* cosas muy notables. Me gustan tan poco las mujeres varoniles—exclamó—como los hombres afeminados. Cada cual tiene su papel en el mundo. ¿Qué significa toda esa imaginación errabunda? ¿Y qué queda de ello? Nada. Todo eso es metafísica de los sentimientos, desorden del espíritu. No puedo sufrir a esa mujer; ante todo, porque no me gustan las mujeres que me acosan, y Dios sabe cuántos piropos me ha echado."

Me parecen dignas de crédito las palabras de Lauriston, porque me recuerdan los términos en que Bonaparte me habló con frecuencia de la señora de Stäel, y porque yo presencié las insinuaciones de esta señora con el Primer Cónsul y general en jefe del ejército de Italia.

Bonaparte no conocía en un principio a la señora de Stäel más que por ser hija de Necker, hombre a quien estimaba poco, como ya he dicho; la señora de Stäel, por su parte, sin conocerle aún más que por lo que pregonaba la fama, escribió al joven vencedor de Italia unas cartas llenas de entusiasmo. Bonaparte me leyó en alta voz algunos fragmentos de ellas, y luego, riendo, me decía: "¿Comprendéis algo, Bourrienne, de estas extravagancias? Esa mujer está loca." Recuerdo que en una de sus cartas la señora de Stäel le decía, entre otras cosas, que habían sido creados el uno para el otro; que sólo por consecuencia de un error de las instituciones humanas, la dulce y tranquila Josefina estaba

Poco tiempo después de haber atravesado el ejército francés los Alpes, llegué a Suiza para pasar el verano con mi padre, según costumbre. Continuamente veíamos recorridos por las tropas aquellos apacibles valles, que la majestuosa barrera de los Alpes parece que debía abrigar de las tormentas y de la política. Durante aquellas tardes de verano, tan bellas, al borde del lago de Ginebra, bajo un cielo tan sereno y ante unas aguas tan puras, casi sentía vergüenza de inquietarme tanto por las cosas de este mundo; pero no podía vencer mi agi-

unida a su suerte; que la naturaleza parecía haber destinado un alma de fuego como la suya a la adoración de un héroe como él. Tales extravagancias producían a Bonaparte una aversión indecible; cuando acababa de leer estas bellas epístolas, las arrojaba al fuego o las arrugaba y rasgaba con enfado, y me decía: "¡Vamos, sí: una mujer pedante, simuladora de sentimientos, compararse a Josefina! Bourrienne, no quiero contestar a semejantes cartas."

Tuve ocasión de ver lo que puede la obstinación de una mujer talentada. A pesar de la prevención de Bonaparte contra la señora de Stäel, de la que no se curó nunca, consiguió ésta ser admitida en su círculo; y si algo hubiera podido hacerle aborrecer la lisonja, hubiese sido la admiración, o, por mejor decir, la especie de culto que le prodigaba; le comparaba a un dios bajado del cielo, género de comparación que más tarde me pareció exclusivamente reservado al clero; desgraciadamente, para complacer a la señora de Stäel hubiera sido menester que ese dios fuese Pluto, porque detrás de sus elogios había una reclamación de dos millones, que el señor Nécker creía serle debidos por sus buenos y leales servicios; pero Bonaparte decía con este motivo que, por grande que fuese el precio que concedía a la admiración de la señora de Stäel, no creía deber pagarla tan caro con el dinero del Estado. Ya se sabe cómo el entusiasmo de la señora de Stäel se trocó en odio, y con cuántas pequeñas molestias, indignas de él, el Emperador la persiguió hasta en su retiro de Coppet. Por lo demás, me he limitado a decir lo que he sabido positivamente de las relaciones de la señora de Stäel con Bonaparte, y nada tengo que añadir a lo dicho, porque no he conocido las resultas de su enemistad más que por el rumor público, como todo el mundo.

(Memorias de Bourrienne, tomo VI, pág. 217.)

tación interior. Deseaba la derrota de Bonaparte, como único medio de cortar el progreso de su tiranía; pero no me atrevía aún a confesar mi deseo, y el señor de Eymar, prefecto del Lemán, ex diputado de la Asamblea constituyente, acordándose de los tiempos en que juntos acariciábamos la esperanza de la libertad, me enviaba correos a cada momento para noticiarme los avances de los franceses en Italia. Difícil me hubiese sido vencer al señor de Eymar, hombre, por lo demás, muy interesante, de que unos cuantos reveses hubiesen sido entonces muy útiles a Francia; la acogida que yo dispensaba a las pretendidas buenas noticias era forzada y se avenía mal con mi carácter. Hemos ido viendo después los incesantes triunfos de Bonaparte, y cómo los ha hecho gravitar sobre la cerviz de todos; pero ¿ha sacado jamás la triste Francia alguna ventura de tantas victorias?

La batalla de Marengo estuvo perdida durante dos horas; la negligencia del general Melas, demasiado seguro del triunfo, y la audacia del general Desaix, devolvieron la victoria a las armas francesas. Mientras el éxito de la batalla era desesperado, Bonaparte se paseaba lentamente a caballo por delante de sus tropas, pensativo, inclinada la cabeza, más animoso contra el peligro que contra el infortunio, sin intentar nada, pero esperando la buena suerte. Muchas veces se ha conducido así, y le ha ido bien. Pero sigo creyendo que si entre sus adversarios hubiese habido un hombre de tanto carácter como probidad, Bonaparte se hu-

biese estrellado contra el obstáculo. Su principal talento consiste en asustar a los débiles y en sacar partido de los inmorales. La honradez, dondequiera que la encuentre, diríase que desconcierta sus artimañas, como la señal de la cruz ahuyenta a los demonios.

El armisticio que siguió a la batalla de Marengo, en el que se pactó la cesión de todas las plazas fuertes del Norte de Italia, fué muy desventajoso para Austria. No hubiera logrado más Bonaparte, aun con nuevas victorias. Diríase que las potencias continentales han tenido a gala abandonar lo que en todo caso hubiese sido mejor dejarse quitar; se apresuraron a sancionar las injusticias de Napoleón, a legitimar sus conquistas, cuando lo que hacía falta era no secundarle, ya que no era posible vencerlo. Pedir esto a los antiguos Gabinetes europeos no era mucho pedir; pero no supieron comprender una situación tan nueva; Bonaparte los aturdió con amenazas y promesas, de suerte que creían ganar cediendo, y se regocijaban con la paz, como si esta palabra conservase el mismo significado que en otro tiempo. Las iluminaciones, las reverencias, las comidas y las salvas con que se festejaba la paz eran en un todo iguales a las de antaño; pero, lejos de cicatrizar las heridas, esta paz introducía en el Gobierno que la firmaba un germen mortífero de efecto seguro.

Donde la buena suerte de Napoleón se mostró más acentuadamente fué en el carácter de los soberanos que ocupaban los tronos. Pablo I, sobre

todo, le prestó servicios incalculables; tan entusiasmado por Bonaparte como su padre lo estuvo por Federico II, abandonó al Austria cuando aún intentaba seguir luchando. Bonaparte le convenció de que Europa entera quedaría pacificada durante siglos si los dos grandes imperios de Oriente y de Occidente marchaban de acuerdo, y Pablo I, que tenía un alma algo caballeresca, se dejó coger en la red de esta mentira. Fué una gran suerte para Bonaparte encontrar una testa coronada tan propensa a la exaltación, y que juntaba la violencia a la debilidad; así es que sintió mucho a Pablo I, porque le engañaba fácilmente.

Luciano, ministro del Interior, que conocía perfectamente los proyectos de su hermano, hizo publicar un folleto destinado a preparar los ánimos para el establecimiento de una nueva dinastía. La publicación, prematura, produjo mal efecto, y Fouché lo aprovechó para hundir a Luciano; a Bonaparte le dijo que aquello era descubrir el secreto demasiado pronto, y al partido republicano, que Bonaparte desautorizaba a su hermano. En efecto, Luciano fué entonces enviado a España de embajador (1). El sistema de Bonaparte consistía en

(1) Después de la tentativa de asesinato del Primer Cónsul, por Ceracchi y Arena, el 10 de octubre de 1800, en la Opera, creció aún más el entusiasmo por Bonaparte. Con el título de *Paralelo entre César, Cromwell, Monck y Bonaparte*, circuló un folleto que proponía nada menos que el restablecimiento de la Monarquía en honor del vencedor de Marengo. "¿Es creíble—decía el folleto—que el bastón de mariscal o la espada de condestable basten al hombre ante quien el universo enmudece?" El mal efecto del anónimo folleto, atribuído a Luciano, pero escrito en realidad por Fontanes, fué vi-

avanzar sin descanso por el camino del poder; a fin de tantear la opinión, esparcía como rumores las resoluciones que deseaba adoptar. De ordinario cuidaba incluso de que exagerasen sus proyectos, para que, al realizarse, dulcificasen el temor del público. La vivacidad de Luciano le arrastró esta vez demasiado lejos, y Bonaparte creyó necesario sacrificarle en apariencia durante cierto tiempo.

CAPITULO V

La máquina infernal.—Paz de Luneville.

Volví a París hacia el mes de noviembre de 1800: aún no se había ajustado la paz, aunque las victorias de Moreau apremiaban cada vez más a las potencias extranjeras. ¿No habrá lamentado Moreau los laureles de Stockach y de Hobenlinden cuando más tarde vió a Francia tan esclava como Europa, vencida entonces por él? Al secundar al Primer Cónsul creyó servir a Francia; pero a un hombre de su talla le correspondía juzgar al Gobierno que le mandaba y tener opinión propia acer-

sible, sobre todo en el ejército. Moreau, instigado por Fouché, se quejó abiertamente, y Bonaparte preguntó en público al ministro de Policía cómo permitía circular tales escritos y por qué, si conocía a los autores, no estaban ya presos en Vincennes. Fouché respondió: "No he podido, porque el autor es vuestro hermano." A consecuencia de este incidente hubo un altercado vivísimo, en presencia del Primer Cónsul, entre Fouché y Luciano, el 3 de noviembre de 1800; Luciano dimitió el cargo de ministro del Interior; esto era, evidentemente, un correctivo que, por consejo de Cambacérès, se disimuló bajo la apariencia de una embajada en España. (Nota de D. Lacroix.)

ca del verdadero interés del país en tales circunstancias. Hay que reconocer, de todos modos, que en la época de las más brillantes victorias de Moreau, es decir, en el otoño de 1800, muy pocas personas habían aún llegado a penetrar las intenciones de Bonaparte; a distancia, lo único evidente era la mejora de la hacienda y el restablecimiento del orden en muchos ramos de la administración. Napoleón tenía que pasar por el bien para llegar al mal; necesitaba acrecentar las fuerzas de Francia antes de utilizarlas para su ambición personal.

Una tarde estaba yo hablando con varios amigos cuando sonó una fuerte detonación; creímos que serían cañonazos disparados en algunas maniobras, y continuamos nuestra charla. Pocas horas más tarde supimos que el Primer Cónsul había estado a punto de perecer al dirigirse a la Opera, por la explosión de lo que después se ha llamado la máquina infernal (1). Como salió ileso, todos se apresuraron a mostrar el más vivo interés por él; algunos filósofos propusieron el restablecimiento de los suplicios de la rueda y del fuego para los autores del atentado, y vió en torno suyo a una nación que tendía el cuello al yugo. Aquella misma

(1) La explosión fué el 3 de nivoso del año IX (24 diciembre de 1800), en la calle de San Nicasio, a poca distancia del Carrousel. Habían dispuesto un inmenso barril de pólvora y balas, con un fulminante y una mecha en el centro, para volarlo cuando el Primer Cónsul pasase por la calle, camino de la Opera; ejecutaban aquella tarde el *Oratorio*, de Haydn. José Arena, el escultor José Ceracchi, los pintores Domingo Demerville y Juan Bautista Topino-Lebrun, fueron condenados a muerte, y ejecutados el 31 de enero de 1801. (Nota de D. L.)

tarde, Bonaparte discutía tranquilamente lo que hubiese ocurrido en caso de haber muerto. Algunos decían que le habría sustituido Moreau. Bonaparte aseguraba que su sustituto hubiese sido el general Bernadotte. "Habría presentado, como Antonio, al pueblo conmovido la toga ensangrentada de César." No sé si creía, en efecto, que Francia hubiese entonces llamado al Gobierno al general Bernadotte; pero de lo que sí estoy segura es de que lo decía tan sólo para excitar la envidia contra el general.

Si la máquina infernal la hubiese preparado el partido jacobino, habría podido el Primer Cónsul desde aquel mismo momento redoblar su tiranía; la opinión le habría secundado; pero como el autor del complot fué el partido realista, no pudo Bonaparte sacar gran provecho del suceso: trató de ahogarlo más que de utilizarlo, porque deseaba que la nación creyese que sus únicos enemigos eran los enemigos del orden, pero no los amigos de otro orden, es decir, de la antigua dinastía. Fué cosa singular que, con motivo de este complot realista, Bonaparte hiciese deportar, por un senado-consulta, ciento treinta jacobinos a la isla de Madagascar, o acaso al fondo del mar, porque no se ha vuelto después a saber de ellos. Esta lista se hizo del modo más arbitrario del mundo; se pusieron y quitaron nombres, según las recomendaciones de los consejeros de Estado que hacían la propuesta y de los senadores que la aprobaban. Las personas honradas decían, cuando alguien se quejaba del modo

como esta lista se hizo, que todos los en ella incluidos estaban incurso en graves culpas; bien puede ser, pero la legalidad de las acciones se determina por el derecho, no por el hecho. Cuando se permite la deportación arbitraria de ciento treinta ciudadanos, no habrá nada que estorbe, como después se ha visto, tratar de igual manera a personas muy estimables; la opinión las defenderá, se dice. ¡La opinión! ¿Qué es la opinión sin la autoridad de la ley y sin órganos independientes? La opinión era favorable al duque de Enghien, a Moreau y a Pichegru. ¿Ha logrado salvarlos? No puede haber libertad, dignidad ni seguridad en un país que reduzca el desafuero y la injusticia a una cuestión de personas; todo hombre es inocente mientras un tribunal legal no le condene, y, aunque se trate de un gran delincuente, si se le juzga fuera de la ley, deben estremecerse ante el atropello, lo mismo las personas honradas que las que no lo sean. Pero así como en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, cuando un diputado de la oposición se marcha, ruega a un diputado ministerial que se marche también con él, para no alterar la proporción numérica de los dos partidos, Bonaparte no arremetía nunca a los realistas o a los jacobinos sin repartir los golpes por igual entre unos y otros; de este modo ganaba por amigos a todos aquellos cuyos odios servía. Más adelante se verá que para robustecer su Gobierno se ha valido siempre del odio, porque sabe que es menos inconstante que el

amor. Después de una revolución es tal la violencia del espíritu de partido, que un jefe nuevo puede captarle favoreciendo su venganza mejor que defendiendo sus intereses; cada cual abandona, si es preciso, a quien piensa como él, con tal que se persiga al que piensa de diferente modo.

Se firmó la paz de Luneville; en esta primera paz, Austria sólo perdió la República de Venecia, recibida antes en compensación de Bélgica, y la antigua reina del mar Adriático volvió a pasar de un amo a otro, después de tantos siglos de orgullo y poderío.

CAPITULO VI

El Cuerpo diplomático bajo el Consulado.—Muerte de Pablo I.

Pasé tranquilamente el invierno en París. Nunca iba a ver al Primer Cónsul ni me traté en todo este tiempo con el señor de Talleyrand; sabía yo que Bonaparte no me quería bien; pero aún no había llegado su tiranía al punto de desarrollo que después se ha visto. Los extranjeros me trataban con distinción; el Cuerpo diplomático se pasaba la vida en mi casa, y esta atmósfera europea me servía de salvaguardia.

El ministro de Prusia, recientemente llegado a París, creía que aún trataba con republicanos y se complacía en repetir los principios filosóficos

que había adquirido en su trato con Federico II. Advirtiéronle que desconocía el terreno que pisaba, y que mejor le sería apelar a su experiencia de cortesano; obedeció en seguida, porque se trata de un hombre cuyo despejo natural está al servicio de un carácter sobremanera dúctil. Es un hombre que sabe terminar la frase que otro comienza, o comienza la que cree que otro ha de terminar, y sólo llevando la conversación a la historia del siglo pasado, a la literatura de los antiguos o a otros asuntos ajenos a los hombres y a las cosas de hoy en día, puede descubrirse la superioridad de su espíritu.

El embajador de Austria era un cortesano de otra índole, pero con iguales deseos de agrandar al poderoso. Aquél tenía buena instrucción literaria; éste no conocía otra literatura que las comedias francesas, en que había representado los papeles de Crispín y de Crisaldo. Es sabido que estando en la Corte de la Emperatriz Catalina II recibió una vez los despachos oficiales disfrazado de vieja; al correo le costó mucho trabajo reconocer a su embajador bajo semejante atuendo. El señor de C. era un hombre extremadamente trivial; decía las mismas cosas a cuantas personas encontraba en un salón, y a todos hablaba con una especie de cordialidad vacía de sentimientos y de ideas. Sus modales eran perfectos; la vida mundana habíale adiestrado en el arte de la conversación; pero era un espectáculo lastimoso ver que a un hombre así le mandaban a

entendérselas con la fuerza y la rudeza revolucionarias que rodeaban a Bonaparte. Uno de los ayudantes de Bonaparte se quejaba de la familiaridad del señor de C.; le parecía mal que uno de los principales personajes de la Monarquía austriaca le estrechase la mano tan sin cumplidos. Estos principiantes en urbanidad no creían que la naturalidad fuese de buen gusto. Si se hubiesen conducido a sus anchas habrían cometido, en efecto, graves inconveniencias, y por eso su mejor recurso en el nuevo papel que pretendían representar era la tiesura arrogante.

José Bonaparte, negociador de la paz de Lunville, invitó al señor de C. a su deliciosa finca de Mortefontaine, y allí me encontré con él. José era muy aficionado a las labores del campo, y se paseaba con mucho gusto y sin cansarse ocho horas seguidas en sus jardines. El señor de C. trataba de acompañarlo, aún más jadeante que el duque de Maguncia cuando Enrique IV se divertía haciéndole andar a pesar de su gordura. El pobre hombre ensalzaba, sobre todos los placeres campestres, el de la pesca, porque permite sentarse; hablaba con afectada vivacidad de la inocente diversión de atrapar unos cuantos pecillos con el anzuelo.

Pablo I había maltratado al señor de C. de un modo indigno cuando estuvo de embajador en Petersburgo, y estando él y yo jugando en un salón de Mortefontaine, uno de mis amigos vino a decirnos que el Emperador Pablo había muerto

súbitamente. El señor de C. se lamentó del suceso con las fórmulas más oficiales del mundo. "Aunque estoy quejoso de él—dijo—, he reconocido y reconozco las excelentes cualidades de este príncipe, y no puedo por menos de deplorar su muerte." Pensaba, con razón, que la muerte de Pablo I era un suceso venturoso para Austria y para Europa; pero sus palabras sonaban a duelo de Corte e impacientaban a cualquiera. Es de esperar que con el tiempo el mundo se verá libre del artificio palaciego, insulso como ninguno, por no decir otra cosa.

La muerte de Pablo I (1) asustó mucho a Bonaparte, y dicese que al recibir la noticia se le escapó el primer "¡Ah! ¡Dios mío!" que se haya oído salir de sus labios. No tenía, sin embargo, motivos para alarmarse, porque los franceses estaban entonces más dispuestos que los rusos a sufrir la tiranía.

El general Berthier me invitó a su casa cierto día en que el Primer Cónsul había de ir allí también; y como yo sabía que hablaba muy mal de mí, se me ocurrió que tal vez me diría algunas de las ordinarieces que le gustaba dirigir a menudo a las mujeres, incluso a las que le adulaban, y antes de ir a la fiesta escribí a todo evento las respuestas altivas e intencionadas que podría dar a las cosas que me dijese. No quise que me cogiera desprevenida si se atrevía a ofenderme,

(1) Estrangulado en su alcoba la noche del 23 al 24 de marzo de 1801 por los principales personajes de su corte.

porque eso hubiese sido carecer de carácter, aún más que de ingenio, y como nadie puede estar seguro de conservar la serenidad delante de un hombre semejante, me preparé de antemano a hacerle cara. Por fortuna, ello fué inútil. Sólo me dirigió una pregunta muy vulgar, y lo mismo les ocurrió a los interlocutores a quienes creía capaces de responderle: en todos los terrenos sólo ataca cuando está seguro de ser, con mucho, el más fuerte. Durante la cena, el Primer Cónsul estaba en pie detrás de la silla de Mme. Bonaparte, y se balanceaba sobre uno y otro pie, a la manera de los príncipes de la casa de Borbón. Hice notar a mi vecino esta vocación, tan manifiesta ya, por la realeza (1).

(1) Hablando de las mujeres autores, Napoleón ha dicho de la señora de Stäel: "Su residencia de Coppet se había convertido en un arsenal contra mí; iban allí las gentes a hacerse armar caballeros; se ocupaba en suscitarme enemigos, y ella en persona me combatía. Era a la vez Armida y Clorinda. Después de todo, nadie puede negar la verdad, y es que la señora de Stäel es una mujer de gran talento, muy distinguida y de mucho ingenio: sus obras quedarán.

"Varias veces, y con intención de reducirme, se ha intentado en torno mío hacerme comprender que la señora de Stäel era un adversario terrible, y que podía ser una aliada útil. Seguramente, si en lugar de denigrarme, como lo ha hecho, se hubiese puesto de mi parte, hubiese yo salido ganando; por su posición y su talento gobernaba las tertulias, y ya se sabe su gran influencia en París. Pero a pesar de todo lo malo que ha dicho de mí y de todo lo que aún dirá, estoy ciertamente muy lejos de creerla una mujer pérfida; sencillamente, nos hemos hecho una guerra de guerrillas, y eso es todo.

El Emperador ha pedido *Corina*, y ha leído algunos capítulos. Decía que no le era posible concluirlos. La señora de Stäel se ha retratado tan bien en su heroína que ha llegado a hacérsela antipática. "Me parece que la estoy vien-

CAPITULO VII

París en 1801.

La oposición en el Tribunado persistía; de los cien tribunos, unos veinte intentaban alzar la voz contra las múltiples medidas preparatorias de la tiranía. Una buena ocasión se les presentó

do—decía el Emperador—, que la oigo, que la siento, quiero huir de ella, y arrojé el libro. De esta obra tenía yo un recuerdo mejor que la impresión que ahora me produce su lectura. Acaso se debe a que antaño no hice más que hojearla. De todas maneras quiero acabarla; me parece recordar que el final no carecía de interés. No puedo perdonar a la señora de Stäel que haya rebajado a los franceses en su novela. Ciertamente es una familia singular la de la señora de Stäel. Su padre, su madre y ella parece que están de hinojos en constante adoración mutua, ahumándose con un incienso recíproco para la perfecta edificación y mixtificación del público.”

Delfina, de la señora de Stäel, ocupaba en estos momentos nuestras veladas. El Emperador analizaba esta obra y pocas cosas le parecían bien en ella. El desorden de entendimiento y de imaginación que allí reina era el cebo de su crítica; estos defectos, decía el Emperador, eran los mismos que en otro tiempo le habían alejado de la señora de Stäel, a pesar de las insinuaciones y de los piropos que ella le dirigió.

“En tiempos pasados, la señora de Stäel empleó los mayores esfuerzos y acumuló todos sus recursos cerca del general del ejército de Italia”—decía Napoleón—. Estando separados, le escribió sin conocerle, y le hostigó cuando estuvo presente. Afirmaba que era una monstruosidad la unión del genio con una criollita insignificante, incapaz de apreciarle o de entenderle. Desgraciadamente, el general respondió a estas insinuaciones con una indiferencia que las mujeres no perdonan nunca, y que, en efecto, es difícil de perdonar—añadía Napoleón riendo—. A su llegada a París—continuó—el general del ejército de Italia se vió perseguido con igual empeño, pero por su parte sólo hubo la misma reserva y el mismo silencio. La señora de Stäel, no obstante, resuelta a sacarle algunas palabras y a luchar con el vencedor de Italia, le abordó en la gran fiesta que el señor de Talleyrand daba al general victorioso. La señora de Stäel le interpeló en medio de un gran corro preguntándole cuál era, a su pa-

con la ley que concedía al Gobierno la funesta facultad de crear tribunales extraordinarios para enjuiciar a los acusados de crimen de Estado; como si entregar un hombre a esos tribunales extraordinarios no fuese prejuzgar la cuestión, o sea la culpabilidad del acusado y la naturaleza de su delito, y como si los delitos políticos no exigieran la mayor suma de garantías y de independencia

recer, la primera mujer del mundo, muerta o viva. "La que haya tenido más hijos"—respondió Napoleón con mucha sencillez—. La señora de Stäel, un poco desconcertada al principio, trató de reponerse haciéndole observar que tenía fama de querer poco a las mujeres—. "Dispensadme, señora —repuso Napoleón—, quiero mucho a la mía."

"El general del ejército de Italia hubiera podido, sin duda, colmar el entusiasmo de la Corina de Ginebra—decía el Emperador—; pero temió sus infidelidades políticas y su intemperante deseo de celebridad; quizás se equivocó. De todos modos, la heroína le había perseguido tanto y la repulsa había sido tan clara, que no podía dejar de convertirse en una calurosa enemiga. Primeramente suscitó a Benjamín Constant, que no entró muy lealmente por esta senda"—hacía observar el Emperador—. "Cuando se formó el Tribunado, Constant empleó vivísimas solicitudes cerca del Primer Cónsul para ser nombrado tribuno. A las once de la noche, aún puplicaba con todas sus fuerzas; a media noche, concedido el favor, se erguía ya, hasta insultarme. La primera reunión de los tribunos le dió muy buena ocasión para sus invectivas. Por la noche, gran fiesta en casa de la señora de Stäel, que coronó a su Benjamín, en medio de un brillante concurso, proclamándole un segundo Mirabeau. A esta farsa, que era simplemente ridícula, sucedieron planes más peligrosos. Con ocasión del Concordato, contra el que la señora de Stäel estaba furiosa, juntó contra mí a los aristócratas y a los republicanos. "Ya no os queda más que una ocasión—les gritaba—; mañana, el tirano tendrá cuarenta mil curas a su servicio."

"La señora de Stäel agotó, al fin, mi paciencia—decía Napoleón—, y fué desterrada. Su padre me había ya desagradado muy vivamente cuando la campaña de Marengo. A mi paso por Suiza, mostré deseos de verle, y me encontré con un tosco regente de colegio, muy hinchado. Poco tiempo después, y con la esperanza, sin duda, de reaparecer con mi ayuda en la escena del mundo, publicó un folleto en el que probaba que Francia no podía ser republicana ni mo-

para juzgarlos, puesto que el Gobierno es casi siempre parte en tales causas.

Más tarde se vió lo que son esas Comisiones militares para entender en los crímenes de Estado; la muerte del duque de Enghien enseña a todos cuánto horror debe inspirar ese poder hipócrita que encubre el asesinato con el manto de la ley.

La resistencia del Tribunado, por débil que fuese, desagradaba al Primer Cónsul, no porque fuese un obstáculo, sino porque mantenía en la nación el hábito de pensar, cosa que no le convenía a ningún precio. Entre los razonamientos contrarios a la oposición, que mandó publicar en los periódicos, figura uno muy extravagante. "Que haya oposición en Inglaterra—se decía—, es cosa muy natural, puesto que allí el rey es enemigo del pueblo; pero en un país en que el Poder ejecutivo es nombrado por el pueblo, combatir al representante de la nación es oponerse a la nación misma." ¿Cuántas frases de este género no ha-

nárquica. No veo claro el camino que le quedaba. En esta obra, Necker llamaba al Primer Cónsul *el hombre necesario*, etcétera. Lebrún le respondió con una carta de cuatro caras, de muy elegante estilo, y de tono muy mordaz: le preguntaba si no había hecho ya bastante daño a Francia, y si, después de su ensayo en la Constituyente, aún aspiraba a regirla de nuevo. Caída en desgracia, la señora de Stäel combatía con una mano y pedía con la otra. El Primer Cónsul la hizo saber que le entregaba todo el universo para que lo explotase y sólo se reservaba París, adonde le prohibía acercarse. Pero París era cabalmente lo único que deseaba la señora de Stäel. El Cónsul se mantuvo siempre inflexible. Con todo, la señora de Stäel renovaba de tiempo en tiempo sus tentativas."

(*Memorial de Santa Elena*, 13 de agosto y 16 de octubre de 1816.)

brán lanzado sobre el público los escritores bonapartistas desde hace diez años? En Inglaterra o en América, un rústico se reiría de un sofisma de esa especie; en Francia, lo que se quiere es disponer de una frase hecha con la que se pueda dar al interés personal la apariencia de la convicción.

Muy pocos hombres estaban libres del deseo de ocupar destinos públicos; muchos estaban arruinados, y el interés de sus mujeres o de sus hijos, o de sus sobrinos si no tenían hijos, o de sus primos si no tenían sobrinos, obligábalos, según decían, a pedir un empleo al Gobierno. La gran fuerza de los jefes de Estado en Francia consiste en la prodigiosa afición que hay a los empleos, más buscados aún por vanidad que por lucro. Cada empleo, desde el más alto al más bajo, tenía millares de aspirantes, y las peticiones iban a manos de Bonaparte. Si no hubiese tenido por naturaleza un profundo desprecio de la especie humana, lo hubiera adquirido al recorrer las solicitudes firmadas por apellidos de ilustre abolengo, o célebres por hechos revolucionarios opuestos a las nuevas funciones que ambicionaban.

El invierno de 1801, en París, fué muy gustoso para mí por la facilidad con que Fouché me concedió las diversas autorizaciones de repatriación de emigrados que le pedí; a pesar de hallarme en desgracia, Fouché me proporcionó así el placer de ser útil a los demás, y le estoy muy agradecida por ello. Siempre hay algo de coquetería en cuanto hacen las mujeres, es preciso confesarlo, y la

mayor parte de sus mismas virtudes van mezcladas con el deseo de agradar y de verse rodeadas de amigos, cuya fiel adhesión se consolida por los favores que reciben. Tan sólo desde este punto de vista puede perdonarse a las mujeres su afición al valimiento; pero en aras de la dignidad hay que sacrificar hasta el goce de la oficiosidad servicial, porque se puede hacer todo por los demás, excepto degradar nuestro propio carácter. La conciencia es patrimonio de Dios, y no es lícito dilapidarlo por nadie.

Bonaparte seguía protegiendo al Instituto, con el que tanto se había honrado en Egipto; pero entre los literatos y los sabios había un grupito de oposición filosófica, no muy bien orientada, por desgracia, puesto que se dirigía únicamente contra el restablecimiento de la religión. Por una singularidad funesta, los hombres ilustrados de Francia querían consolarse de la esclavitud del mundo presente, suprimiendo la esperanza en un mundo venidero; esta inconsecuencia tan rara no hubiera podido existir en la religión reformada; pero el valor y las desgracias del clero católico no habían desarmado aún a sus enemigos, y quizás es, en efecto, difícil conciliar la autoridad del Papa y de los sacerdotes sometidos a él con el sistema de la libertad de un Estado. Sea como quiera, el Instituto no mostraba por la religión, independientemente de sus ministros, el profundo respeto inseparable de la grandeza de alma y del genio, y Bonaparte se apoyaba, contra unos hom-

bres que valían más que él, en sentimientos que valían más que esos hombres.

Aquel año (1801), el Primer Cónsul ordenó a España declarar la guerra a Portugal, y el débil rey de la ilustre España condenó a su ejército a una expedición tan servil como injusta. Atacó a un vecino que no le hacía daño alguno, a una potencia aliada de Inglaterra, que se ha mostrado después tan verdadera amiga de España, y todo esto por obedecer a quien se disponía a privarla de su existencia. Los mismos españoles, al dar más tarde con tanta energía la señal de la resurrección del mundo, nos han dado a conocer lo que son las naciones y si se debe rehusar a los pueblos un medio legal de expresar su opinión y de influir en sus propios destinos.

Hacia la primavera de 1801, el Primer Cónsul tuvo la ocurrencia de crear un rey, y un rey de la Casa de Borbón, concediéndole la Toscana, bajo el erudito nombre de Etruria, a fin de inaugurar así la gran mascarada de Europa. Este infante de España fué llamado a París para mostrar a los franceses un príncipe de la antigua dinastía humillado ante el Primer Cónsul, humillado por sus beneficios, ya que nunca hubiera podido serlo por sus persecuciones. Con este regio corderillo empezó Bonaparte a hacer guardar antesala a los reyes; en el teatro, al oír este verso: "Señora, yo he hecho reyes y no he querido serlo", el público aplaudía al Primer Cónsul, que se prometía ser más que rey en cuanto la ocasión se presen-

tara. Todos los días contaban una nueva pifia del pobre rey de Etruria; llevábanle al Museo, al Gabinete de Historia Natural, y se referían como rasgos de ingenio algunas de esas preguntas sobre los peces o los cuadrúpedos que no haría un niño de doce años instruído. Por la tarde asistía a algunas fiestas, donde las bailarinas de la Opera se mezclaban con las grandes damas de nuevo cuño; y el reyecito, no obstante su devoción, prefería bailar con las bailarinas, y al día siguiente las enviaba en agradecimiento libros edificantes y morales para su instrucción. El tránsito de las costumbres revolucionarias a las pretensiones monárquicas fué en Francia un singular momento; como no había independenciam en las unas, ni dignidad en las otras, sus ridículos respectivos casaban muy bien; cada una a su modo, se agrupaban en torno del abigarrado poder que empleaba simultáneamente los medios de acción de los dos regímenes.

Aquel año se celebró por última vez la fiesta del 14 de julio, aniversario de la Revolución, y una pomposa proclama recordó los beneficios que habían resultado de aquella jornada, bien que el Primer Cónsul se propusiera destruirlos todos. La recopilación de las proclamas de Bonaparte es la enciclopedia de todas las contradicciones posibles; y si el caos estuviese encargado de adoctrinar a la tierra, sin duda arrojaría así a la cabeza del género humano el elogio de la paz y de la guerra, de las luces y de los prejuicios, de la

libertad y del despotismo, y alabanzas e insultos sobre todos los Gobiernos y religiones.

Por esta época, Bonaparte envió al general Leclerc a Santo Domingo, llamándole en el decreto *nuestro cuñado*. Este primer *nos* real, que asociaba a los franceses a la prosperidad de una familia, me fué vivamente antipático. Bonaparte exigió a su linda hermana (1) que acompañase a su marido a Santo Domingo, y allí fué donde su salud se estropeó; acto de despotismo, tanto más extraordinario en un hombre que no estaba acostumbrado a ver una moralidad muy severa en los suyos; pero Bonaparte se sirve de la moral únicamente para contrariar a unos y fascinar a otros. Más adelante se ajustó la paz con el jefe de los negros, Santos Louverture. Sin duda este hombre era un criminal; de todos modos, Bonaparte trató con él, y firmó unas condiciones; pero eso no fué obstáculo para traer a Santos, con desprecio de lo pactado, a una prisión francesa (2), en la que murió miserablemente. Acaso Bonaparte ni siquiera se acuerda ya de esta fechoría, porque se la han reprochado menos que las restantes.

En un gran taller de forja se observa con asombro la violencia de las máquinas, movidas por una sola voluntad: los martillos, los laminadores, parecen personas, o, más bien, animales devoradores. Si quisieseis luchar contra su fuerza, os aniquilarían; sin embargo, todo aquel furor aparen-

(1) Paulina Bonaparte, casada con el general Leclerc.

(2) El fuerte de Joux.

te es hijo del cálculo, y un solo motor lo impulsa. Tal es la imagen de la tiranía de Bonaparte; lo mismo que en la fragua se machaca hierro, él hace perecer a los hombres; sus agentes son en su mayoría tan insensibles como las herramientas del herrero; la invisible impulsión de estas máquinas humanas viene de una voluntad a la par violenta y metódica, que transforma la vida moral en un instrumento servil; en fin, para apurar el símil, bastaría paralizar el motor para que todo quedase tranquilo.

CAPITULO VIII

Viaje a Coppet.—Preliminares de paz con Inglaterra.

Siguiendo mi placentera costumbre, fui a pasar el verano con mi padre; le encontré muy indignado por la marcha de los asuntos públicos, y como durante su vida entera había amado la verdadera libertad, tanto como había detestado la anarquía popular, sentía impulsos de escribir contra la tiranía de uno sólo, después de haber combatido tanto tiempo la de la multitud. Mi padre amaba la gloria, y, por grande que fuese el aplomo de su carácter, no le desagradaban las empresas arriesgadas cuando había que acometerlas para merecer la estimación pública. Conocía yo muy bien los peligros en que me pondría una obra de mi padre que disgustase al Primer Cón-

sul; pero no pude determinarme a ahogar aquel canto del cisne que aún iba a sonar sobre la tumba de la libertad francesa. Alenté a mi padre en su propósito, y aplazamos hasta el año siguiente decidir si publicaría lo que estaba escribiendo.

La noticia de haberse firmado los preliminares de paz entre Inglaterra y Francia vino a colmar los triunfos de Bonaparte. Al saber que Inglaterra le había reconocido, dudé de la justicia de mi aversión a su poderío; pero las circunstancias desvanecieron sin tardar mi escrúpulo. La condición más notable de los preliminares era la evacuación total de Egipto, de suerte que esta expedición no había tenido más resultado que hacer hablar de Bonaparte. Varios escritos publicados en lugares adonde su poder no alcanza, le acusan de haber mandado asesinar al general Kleber en Egipto, por envidia de su prestigio; personas fidedignas me han dicho que el desafío en que el general Reynier mató al general Estaing fué provocado por una discusión sobre ese asunto. Con todo, es difícil creer que, hallándose ausente del lugar del atentado, haya tenido Bonaparte medios de poner en las manos de un turco un arma contra un general francés. No debe alegarse contra él nada que no esté probado; el brillo de las verdades más notorias se empañaría si entre ellas se descubriese el más pequeño error. No hay que combatir a Bonaparte con ninguna de sus armas.

Retrasé la vuelta a París para no presenciar la gran fiesta de la paz; no hay sensación tan penosa

como la de las diversiones públicas cuando el alma no quiere participar en ellas. ¡Cómo no sentir desprecio por el pueblo pazguato que festeja su propio yugo! Aquellas torpes víctimas, que bailaban ante el palacio de su sacrificador; el Primer Cónsul, llamado padre de la nación que iba a devorar; la mezcla de la tontería de unos y de la astucia de otros, y la insípida hipocresía de los cortesanos, que echaban un velo sobre la arrogancia de su amo, me inspiraban una repulsión invencible. Fuerza era dominarse y soportar el regocijo oficial que animaba aquellas solemnidades inevitables en tales momentos.

Bonaparte proclamaba entonces que el mundo necesitaba con urgencia la paz; todos los días firmaba algún nuevo Tratado, con un celo bastante parecido al de Polifemo cuando contaba los carneros al meterlos en su caverna. Los Estados Unidos de América también ajustaron paces con Francia, y enviaron de plenipotenciario a un hombre que no sabía palabra de francés, ignorando, por lo visto, que ni el más cabal conocimiento del idioma bastaba apenas para descubrir la verdad de las intenciones de un Gobierno maestro en ocultarla. El Primer Cónsul, en la ceremonia de la presentación de mister Livingston, le felicitó, valiéndose del intérprete, por la pureza de las costumbres de América, y añadió: "El mundo antiguo está muy corrompido"; después, volviéndose hacia el señor de X, le repitió dos veces: "Explicadle lo muy corrompido que está el viejo continente; vos

estáis bien enterado, ¿verdad?" Esta es una de las frases más amables que ha dirigido en público a ese cortesano, quien, por tener mejor gusto que los demás, hubiera deseado conservar la dignidad de sus maneras, inmolando la del alma a su ambición.

Mientras tanto, las instituciones monárquicas progresaban a la sombra de la República. Estaba organizándose una Guardia pretoriana; las joyas de la Corona servían de ornamento a la espada del Primer Cónsul, y en su atavío, como en la situación política del momento, descubríase una mezcolanza del antiguo régimen con el nuevo; llevaba los vestidos bordados de oro, y los cabellos lisos; era de corta estatura y cabezudo; en su porte había no sé qué torpeza y arrogancia, embarazo y desdén, como si toda la cortedad de un advenedizo se juntase a la audacia de un tirano. Han alabado su sonrisa, encontrándola agradable: estoy segura de que no hubiese parecido tal en cualquier otro, porque esa sonrisa, que rompía por un instante su habitual seriedad, era más parecida a un resorte que a un movimiento natural, y la expresión de sus ojos no estaba nunca de acuerdo con la de su boca; pero como al sonreír, tranquilizaba a sus secuaces, llegaron a tomar por un atractivo el alivio que con ella producía. Recuerdo que un miembro del Instituto, consejero de Estado, me dijo en serio que las uñas de Bonaparte eran perfectas. Otro exclamó: "El Primer Cónsul tiene unas manos encantadoras.

—¡Ah!—respondió un joven aristócrata de la antigua cepa, que entonces no era todavía chambelán—. Por favor, no hablemos de política.” Hablando del Primer Cónsul, uno de sus cortesanos decía con ternura: “A menudo es de una dulzura infantil.” En efecto, en su vida casera entregábase a veces a diversiones inocentes; se le ha visto bailar con sus generales; y hasta dicen que en Munich, en el palacio de los Reyes de Baviera, a quienes, sin duda, tanta alegría les parecería algo rara, se vistió una noche con un traje español del Emperador Carlos VII, y se puso a bailar una antigua contradanza francesa llamada el *Monaco*.

CAPITULO IX

París en 1802.—Bonaparte, presidente de la República italiana.—Regreso a Coppet.

Cada paso del Primer Cónsul anunciaba con creciente claridad su ambición sin límites. Mientras se negociaba en Amiens la paz con Inglaterra, reunió en Lyon la *Consulta* cisalpina, o sea, a los diputados de toda la Lombardía y Estados adyacentes, constituídos en República durante el Directorio, y que preguntaban ahora qué nueva forma debían adoptar. Como aún no estábamos acostumbrados a ver convertida la unidad de la República francesa en el mando único de un solo hombre, nadie se figuraba que Bonaparte quisiese reunir en su persona el Consulado de Francia

y la Presidencia de Italia, de suerte que se esperaba la elección del conde Melzi, designado para tal puesto por sus luces, su ilustre cuna y el respeto de sus conciudadanos. De pronto, se esparció el rumor de que Bonaparte quería que lo eligiesen a él; la noticia reavivó un poco los espíritus. Decíase que, según la Constitución, el que aceptaba un empleo en país extranjero perdía la ciudadanía en Francia; pero ¿era ya francés quien sólo se servía de esta gran nación para oprimir a Europa, ni de Europa más que para oprimir a esa gran nación? Bonaparte escamoteó el nombramiento de presidente a todos aquellos italianos, que sólo supieron que habían de nombrarle a él, pocos horas antes de comenzar el escrutinio. Dijéronles que unieran el nombre del conde de Melzi, como vicepresidente, al de Bonaparte. Diéronle seguridad de que sólo los gobernaría su compatriota, y que el otro no deseaba sino un título honorífico. El mismo Bonaparte dijo con su énfasis habitual: "Cisalpinos, únicamente conservaré la alta dirección de vuestros asuntos." Y la alta dirección quería decir la omnipotencia. Al día siguiente de la elección, continuaron muy en serio elaborando la constitución, como si pudiera subsistir alguna al lado de aquella mano férrea. Dividieron la nación en tres clases: los *possidenti*, los *dotti* y los *commercianti*, para gravar a los propietarios, para obligar a callar a los hombres de letras y para clausurar todos los puertos a los comerciantes. Las palabras sonoras

del italiano se prestan al charlatanismo aún más que el francés.

Bonaparte cambió el nombre de República cisalpina por el de República italiana, y amenazaba así a Europa con futuras conquistas en el resto de Italia. Tal determinación estaba muy lejos de ser pacífica, y, sin embargo, no retrasó la firma del Tratado de Amiens: ¡tan vivo era el deseo de paz en Europa y en la misma Inglaterra! Estaba yo en casa del embajador de este país, cuando recibió el texto del Tratado de paz. Lo leyó a los que cenábamos con él, y no puedo expresar el asombro que me produjo cada uno de los artículos. Inglaterra devolvía todas sus conquistas, incluso Malta, de la que se dijo cuando los franceses la tomaron, que de haber estado la fortaleza desguarnecida no la habrían conquistado jamás. Inglaterra lo cedía todo sin compensación a una potencia constantemente vencida por ella en el mar. ¡Singular efecto del ansia de paz! Y el mismo hombre que alcanzaba como por milagro tales ventajas, no tuvo siquiera la paciencia de aprovecharse de ellas unos cuantos años para poner a la Marina francesa en situación de medirse con la de Inglaterra!

Apenas se firmó el Tratado de Amiens, Napoleón, por un senado-consulta, reunió el Piamonte a Francia. Un año duró la paz, y todos los días aparecían proclamas nuevas dirigidas a romper el Tratado. Con facilidad se descubre el motivo de esta conducta. Bonaparte quería deslumbrar a

los franceses, tan pronto con paces inesperadas, como con guerras que le hiciesen necesario. Creía que en todos los órdenes, las borrascas favorecían la usurpación. Los periódicos encargados de ensalzar las dulzuras de la paz en la primavera de 1802 decían entonces: "Nos acercamos al momento de la anulación de la política." En efecto, si Bonaparte hubiese querido, hubiera podido dar con facilidad veinte años de paz a Europa, despavorida y arruinada.

En el Tribunado, los amigos de la libertad trataban aún de luchar contra la autoridad, sin cesar creciente, del Primer Cónsul; pero la opinión pública ya no los secundaba. La mayoría de los tribunos de la oposición, merecían desde todos los puntos de vista la estimación más completa; pero tres o cuatro individuos que figuraban en sus filas habían participado en los excesos de la Revolución, y el Gobierno tenía buen cuidado de extender a todos la censura que sólo pesaba sobre algunos. Sin embargo, los hombres reunidos en una asamblea pública concluyen siempre por electrizarse en el sentido de la elevación de alma, y el Tribunado, tal como era, hubiese cortado el paso a la tiranía si le hubieran dejado subsistir. Por mayoría de votos, nombró candidato para el Senado a un hombre no muy del agrado del Primer Cónsul, Daunou, republicano probo e ilustrado, pero, ciertamente, nada de temer. Esto bastó para decidir al Primer Cónsul a la *eliminación* del Tribunado; es decir, a renovar uno tras otro, por de-

signación de los senadores, a los veinte miembros más enérgicos de la asamblea, sustituyéndolos por veinte hombres fieles al Gobierno. Los ochenta tribunos que quedaban tenían que someterse por cuartas partes a la renovación anual. Con esa elección quedaban advertidos de lo que debían hacer para conservar sus puestos; es decir, sus quince mil francos de renta; porque el Primer Cónsul quería conservar aún cierto tiempo esta asamblea mutilada, que iba a servirle durante dos o tres años como máscara popular de sus actos de tiranía.

Entre los tribunos proscriptos se encontraban algunos amigos míos; pero mi opinión en el asunto no dependía de mis afecciones. Sin embargo, sentí quizás una irritación mayor por la injusticia que recaía en personas de mi amistad, y creo que me permití algunos sarcasmos sobre aquel modo hipócrita de interpretar la misma desdichada constitución en que ya se había tenido buen cuidado de no dejar entrar el más leve soplo de libertad.

Formábase entonces en torno del general Bernadotte un partido de generales y senadores, que querían saber de él si no sería cosa de tomar algunas determinaciones contra la usurpación que a más andar se avecinaba. Propuso el general diversos planes, fundados todos en medidas legislativas, porque cualquier otro medio era opuesto a sus principios. Mas para llegar a esas medidas, era indispensable una moción de algunos miem-

bros del Senado, y ninguno de ellos se atrevió a tanto. Mientras se tramitaba esta peligrosa negociación, venían a verme con frecuencia el general Bernadotte y sus amigos: no hacía falta tanto para mi perdición si llegaban a descubrirse sus planes. Bonaparte decía que siempre se salía de mi casa menos afecto a él que al entrar; en fin, iba disponiéndose a no ver otro culpable que yo entre tantos como lo eran mucho más, pero con quienes tenía interés en contemperizar.

En esto andábamos cuando salí para Coppet, y llegué a casa de mi padre en un estado penosísimo de ansiedad y abatimiento. Por cartas de París supe que, después de mi partida, el Primer Cónsul se había expresado muy vivamente en contra de mis relaciones amistosas con el general Bernadotte. Todas las señales eran de que estaba dispuesto a castigarme por ello; pero se detuvo ante la idea de molestar al general Bernadotte, ya porque necesitase de sus talentos militares, ya porque le detuviesen los lazos de familia (1), ya porque la popularidad de este general en el ejército francés era mayor que la de ningún otro, ya, en fin, porque el singular atractivo de los modales de Bernadotte haga difícil, aun para Bonaparte, declararse resueltamente enemigo suyo. Lo que más ofendía al Primer Cónsul no eran las opiniones que me atribuía, sino el número de extranjeros que iban a verme. El príncipe de Oran-

(1) Bernadotte se había casado con Desideria Clary, hermana de Julia Clary, mujer de José Bonaparte.

ge, hijo del Stathuder, me hizo el honor de comer en mi casa, y Bonaparte se lo reprochó. Poca cosa era la existencia de una mujer, a quien se visitaba por su reputación literaria; pero esa poca cosa no dependía de él, y eso era lo bastante para que quisiera aplastarla.

Este año—1802—se discutió el asunto de los príncipes hereditarios de Alemania. Toda esta negociación se llevó en París, con gran provecho, según se dice, de los ministros encargados de ella. Como quiera que sea, en esta época comenzó el despojo diplomático de Europa entera, que sólo se detuvo en sus confines. Véase a los más grandes señores de la feudal Germania desplegar en París su ceremonial, cuyas fórmulas obsequiosas agradaban al Primer Cónsul más que la desenvoltura de los franceses, y pedir lo que les pertenecía con un servilismo tal, que debiera bastar para perder los derechos más evidentes, por el menosprecio que supone de la autoridad de la justicia.

Los ingleses, nación eminentemente altanera, no estaban del todo libres en esta época de una curiosidad por la persona del Primer Cónsul, que tenía mucho de admiración. El partido ministerial juzgaba a este hombre tal como era; pero el partido de la oposición, que debía aborrecer más la tiranía, puesto que se le supone un mayor entusiasmo por la libertad, el partido de la oposición, digo, y el mismo Fox, cuyo talento y bondad no pueden recordarse sin admiración y enterneci-

miento, cometieron el error de tratar con miramientos excesivos a Bonaparte, y prolongaron la equivocación de los que querían aún confundir la revolución de Francia con el enemigo más resuelto de los primeros principios de esta revolución.

CAPITULO X

Nuevos síntomas de la malquerencia de Bonaparte contra mi padre y contra mí.—Asunto de Suiza.

Al comenzar el invierno de 1802 a 1803, cuando leía en los periódicos que se reunirían en París tantos hombres ilustres de Inglaterra con tantos hombres eminentes de Francia, confieso que era muy vivo mi deseo de encontrarme entre ellos. No disimulo que para mí el punto más agradable de residencia es París; allí he nacido, allí he pasado mi infancia y mi primera juventud; sólo allí puedo encontrar a la generación que conoció a mi padre, y a los amigos que atravesaron con nosotros los peligros de la revolución. El amor a la patria, que de las almas más fuertes se apodera, nos embarga con mayor viveza aún cuando el entendimiento, el corazón y la fantasía hallan su cebo en un mismo lugar. La conversación francesa sólo existe en París, y desde la infancia ha sido la conversación mi mayor placer. El miedo de verme privada de vivir en París me causaba dolor tan vivo, que mi razón nada podía contra él. Hallábame entonces en la plenitud de la vida; ca-

balmente, la falta de animados goces es la que con frecuencia conduce a la desesperación, porque es más difícil resignarse, y sin resignación son insoportables las vicisitudes de la existencia.

El prefecto de Ginebra no había recibido orden de negarme los pasaportes para París; pero yo sabía que el Primer Cónsul había dicho ante su círculo de amigos que lo mejor que yo podía hacer era no volver, y en asuntos de esta índole tenía ya la costumbre de declarar su voluntad en la conversación para que le evitaran el dar órdenes, adelantándose a ellas. Si en esa forma hubiese dicho Bonaparte que tal o cual individuo se debía ahorcar, creo que hubiera llevado muy a mal que el súbdito no obedeciese sumisamente la insinuación, yendo a comprar la cuerda y a preparar la horca. Otro síntoma de la malquerencia de Bonaparte hacia mí fué la forma en que los periódicos franceses hablaron de mi novela *Delfina*, publicada por entonces; se les ocurrió proclamarla inmoral, y una obra aprobada por mi padre fué condenada por aquellos censores cortesanos. Podría tal vez hallarse en el libro el impulso juvenil y el ardiente deseo de ser feliz (que diez años, diez años de sufrimiento) me han enseñado a encauzar de otro modo. Pero mis críticos eran incapaces de percibir un defecto de esa índole, y no hacían más que obedecer a la misma voz que les había ordenado hacer trizas la obra del padre antes de atacar la de la hija. De

todos lados nos llegaban noticias, en efecto, de que la verdadera razón de la cólera del Primer Cónsul era el último escrito de mi padre, en el que se trazaba de antemano toda la armazón de su Monarquía.

A mi padre le gustaba vivir en París tanto como a mí, y a mi madre, durante su vida, le sucedía lo propio. Me causaba profunda tristeza estar separada de mis amigos, y no poder dar a mis hijos el gusto especial por las bellas artes, que con dificultad se adquiere viviendo en el campo. Me escribió el Cónsul Lebrun, y como en su carta no había nada definitivo en contra de mi regreso, y sí solamente insinuaciones maliciosas, formé muchos proyectos para volver y para probar si el Primer Cónsul, que aún guardaba miramientos a la opinión pública, querría afrontar el escándalo que produciría mi destierro. Mi padre era tan bueno, que se reprochaba haber contribuído a estropear mi porvenir, y concibió la idea de ir personalmente a París para hablar al Primer Cónsul en mi favor. Confieso que en el primer momento acepté la prueba de abnegación que me ofrecía mi padre; tenía yo tal idea del ascendiente que debía ejercer su presencia, que me parecía imposible que nadie se le resistiera. Su edad, la expresión tan bella de sus miradas, su mucha nobleza de alma, junto con la agudeza de su entendimiento, parecíanme que debían cautivar al mismo Bonaparte. Aún no sabía yo entonces hasta qué punto el Primer Cónsul estaba

enojado contra su libro (1); pero, afortunadamente para mí, pensé que las mismas cualidades de mi padre sólo servirían para excitar en el Cónsul un deseo más vivo de humillar a su poseedor; y seguramente hubiera encontrado, al menos en apariencia, los medios de conseguirlo, porque en Francia el poder cuenta con muchos aliados, y si se ha visto a menudo desarrollarse en este país el espíritu de oposición, es porque la debilidad del Gobierno le ofrecía victorias fáciles. Nunca se repetirá bastante que los franceses aman en todas las cosas el buen éxito, y que el Poder consigue fácilmente en este país poner en ridículo al infortunio. En fin, gracias al cielo, desperté de las ilusiones a que me había entregado, y rehusé por modo terminante el generoso sacrificio que mi padre quería hacer por mí. Sólo cuando me vió resuelta a no aceptarlo, pude medir lo mucho que le habría costado llevarlo a cabo. Quince meses después perdí a mi padre (2), y si hubiese realizado en aquella ocasión el viaje que proyectaba, hubiese atribuído yo su enfermedad a esa causa, y el remordimiento habría envenenado, por añadidura, mi dolor.

También fué en el invierno de 1802 a 1803 cuando Suiza tomó las armas contra la constitución unitaria que le habían impuesto. Singular manía la de los revolucionarios franceses, que obligan a

(1) *Dernières vues de politique et de finances offertes à la nation française*; en ella proponía al Primer Cónsul dos planes de Gobierno: uno republicano y otro monárquico.

(2) Murió en Coppet el 9 de abril de 1804.

todos los países a organizarse políticamente de la misma manera que Francia. Existen, sin duda, principios comunes a todos los países: son los que aseguran los derechos civiles y políticos de los pueblos libres; pero ¿qué importa que se organicen en monarquía limitada como Inglaterra, o en república federada como los Estados Unidos o los trece cantones suizos? Y ¿por qué reducir Europa a una sola idea, como el pueblo romano a una sola cabeza, a fin de poder mandar y cambiar todo en un solo día?

El Primer Cónsul no concedía seguramente importancia alguna a esta o a aquella forma de constitución, ni aun a cualquier constitución posible; lo que le importaba era sacar de Suiza el mejor partido en favor de sus intereses, y a este respecto se condujo con prudencia. Combinó los diversos proyectos que le presentaron, y formó con ellos una constitución que conciliaba bastante bien las costumbres antiguas con las aspiraciones nuevas; y haciéndose nombrar mediador de la Confederación suiza, sacó de este país muchos más hombres de los que hubiera obtenido gobernándolos inmediatamente. Convocó en París a los diputados nombrados por los cantones y por las principales ciudades de Suiza, y el 29 de enero de 1803 tuvo una conferencia de siete horas con diez delegados escogidos en el seno de aquella diputación general. Insistió en la necesidad de restablecer los cantones democráticos, tales como habían existido, pronunciando a este propósito má-

ximas declamatorias sobre la crueldad que se cometería privando a los pastores relegados en las montañas de su única diversión, que eran las asambleas populares; y añadió—cosa que le tocaba más de cerca—las razones que tenía para desconfiar de los cantones aristocráticos. Insistió mucho en la importancia que Suiza tenía para Francia. He aquí sus mismas palabras, tal como están consignadas en un relato de aquel coloquio: “Declaro que desde que estoy al frente del Gobierno, ninguna potencia se ha interesado en favor de Suiza; soy yo quien ha hecho reconocer la República helvética en Luneville; Austria no se ocupaba de eso lo más mínimo. Quise hacer lo mismo en Amiens, e Inglaterra se negó; pero Inglaterra no tiene nada que ver con Suiza. Si esa potencia hubiese expresado el recelo de que yo pretendiera ser vuestro *landamman*, lo hubiese sido inmediatamente. Se ha dicho que Inglaterra favorecía vuestra insurrección última; a la menor gestión oficial de su Gobierno, y con una sola palabra de este asunto, publicada en la *Gaceta de Londres*, os hubiera incorporado a Francia.” ¡Increíble lenguaje! Así, la existencia de un pueblo que ha conquistado su independencia en el centro de Europa, mediante esfuerzos heroicos, y que durante cinco siglos la ha conservado por su moderación y su cordura, hubiese sido destruída por un impulso de mal humor que la menor cosa podía provocar en un ser tan caprichoso. Bonaparte añadió en esta misma conversación que era desagradable

para él tener que redactar una constitución, porque eso le exponía a que le silbaran, cosa que no deseaba. Esta expresión lleva el sello de vulgaridad, falsamente afable, que a menudo se complace en mostrar. Roederer y Desmeunier redactaron el acta de mediación que él les dictó, y todo esto ocurría mientras sus tropas ocupaban Suiza. Después las ha retirado de allí, y hay que convenir en que ese país ha sido mejor tratado por Napoleón que el resto de Europa, bien que se halle política y militarmente bajo su total dependencia; así permanecerá tranquilo en el alzamiento general. Los pueblos europeos tenían tal cantidad de paciencia acumulada, que sólo Bonaparte ha podido agotarla.

Los periódicos de Londres atacaban con bastante acritud al Primer Cónsul; la nación inglesa tenía demasiada ilustración para no ver el fin a que tendían las acciones de este hombre. Cada vez que le llevaban una traducción de los periódicos ingleses tenía un altercado con lord Whitworth, quien le respondía, con tanta serenidad como razón, que el propio Rey de la Gran Bretaña no estaba al abrigo de los sarcasmos de los periódicos, y que la Constitución no permitía coartar su libertad en este punto. Sin embargo, el Gobierno inglés quiso procesar a Peltier (1) por los artícu-

(1) Juan Gabriel Peltier era un libelista monárquico, que desde los primeros días de la Revolución escribió contra la Asamblea y contra el duque de Orleans. Publicó después *Les Actes des Apotres*, famoso libro dirigido contra los Poderes constituidos. Después del 10 de agosto, se fué a Londres, y allí continuó sus sátiras contra la Revolución. En

los de su periódico dirigidos contra el Primer Cónsul. Peltier tuvo el honor de ser defendido por Mr. Mackintosh, que pronunció en esta ocasión una de las defensas más elocuentes de los tiempos modernos; más adelante diré en qué circunstancias llegó a mis manos esa defensa.

CAPITULO XI

Ruptura con Inglaterra.—Comienza mi destierro.

Estaba yo en Ginebra, viviendo por mi gusto y por la fuerza de las circunstancias en mucha relación con los ingleses, cuando llegó la noticia de la declaración de guerra. En seguida se esparció el rumor de que los viajeros ingleses iban a ser hechos prisioneros; yo no lo creí, porque nunca se había visto cosa igual en el derecho de gentes europeo, y mi confianza estuvo a punto de perju-

1800 comenzó a publicar el periódico *L'Ambigu*, cuyos primeros números, dirigidos contra Bonaparte, se distinguían por una virulencia extremada. El Primer Cónsul, profundamente lastimado por los ataques de Peltier, se quejó al Ministerio inglés, después de la paz de Amiens; se le respondió que la Prensa era libre en Inglaterra, y que los que se creyesen ofendidos tenían expedita la vía judicial. El embajador francés se querelló en forma contra Peltier y pidió su destierro. Citado ante el Tribunal del Banco del Rey, el libelista fué defendido por el célebre abogado sir Jhon Mackintosh, y aunque convicto de calumnia, sólo fué condenado a una ligera multa y a las costas. Una suscripción espontánea sufragó los gastos de la condena, pronunciada el mismo día de la nueva ruptura de hostilidades entre Francia e Inglaterra; de suerte que, en lugar de perjudicar al buen éxito de *L'Ambigu* este suceso, aumentó singularmente su venta; el mismo Peltier publicó el proceso y vendió gran número de ejemplares.

dicar a varios amigos míos; con todo, se escaparon. Pero muchas personas completamente ajenas a la política, entre ellas lord Beverley, padre de once hijos, que volvía de Italia con su mujer y sus hijas, y otras cien personas más, que se dirigían con pasaportes franceses a las universidades, para instruirse, o a los países del Sur para curarse, y viajaban al amparo de las leyes admitidas en todas las naciones, fueron detenidas, y desde hace diez años llevan en las ciudades provincianas la vida más triste y lánguida que puede imaginarse. Este hecho escandaloso no fué de utilidad alguna; apenas dos mil ingleses, en su mayoría poco militares, fueron víctimas del tiránico capricho de vejar a unos cuantos pobres individuos por odio a la invencible nación a que pertenecían (1).

Durante el verano de 1803 comenzó la gran

(1) La paz de Amiens no había sido para Inglaterra más que una suspensión de hostilidades para reponer sus fuerzas, que la lucha, sin aliados y sin el concurso de las potencias continentales, iba debilitando. Se había visto obligada a aceptar unas condiciones de paz onerosas; no quiso luego devolver Nápoles ni evacuar Egipto. Le pareció llegado el momento favorable para romper con Francia, cuya actividad comercial y desarrollo industrial comenzaban a inquietar sus intereses, y después de varios mensajes y de un provocador ultimátum de Inglaterra, lord Whitworth salió de París el 12 de mayo de 1803, y el 17, el Gobierno británico ordenó a sus escuadras dar caza a los navíos, mercancías y súbditos de la República francesa y apoderarse de ellos; después, los ingleses empezaron las hostilidades por mar contra la República batava, sin previa declaración de guerra, y cuando aún se encontraba en La Haya su ministro y en Londres el de Holanda. Entonces, el Gobierno francés declaró la guerra a Inglaterra (22 mayo), y respondió a los actos de agresión ya realizados con el arresto de todos los ingleses que se encontraban en Francia.

farsa del desembarco en Inglaterra: se encargó por toda Francia la construcción de barcos chatos, y se construyeron, en efecto, en los bosques, para transportarlos por las carreteras. Los franceses, que tienen en todas las cosas una gran fuerza de imitación, labraban tablas y más tablas, y hacían frases y frases: los unos, en Picardía, alzaban un arco de triunfo con este rótulo: *Camino de Londres*; otros enviaban esta misiva: "A Bonaparte el Grande: os rogamos que nos admitáis en el barco que os conduzca a Inglaterra, para cumplir los destinos y la venganza del pueblo francés." El barco que debía tripular Bonaparte ha tenido tiempo de pudrirse en el puerto. Otros ponían como divisa de sus banderas en la rada: *Un buen viento y treinta horas*. En fin, toda Francia repetía las fanfarronadas que Bonaparte maneja como nadie.

Hacia el otoño creí que Bonaparte se había olvidado de mí; me escribían desde París diciéndome que estaba enteramente absorto por su expedición contra Inglaterra, que tenía el propósito de ir a la costa y de embarcarse para dirigir personalmente la operación. No creía yo gran cosa en ese proyecto; pero me lisonjeaba la esperanza de que llegase a permitirme vivir a unas cuantas leguas de París, sin otras relaciones que las del corto número de amigos que fuesen a visitar a tal distancia a una persona malquista del Gobierno. Pensaba yo además que, siendo muy conocida en Europa, el Primer Cónsul tendría in-

terés en evitar el escándalo de mi destierro. En estos cálculos me dejé llevar de mi deseo; aún no conocía yo a fondo el carácter del futuro dominador de Europa. Lejos de guardar miramientos a los que se distinguían por algo, quería hacer con cuantos se encumbraban el pedestal de su estatua, ya pisoteándolos, ya empleándolos en servicio de sus proyectos.

Me instalé en el campo, a diez leguas de París, con intención de pasar los inviernos en aquel retiro mientras durase la tiranía. Me contentaba con recibir allí a mis amigos y con ir de vez en cuando al teatro y al Museo. Esto era cuanto yo apetecía de la vida de París, dados el recelo y el espionaje más en auge cada día; y confieso que no veo el inconveniente que podía haber para el Primer Cónsul en dejarme así en un destierro voluntario. Un mes llevaba yo tranquilamente en aquel lugar, cuando una mujer, como hay muchas, queriendo hacer méritos a expensas de otra mujer más conocida que ella, fué a decir al Primer Cónsul que los caminos de mi residencia estaban llenos de gente que iba a visitarme. Nada más lejos de la verdad, ciertamente. A mí no me visitaban como a los desterrados del siglo XVIII, que tenían casi tanta fuerza como los reyes que los desterraban; pero un poder a quien se resiste, no es un poder tiránico, porque sólo puede serlo mediante la sumisión general. Sea como quiera, Bonaparte se aprovechó del motivo que le dieron para destie-

rrarme, y un amigo mío me avisó que de allí a pocos días un gendarme me notificaría la orden de marcha. En los países en que, al menos por rutina, están los particulares al abrigo de la injusticia, no se tiene idea de la perturbación que causa la súbita nueva de una arbitrariedad. Yo soy, por otra parte, muy propensa al abatimiento, mi imaginación concibe antes el dolor que la esperanza, y aunque he experimentado muchas veces que el pesar se disipa cuando cambian las circunstancias exteriores, se me antoja, siempre que me sobrecoge alguno, que nunca me veré libre de él. En efecto, lo fácil es ser desventurado, sobre todo cuando se aspira a un puesto privilegiado en la vida.

En el acto me refugié en casa de una persona verdaderamente buena y espiritual (1), a quien me recomendó, debo decirlo, un hombre que ocupaba un importante empleo del Gobierno (2); no olvidaré nunca el valor con que él mismo se ofreció a darme asilo: si hoy conservara las mismas buenas intenciones respecto de mí, no podría portarse como entonces se portó sin hundirse para siempre. A medida que la tiranía va avanzando, crece ante nuestros ojos como un fantasma; pero subyuga con la fuerza de un ser real. Llegué, pues, a la finca de una dama a quien apenas conocía, y me vi entre gentes por completo ajenas a mí, lacerado el corazón por un

(1) Madame de la Tour.

(2) Regnaud de Saint-Jean d'Angely.

dolor acerbo que yo no quería dejar ver. Por la noche, a solas con una mujer que desde hacía varios años me servía fielmente, nos poníamos de escucha en la ventana, por si llegaba el rumor de los pasos de un caballo; por el día, me esforzaba en ser amable para ocultar mi situación. Desde mi retiro campestre escribí a José Bonaparte una carta expresando con sinceridad mi tristeza. Todo lo que yo ambicionaba era un refugio a diez leguas de París, y al comprender que si una vez me desterraban, sería para mucho tiempo, y quizá para siempre, me desesperaba. José y su hermano Luciano hicieron generosamente los mayores esfuerzos para salvarme, y no estuvieron solos en este empeño, como se va a ver.

La señora de Récamier, mujer celebérrima por su hermosura, y cuyo carácter se refleja en su belleza, me envió a decir que fuese a instalarme en su casa de campo de Saint-Brice, a dos leguas de París. Acepté el ofrecimiento, no creyendo perjudicar con eso a una persona tan ajena a la política; me parecía que, a pesar de su carácter generoso, no tenía nada que temer. Reuníanse en su casa muchas personas muy agradables, y allí gocé por vez postrera los placeres que iba a perder. En aquellos tempestuosos días recibí la defensa de Mackintosh: en sus páginas leí el retrato de un jacobino que, después de mostrarse implacable durante la revolución contra los niños, los ancianos y las mujeres, se doblegaba bajo la férula del Corso, que le arrebató hasta la más

mínima parte de la libertad, en cuya defensa pretendía haber luchado. La pura elocuencia de estas páginas me conmovió hasta el fondo del alma: los grandes escritores pueden a veces, sin saberlo, aliviar a los desgraciados en todos los tiempos y países. Era tan profundo el silencio de Francia, que aquella voz, al responder súbitamente a mi alma, me parecía bajada del cielo: venía de un país libre. Después de pasar unos cuantos días en la casa de la señora de Récamier, sin que se hablase nuevamente de mi destierro, creí que Bonaparte renunciaba a su proyecto. Es muy corriente tranquilizarse respecto de cualquier peligro, cuando no aparecen síntomas de él en torno nuestro. Tan ajena vivía yo a todo proyecto y todo procedimiento hostiles, aun contra aquel hombre, que se me antojaba imposible que no me dejase en paz; y al cabo de unos días volví a mi casa de campo, convencida de que Bonaparte aplazaba toda determinación contra mí, y se contentaba con haberme asustado. Con eso, en efecto, había de sobra, no para hacerme cambiar de opinión ni para obligarme a renegar de ella, sino para refrenar los hábitos republicanos que me quedaban, y que me habían impulsado el año anterior a hablar con demasiada franqueza.

Un día de fines de septiembre hallábame yo a la mesa con tres amigos míos, en una sala desde donde se veía la carretera y la puerta de entrada. A las cuatro, un hombre, vestido de gris, a caballo, se detuvo junto a la verja y llamó; no me cupo

duda de mi suerte. Preguntó por mí y le recibí en el jardín. Al acercarme a él, admiraba yo el aroma de las flores y la hermosura del cielo. ¡Qué sensaciones tan distintas debemos a la sociedad y a la naturaleza! El recién llegado me dijo que era el comandante de la gendarmería de Versalles; pero que tenía orden de venir sin uniforme para no asustarme; me enseñó una carta firmada por Bonaparte, con la orden de llevarme a cuarenta leguas de París, y la conminación de emprender el viaje dentro de veinticuatro horas; pero tratándome con los miramientos debidos a una mujer de renombre. Bonaparte sostenía que yo era extranjera, y que, como tal, estaba sometida a la Policía; este escrúpulo por la libertad individual duró muy poco; muy pronto otros franceses y francesas fueron desterrados sin forma alguna procesal. Respondí al oficial de gendarmería que ponerse en camino a las veinticuatro horas sería bueno para los quintos, pero no para una mujer y unos niños; por tanto, le propuse que me acompañase a París, donde tenía que pasar tres días para preparar el viaje. Subí a mi coche con mis hijos y el oficial, escogido para el caso por ser un gendarme muy literario. En efecto, me habló con elogio de mis libros. “Ya veis, señor—le dije—, a lo que conduce esa vocación; bien haréis en prohibírsela a las personas de vuestra familia si se os presenta el caso.” Trataba yo de crecerme apelando a mi altivez; pero sentía en mi corazón la garra del tirano.

Me detuve unos momentos en casa de la señora de Récamier; allí me encontré con el general Junot, que, por amistad con ella, prometió hablar de mi asunto al día siguiente con el Primer Cónsul. Así lo hizo, en efecto, con mucho calor. Cualquiera creería que un hombre tan útil por su ardor bélico al poderío de Bonaparte debía tener sobre él influencia bastante para proteger a una mujer; pero los generales de Bonaparte, que lo gran para sí innumerables mercedes, no gozan de influencia alguna. A Bonaparte le parece muy bien que sus generales le pidan dinero o destinos, porque el ponerse así bajo su dependencia es prueba de la conformidad con su poder; pero si quisieran, cosa que les sucede rara vez, defender a un desdichado u oponerse a una injusticia, no tardarían en advertir que no son más que brazos encargados de sostener la esclavitud, a la que deben empezar por someterse personalmente.

En París fui a una casa alquilada poco antes, en la que aún no había habitado, y escogida con mucho tiento en el barrio y con la exposición que más me agradaban; ya con la fantasía me había instalado en el salón, rodeada de algunos amigos, cuya plática es, para mi gusto, el mayor goce que el espíritu humano puede disfrutar. Entré en aquella casa con la seguridad de tener que abandonarla, y las noches se me iban en recorrer los aposentos, deplorando por anticipado la pérdida de una felicidad mayor aún que la ofrecida por mi esperanza. El gendarme iba todas las mañanas,

como en el cuento de Barba Azul, a instarme para que partiese al siguiente día, y siempre tenía yo la debilidad de pedirle un nuevo aplazamiento. Mis amigos iban a comer conmigo, y a veces, como para apurar la copa de la tristeza, parecíamos alegres, a fin de ser unos para otros al separarnos por tanto tiempo, tan amables como fuese posible. Decíanme que el hombre que a diario venía a intimarme la marcha les recordaba los tiempos del Terror, cuando los gendarmes iban en busca de víctimas.

No faltará quien se asombre al ver que comparo el destierro a la muerte; pero hombres muy grandes de la antigüedad y de los tiempos modernos han sucumbido bajo tal pena. Son más valientes ante el cadalso que ante la expatriación. En todos los códigos, el destierro perpetuo es una pena severísima, y el capricho de un hombre impone en Francia, como por juego, el castigo que los jueces concienzudos imponen con pesar a los criminales. Por circunstancias muy especiales contaba yo con un asilo y con medios de fortuna en Suiza, patria de mis mayores; desde este punto de vista, merecía yo menos lástima que otros, y, sin embargo, pasé crueles sufrimientos. Creo, pues, que haré una obra útil al mundo señalando las razones por las que no debe dejarse nunca a los soberanos la potestad de desterrar arbitrariamente. Ningún diputado ni escritor expresará con libertad su pensamiento si puede ser desterrado cuando su franqueza desagrade; nadie hablará con

sinceridad si ello puede costarle la felicidad de toda su familia. Las mujeres, sobre todo, destinadas a sostener y recompensar el entusiasmo, tratarán de ahogar sus propios sentimientos generosos, si de ellos ha de resultar que las aparten de los objetos de su amor, o que éstos les sacrifiquen su existencia siguiéndolas en el destierro.

La víspera de expirar el plazo concedido, hizo José Bonaparte una nueva tentativa en mi favor; y su mujer, persona de gran dulzura y de perfecta sencillez, me hizo la merced de venir a mi casa a proponerme que fuese a pasar unos días en su posesión de Mortefontaine. Acepté con gratitud, y no dejé de conmoverme la bondad de José, que me admitía en su casa no obstante la persecución de su hermano. Tres días pasé en Mortefontaine; a pesar de la exquisita amabilidad de los dueños de la casa, mi situación era muy difícil. Sólo veía a hombres adictos al Gobierno, vivía en la atmósfera de una autoridad, enemiga mía declarada, pero no podía exteriorizar mi pensamiento, so pena de infringir las reglas más elementales de la cortesía y la gratitud. Sólo estaba conmigo mi hijo mayor, demasiado niño aún para hablar de tales asuntos. Horas enteras me pasaba contemplando el jardín de Mortefontaine, uno de los más bellos de Francia, y cuyo poseedor, tranquilo entonces, me parecía muy digno de envidia. Estoy segura de que en los tronos a que después le han desterrado, echará de menos su hermoso retiro.

CAPITULO XII

Partida para Alemania.—Llegada a Weimar.

Vacilaba yo acerca del partido que me convenía tomar al marcharme. ¿Volvería a casa de mi padre o me iría a Alemania? Mi padre hubiese acogido a su pobre pájaro, batido por la tormenta, con bondad inefable; pero me contrariaba volver, expulsada, a un país que ya me acusaban de encontrar un poco monótono. Tenía también deseos de desquitarme del ultraje que me hacía el Primer Cónsul con la recepción que me prometían en Alemania, y quise oponer la benévola acogida de las antiguas dinastías a la impertinencia de la que se preparaba a subyugar a Francia. Por desgracia mía, este sentimiento de amor propio pudo más que nada; si hubiese ido a Ginebra, aún habría vuelto a ver a mi padre.

Rogué a José que se enterase de si podía irme a Prusia, no fuese a resultar que el embajador de Francia hiciese alguna reclamación por mi causa, considerándome francesa, mientras que en Francia me proscribían por extranjera. José partió para Saint-Cloud. Tuve que esperar la respuesta en una posada, a dos leguas de París, no atreviéndome a volver a mi casa de la capital. Pasó un día entero sin que llegase la respuesta. Para no llamar la atención permaneciendo demasiado tiempo en aquella posada, fuí, dando la vuelta a los muros de París, a buscar otra, tam-

bién a dos leguas de la ciudad, pero en un camino diferente. Esta vida errante, a cuatro pasos de mis amigos y de mi casa, me producía tal dolor, que no puedo recordarlo sin estremecerme. Aún estoy viendo la habitación: la ventana a la que me pasaba asomada todo el día para ver llegar al mensajero, los mil detalles penosos que la desgracia lleva consigo, la generosidad excesiva de algunos amigos, el cálculo disimulado de otros, producían en mi alma una agitación tan cruel, que no se la deseo a mi mayor enemigo. En fin, llegó el mensaje sobre el que aún fundaba yo algunas esperanzas. José me enviaba muy buenas cartas de recomendación para Berlín, y se despedía de mí con nobleza y dulzura. No quedaba más remedio que partir. Benjamín Constant tuvo la bondad de acompañarme; pero, como también le gustaba mucho la estancia en París, dolíame su sacrificio. Cada paso de los caballos me lastimaba, y cuando los postillones se alababan de llevarme de prisa, no podía por menos de lamentar el triste servicio que me hacían. De este modo recorrí cuarenta leguas sin recuperar el dominio de mí misma. Cuando nos detuvimos en Chalons, Benjamín Constant reavivó su ingenio, y gracias a su conversación asombrosa, consiguió, al menos durante unos instantes, aliviar el peso que me abrumaba. Al día siguiente continuamos el viaje hasta Metz, donde me detuve a esperar noticias de mi padre. Allí pasé quince días, y encontré uno de los hombres más amables y espirituales que

pueden producir Francia y Alemania combinadas: Carlos Villers. Su trato era encantador; pero esto me hacía sentir aún más la falta de mi placer predilecto: un coloquio donde reine perfecto acuerdo en cuanto se siente y se dice.

Mi padre se indignó por el modo como me habían tratado en París; veía a su familia proscrita, expulsada, como gente criminal, del país por quien él había trabajado tanto. Me aconsejó que pasara el invierno en Alemania, y que no fuese a verle hasta la primavera. ¡Ay! Contaba con llevarle las ideas nuevas cosechadas en mi viaje. Desde hacía varios años decíame mi padre que su único lazo con el mundo eran mis relatos y mis cartas. Era tanta la vivacidad y la penetración de su espíritu, que el placer de hablarle excitaba a pensar. Yo observaba para tener algo que contarle, y escuchaba para repetirle lo que oía. Muerto él, veo y siento la mitad menos que cuando mi propósito era agradarle, pintándole mis impresiones.

En Francfort cayó gravemente enferma mi hija, de cinco años de edad. A nadie conocía yo en la ciudad, ignoraba el idioma, y el mismo médico a quien llamé apenas hablaba el francés. ¡Oh! ¡Cómo compartía mi padre estos dolores! ¡Qué cartas me escribía! ¡Cuántas consultas de médicos, copiadas de su mano, me envió desde Ginebra! Nadie ha llevado tan lejos como él la armonía de la sensibilidad y de la razón; nadie se ha conmovido tan vivamente como él por los do-

lores de sus amigos, ni los ha socorrido con tanta presteza, ni ha sido tan prudente en la elección de los medios, ni tan admirable en todo, en fin. Digo esto por desahogar mi corazón, porque ahora, ¡qué le importa ni la misma voz de la posteridad!

Llegué a Weimar y me reanimé al descubrir, a través de las dificultades del idioma, inmensas riquezas intelectuales fuera de Francia. Aprendí a leer el alemán, escuché a Goethe y Wieland, que, por fortuna, hablaban muy bien francés. Comprendí el alma y el genio de Schiller, a pesar de su dificultad para expresarse en una lengua extranjera. La amistad del duque y de la duquesa de Weimar me agradaba mucho, y allí pasé tres meses, durante los cuales el estudio de la literatura alemana dió a mi espíritu el pasto que necesita para no devorarse a sí mismo.

CAPITULO XIII

Berlín.—El príncipe Luis Fernando.

Salí para Berlín, y allí conocí a la encantadora reina, a quien el destino reservaba tantas desgracias. El rey me acogió con bondad, y puedo decir que durante las seis semanas que permanecí en aquella ciudad a nadie oí que no alabase la justicia del Gobierno. No es que yo crea deseable siempre para un país la posesión de formas constitucionales que le aseguren, merced a la coope-

ración constante de la nación, aquellas mismas ventajas que se derivan de las virtudes de un buen rey. Bajo el reinado de su soberano actual, Prusia poseía, sin duda, la mayor parte de esas ventajas; pero aún no existía el espíritu público, suscitado allí después por el infortunio; el régimen militar impedía que la opinión adquiriese fuerza, y la falta de una Constitución, dentro de la que cada individuo pudiese darse a conocer según su mérito, dejó al Estado desprovisto de hombres de talento capaces de defenderlo. El favor de un rey, necesariamente arbitrario, no basta para despertar la emulación; circunstancias puramente relativas a las interioridades de la corte pueden apartar a un hombre de mérito del timón del Estado, o colocar en él a un hombre mediocre. La rutina domina también singularmente en los países donde el Poder real no tiene contradictores; el mismo sentimiento de justicia que pueda tener el rey, le lleva a conservar a todos en sus puestos, para establecer así una barrera a su propio poder; casi no había ejemplo en Prusia de que un hombre hubiese perdido sus empleos civiles o militares por razón de incapacidad. ¡Cuán grande no sería, pues, la superioridad del ejército francés, compuesto casi todo de hombres nacidos de la Revolución, como los soldados de Cadmo de los dientes del dragón! ¡Y cuán grande no sería su superioridad sobre los comandantes de las plazas y de los ejércitos prusianos para quienes todo lo nuevo era desconoci-

do! Un rey concienzudo que no tiene la *dicha*—y de propósito empleo esta expresión—, la dicha de poseer un parlamento, como en Inglaterra, de todo hace costumbre, por miedo de usar demasiado de su propia voluntad; pero en los tiempos actuales hay que desdeñar los usos antiguos, y buscar por todas partes la fuerza de carácter y la superioridad del entendimiento. Sea como quiera, Berlín era uno de los países más venturosos de la tierra, y de los más ilustrados.

Los escritores del siglo XVIII hacían, sin duda, un gran bien a Europa por el espíritu de moderación y por la afición a las letras que sus obras inspiraban a la mayor parte de los soberanos; con todo, el aprecio en que los amigos de las luces tenían al espíritu francés, ha sido una de las causas de los errores que por tanto tiempo han perdido a Alemania. Muchas gentes veían en los ejércitos franceses los propagandistas de las ideas de Montesquieu, de Rousseau o de Voltaire, cuando, si quedaba huella de las opiniones de esos grandes hombres en los agentes del poder de Bonaparte, era para emanciparse de lo que ellos llamaban prejuicios, y no para establecer un solo principio regenerador. Pero había en Berlín y en el Norte de Alemania, en la primavera de 1804, muchos antiguos partidarios de la Revolución francesa que no se habían aún enterado de que Bonaparte era un enemigo mucho más encarnizado de los principios fundamentales de esta revolución que la antigua aristocracia europea.

Tuve el honor de conocer al príncipe Luis Fernando, quien de tal modo se dejó arrastrar por su ardimiento bélico, que casi precipitó con su muerte los primeros reveses de su patria (1). Era hombre ardoroso y entusiasta, pero que, a falta de gloria, buscaba con exceso las emociones que pueden agitar la vida. Lo que más le irritaba en Bonaparte era su modo de calumniar a cuantos temía, y de rebajar ante la opinión incluso a sus secuaces, para, a todo evento, tenerlos mejor bajo su dependencia. Muy a menudo me decía: "Admito que mate; pero me subleva que asesine moralmente." Y, en efecto, pensemos en la situación a que hemos llegado desde que ese gran detractor se apoderó de todos los periódicos del continente, y pudo, cosa que ha hecho con frecuencia, llamar cobardes a los más valientes, y decir que eran despreciables las mujeres más puras, sin que hubiese medio de contradecir ni de castigar tales asertos.

CAPITULO XIV

Conspiración de Moreau y de Pichegru.

Acababa de llegar a Berlín la noticia de la gran conspiración de Moreau, de Pichegru y de Jorge Cadoudal. Ciertamente alentaba en los principa-

(1) Luis (Federico Cristián), más conocido por Luis Fernando, príncipe de Prusia, era hijo del príncipe Augusto Fernando, hermano del Gran Federico. Durante la campaña de 1806 fué muerto el 19 de octubre, en el combate de Saafeld, por el suboficial Guindé del 10.º de húsares.

les jefes del partido republicano y del partido monárquico un vivo deseo de derribar la autoridad del Primer Cónsul y de oponerse a la autoridad, todavía más tiránica, que se proponía establecer, haciéndose proclamar emperador. Pero alguien ha dicho, y tal vez con fundamento, que esa conspiración, tan útil a la tiranía de Bonaparte, la fomentó él mismo, para sacar partido de ella con arte maquiavélico, del que conviene notar el modo de proceder. Envió a Inglaterra a un jacobino desterrado, que no podía obtener su repatriación más que por los servicios que prestase al Primer Cónsul. Este hombre hizo como Sinón, al presentarse en la ciudad de Troya, diciéndose perseguido por los griegos. Habló con algunos emigrados que no tenían ni los defectos ni las cualidades que sirven para desenmascarar ciertas picardías. Le fué, pues, muy fácil atrapar a un obispo viejo, a un ex oficial, en fin, a algunos residuos de un régimen bajo el que ni siquiera se sabía lo que era una facción. Escribió en seguida un folleto para burlarse con mucho ingenio de cuantos le habían creído, quienes, en efecto, hubieran debido suplir su falta de sagacidad con la firmeza de los principios, no concediendo nunca la más mínima confianza a un hombre culpable de malas acciones. Todos tenemos nuestra manera de pensar; pero desde que alguien se muestra pérfido o cruel, sólo Dios puede perdonarle, porque sólo él es capaz de leer a bastante profundidad en el corazón humano para

saber si ha cambiado; el hombre debe permanecer alejado para siempre de quien ha perdido su estimación. Aquel agente oculto de Bonaparte pretendía que en Francia había muchos elementos propicios a la revolución; fué a avistarse en Munich con un emisario inglés, Mr. Drake, a quien también se dió maña para engañar. Un ciudadano de la Gran Bretaña no debió mezclarse en ese tejido de astucias, tramado por el jacobinismo y la tiranía.

Jorge y Pichegru, que eran completamente del partido de los Borbones, vinieron a Francia en secreto y se concertaron con Moreau, deseoso de libertar a Francia del Primer Cónsul, pero sin menoscabo del derecho de la nación francesa a escoger la forma de gobierno más conveniente. Pichegru intentó hablar al general Bernadotte, que se negó, por no estar conforme con la dirección dada al asunto, y porque deseaba, ante todo, seguridades para la libertad constitucional de Francia. Moreau, de carácter muy moral, de incontestable talento militar, despejado y recto de entendimiento, se escurrió en la conversación, censurando al Primer Cónsul, antes de tener la seguridad de derribarlo. Expresar su opinión, aun por modo inconsiderado, es defecto muy natural en almas generosas. Pero el general Moreau atraía demasiado las miradas de Bonaparte, para que semejante conducta dejara de ser su perdición. Hacía falta un pretexto para prender al hombre que había ganado tantas batallas, y el pretexto

se encontró en sus palabras, ya que no en sus actos.

Las formas republicanas existían aún; empleábase el nombre de ciudadano, como si no reinase en toda Francia la más terrible desigualdad, la que emancipa a unos del yugo de la ley y somete a otros a la arbitrariedad. Contábase aún el tiempo por el calendario republicano; era motivo de alabanza la paz en que se vivía con toda la Europa continental. Hacíanse, como aún se hacen hoy, informes para la construcción de caminos y canales, de puentes y de fuentes; ensalzábase hasta las nubes los beneficios del Gobierno; no existía, en fin, ninguna razón aparente para cambiar un orden de cosas en el que todos decían que se encontraban tan bien. Necesitábase, pues, un complot, en el que anduviesen mezclados los ingleses y los Borbones, para soliviantar de nuevo a los elementos revolucionarios de la nación, encaminándolos al restablecimiento de un poder ultramonárquico, con pretexto de impedir el retorno del antiguo régimen. El secreto de esta combinación, complicadísima en apariencia, es muy sencillo: había que asustar a los revolucionarios con el peligro que corrían sus intereses, y proponerles que los pusiesen a buen recaudo por un postrer abandono de los principios. Así se hizo.

Pichegru se había hecho, pura y simplemente monárquico, como había sido republicano; volvió sus opiniones del revés; su carácter era superior a su entendimiento; pero ni el uno ni el otro eran

a propósito para arrastrar gente. Jorge tenía más ímpetu, pero ni por su educación, ni por su natural parecía destinado al papel de jefe. Cuando se supo que estaban en París, fué preso Moreau; cerráronse las puertas de la ciudad; se decretó que los encubridores de Pichegru o de Jorge serían condenados a muerte, y volvieron a ponerse en vigor, para defender la vida de un solo hombre, todas las medidas del jacobinismo. Este hombre estaba dispuesto a apelar a cualquier medio para defenderse, no sólo por la excesiva importancia que se concede a sí mismo, sino porque, además, entraba en sus cálculos atemorizar los ánimos y recordar los días del terror, a fin de inspirar, si era posible, el deseo de arrojarse en sus brazos para librarse de la intranquilidad que sus mismas resoluciones aumentaban.

Se descubrió el escondite de Pichegru; Jorge fué detenido en un cabriolet: no encontraba ya casa donde vivir, y corría así por la ciudad noche y día para sustraerse a la persecución. El agente de policía que prendió a Jorge fué recompensado con la Legión de Honor. Paréceme que los militares franceses hubieran debido desear para él un premio diferente.

El Monitor se llenó de mensajes al Primer Cónsul con motivo de los peligros de que se había librado; la repetición continua de las mismas frases, procedentes de todos los rincones de Francia, ofrece un ejemplo de servil conformidad como acaso no lo haya ofrecido pueblo alguno. Hojeando *El*

Monitor, se encuentran, según las épocas, disertaciones acerca de la libertad, del despotismo, de la filosofía, de la religión, donde los departamentos y las buenas ciudades de Francia se esfuerzan por decir las mismas cosas con vocablos diferentes; y asombra de gente tan espiritual como los franceses, se contentara con la gloria de escribirlas y no sintiera ni una vez el deseo de tener ideas propias; diríase que con la emulación de las palabras tenían bastante. Esos himnos, dictados incluso con las admiraciones que los acompañan, denotaban, sin embargo, la tranquilidad reinante en Francia, y que los escasos agentes de la pérdida Albión estaban presos. Es verdad que un general se divertía en decir que los ingleses habían echado unas balas de algodón de Oriente en las costas de Normandía para propagar la peste en Francia; pero estas invenciones, gravemente bufas, se consideraban tan sólo como adulaciones al Primer Cónsul; y hallándose en poder del Gobierno los jefes de la conspiración y sus secuaces, era de creer que la calma se hallaba restablecida en Francia; pero Bonaparte no había logrado aún su propósito.

CAPITULO XV

Asesinato del duque de Enghien.

Vivía yo en Berlín en un piso bajo del muelle del Spree. Una mañana, a las ocho, me despertaron para decirme que el príncipe Luis Fernando es-

taba a caballo delante de mi casa y que me pedía que fuese a hablarle. Muy asombrada de visita tan temprana, me levanté apresuradamente para ir a verle. Hacía muy buena figura a caballo y su emoción aumentaba la nobleza de su rostro. “¿Sabéis—me dijo—que han raptado al duque de Enghien del territorio de Baden, le han sometido a una Comisión militar y le han fusilado veinticuatro horas después de llegar a París? —¿Qué locura! ¿No comprendéis que ese rumor le han hecho circular los enemigos de Francia?” Confieso que mi odio a Bonaparte, por grande que fuese, no bastaba para hacerme creer en la posibilidad de tamaño atentado. “Puesto que dudáis de lo que os cuento—respondió el príncipe Luis—, os enviaré el número de *El Monitor* que trae la sentencia.” Se fué diciendo estas palabras, y la expresión de su rostro presagiaba la venganza o la muerte. Un cuarto de hora después tenía en mis manos *El Monitor* del 21 de marzo (30 pluvioso), que insertaba la sentencia de muerte pronunciada por la Comisión militar de Vincennes, contra *el llamado Luis de Enghien*. ¡Había franceses que designaban de este modo al nieto de tantos héroes, gloria de su patria! Aunque se abjurasen todos los prejuicios favorables a una cuna ilustre, prejuicios que iban a revivir necesariamente con las formas monárquicas, ¿era posible blasfemar así de los recuerdos de las batallas de Lens y de Rocroi? Ese Bonaparte que ha ganado batallas, no sabe siquiera respetarlas; para él no hay pasado.

ni porvenir; su alma imperiosa y despreciativa no reconoce nada sagrado para la opinión; sólo le parece respetable la fuerza existente. El príncipe Luis me escribía una carta que empezaba así: "El llamado Luis de Prusia ruega a la señora de Stäel, etcétera." El príncipe sentía la injuria hecha a su estirpe regia, y a la memoria de los héroes, entre quienes ansiaba contarse. ¿Cómo, después de un hecho tan horrible, ha habido un solo rey en Europa que trate con semejante hombre? ¡La necesidad!, se dirá. Hay un santuario en el alma que debe sustraerse a su imperio; si no fuese así, ¿qué sería la virtud en la tierra? Un generoso pasatiempo, que sólo cuadraría al ocio tranquilo de un particular.

Un conocido mío me contó que fué a pasearse alrededor del torreón de Vincennes pocos días después de la muerte del duque de Enghien; la tierra, recién removida, denotaba el lugar de su sepultura; unos niños jugaban sobre un montecillo de césped, único sarcófago de tales cenizas. Un inválido viejo, de blancos cabellos, sentado no lejos de allí, estuvo un rato contemplando a los niños; al fin se levantó y, tomándolos por la mano, les dijo derramando algunas lágrimas: "No juguéis aquí, hijos míos, os lo ruego." Estas lágrimas fueron los únicos honores tributados al descendiente del gran Condé, y sus huellas se borraron bien pronto de la tierra.

Pareció que la opinión revivía en Francia; por un momento, al menos, la indignación fué gene-

ral. Pero extinguida esta generosa llamarada, el despotismo se afirmó mucho más, por la inutilidad de las tentativas de resistencia. El Primer Cónsul estuvo unos cuantos días bastante intranquilo por el estado de los ánimos. El mismo Fouché censuraba el hecho; había pronunciado esta frase, tan característica del régimen actual: "Eso es peor que un crimen; ¡es una pifia!" Muchos pensamientos se encierran en esta frase; por fortuna, podemos volverla del revés para afirmar con entera verdad que la mayor pifia de todas es el crimen. Bonaparte preguntó a un senador, hombre honrado: "¿Qué se dice de la muerte del duque de Enghien? —General—le respondió—, todos la deploran mucho. —No me extraña—replicó Bonaparte—; una familia que ha reinado tanto tiempo en un país, siempre despierta interés." Con esto pretendía ligar a sus intereses de partido el sentimiento más natural que puede experimentar el corazón humano. Otra vez hizo la misma pregunta a un tribuno, quien, movido por el afán de agradarle, respondió: "Pues bien, general; si nuestros enemigos adoptan contra nosotros medidas atroces, tenemos razón para hacer otro tanto"; no se daba cuenta de que calificaba la medida de atroz. El Primer Cónsul aparentaba considerar este acto como inspirado por la razón de Estado. Un día, por esta época, discutía con un hombre de letras acerca de las obras de Corneille. "Ya veis—le dijo—, la salvación pública, o por mejor decir, la razón de Estado, ocupa entre

los modernos el lugar de la fatalidad entre los antiguos; tal hombre, que por su natural sería incapaz de una mala acción, la comete obedeciendo a la ley de las circunstancias políticas. El único que ha mostrado conocer la razón de Estado es Corneille en sus tragedias; por eso, si hubiera vivido en mi tiempo, le hubiese nombrado primer ministro."

Toda esta sencillez aparente en la discusión se dirigía a probar que no había habido pasión en la condena del duque, y que las circunstancias, de las que sólo es juez el jefe del Estado, motivaban y justificaban todo. Es completamente cierto que no le movió ninguna pasión al ordenar la muerte del duque de Enghien; se ha dicho que la ira le inspiró, pero no hay tal cosa. ¿De qué podía provenir la ira? El duque de Enghien no había provocado en nada al Primer Cónsul; Bonaparte esperó primeramente apoderarse del duque de Berry, quien, según se dice, estaba dispuesto a desembarcar en Normandía en cuanto Pichegru le mandara aviso. Este príncipe se halla mucho más cerca del Trono que el duque de Enghien; además, al desembarcar en Francia, hubiera infringido las leyes vigentes. Por todos conceptos le convenía más a Bonaparte hacer desaparecer al de Berry; pero, a falta de éste, escogió al duque de Enghien, discutiendo el caso friamente. Entre la orden de apoderarse de él y la de condenarle pasaron más de ocho días; Bonaparte ordenó el suplicio del duque de Enghien muy

de antemano, con tanta tranquilidad como ha sacrificado después millones de hombres a sus ambiciosos caprichos.

Pregúntase ahora cuáles han podido ser los móviles de una acción tan terrible; yo creo que podemos descubrirlos con facilidad. Por de pronto, Bonaparte quería tranquilizar a los revolucionarios, contrayendo con ellos una alianza sangrienta.

Un antiguo jacobino exclamó al recibir la noticia: "¡Me alegro! El general Bonaparte se ha hecho de la Convención!" Durante mucho tiempo los jacobinos pretendieron que sólo pudiera ser primer magistrado de la República quien hubiese votado la muerte del rey; a esto lo llamaban haber dado prendas a la revolución. Bonaparte, al llenar la condición de crimen, puesta en lugar de la condición de ser propietario, exigida en otros países, daba la certidumbre de que no serviría nunca a los Borbones; así, los realistas que se pasaban a su partido quemaban las naves sin posibilidad de retorno

En vísperas de hacerse coronar por los mismos que habían proscrito la realeza, y de restablecer una aristocracia por las fautores de igualdad, creyó necesario tranquilizarlos con la espantosa garantía del asesinato de un Borbón. Bonaparte supo que en la conspiración de Pichegru y Moreau, los republicanos y los realistas se habían unido contra él; esta extraña coalición, anudada por el odio que inspira, le asombró. Muchos hom-

bres que le debían los puestos que ocupaban, estaban comprometidos a servir la revolución que intentaba derrocarlo: le importaba, pues, que en adelante todos sus agentes se creyeran perdidos sin remedio, si caía su amo; y, sobre todo, al apoderarse de la corona, deseaba inspirar tal terror, que nadie le resistiera. Con un solo acto violó el Derecho de gentes europeo, la Constitución, tal como aún estaba vigente, el decoro público, los sentimientos humanitarios y la religión. No era posible ir más allá de tal acción; luego todo era de temer de quien la había cometido. Durante algún tiempo se creyó en Francia que la muerte del duque de Enghien era la señal de un nuevo período revolucionario, y que el patíbulo iba a levantarse otra vez.

Pero Bonaparte sólo quería enseñar una cosa a los franceses, y era que lo podía todo, a fin de que le agradeciesen el mal que dejaba de hacer, como se agradece a otros un beneficio. Con sólo dejar vivir parecía clemente, pues ya se había visto con cuánta facilidad daba la muerte. Rusia, Suecia, y sobre todo Inglaterra, se quejaron de la violación del Imperio germánico; pero los príncipes alemanes se callaron, y el débil soberano, en cuyo territorio se cometió el atentado, pidió, en una nota diplomática, que no se hablase más *de lo ocurrido*. Esta frase benigna y velada para designar un hecho de tal calibre, caracteriza la bajeza de esos príncipes, para quienes su soberanía sólo consistía ya en sus rentas, y que

trataban al Estado como un capital cuyos intereses hay que hacer por cobrar con la mayor tranquilidad posible (1).

CAPITULO XVI

Enfermedad y muerte del señor Necker.

Mi padre llegó a conocer el asesinato del duque de Enghien, y las últimas líneas escritas de su mano que recibí, expresan su indignación por ese atentado.

En el seno de la más profunda tranquilidad me sorprendieron dos cartas que hallé sobre mi mesa, anunciándome que mi padre estaba gravemente enfermo. Me ocultaron que el correo que las trajo era también portador de la noticia de su muerte. Partí con alguna esperanza, y la conservé a pesar de todas las circunstancias que de-

(1) La Comisión militar designada para juzgar al duque de Enghien se reunió a media noche en Vincennes; el interrogatorio duró tres horas; después de una deliberación de dos horas a puerta cerrada, los jueces reconocieron por unanimidad que el duque de Enghien era culpable de traición y delincuente contra el Estado. En el acto se dictó sentencia de muerte. El 21 de marzo de 1804, a las seis menos diez de la mañana, una gran detonación resonó en los fosos del castillo; el último retumbo de la ilustre Casa de Condé, moría por la causa realista. Se ha dicho que la Comisión militar hizo ejecutar la sentencia con precipitación excesiva; que el Primer Cónsul no ordenó, ni quiso, ni siquiera previó la muerte del duque de Enghien; pero al día siguiente de la ejecución, Bonaparte fué en persona al Consejo de Estado a reclamar la plena responsabilidad de lo sucedido; y en Santa Elena volvió a reclamarla por un artículo de su testamento: "Mandé prender y juzgar al duque de Enghien por exigirlo así la seguridad, el interés y el honor del pueblo francés." (Nota de D. Lacroix.)

berían habérmela quitado. Cuando en Weimar supe la verdad, un sentimiento de terror inexplicable se juntó a mi desesperación. Me vi sin apoyo en la tierra, y forzada a sostener yo sola mi alma contra el infortunio. Aún me quedaban en el mundo muchas prendas caras; pero la admiración llena de ternura que yo tenía por mi padre, ejercía sobre mí un ascendiente sin igual. El dolor, que es el mejor profeta, me anunció que en adelante mi corazón ya no sería feliz como lo había sido, mientras aquel hombre de sensibilidad omnipotente velaba por mi destino; y no ha pasado un solo día desde el mes de abril de 1804, en que no haya engarzado todas mis penas a la que entonces sentí. Mientras vivió mi padre, sólo la imaginación me hacía sufrir; porque, en las cosas reales, siempre hallaba él un modo de favorecerme; después de su muerte, tuve que habérmelas directamente con el destino. Los restos de mis fuerzas se sostienen por la esperanza de que ruega por mí en el cielo. No por amor filial, sino por conocer íntimamente su carácter, afirmo que nunca he visto a la naturaleza humana tan próxima a la perfección como en su alma; si no tuviese yo el convencimiento de la vida futura, me volvería loca la idea de que un ser como él hubiese dejado de existir. Había tanta inmortalidad en sus sentimientos y en sus pensamientos, que cien veces me ha ocurrido, en los impulsos que me arrebatan y elevan sobre mí misma, creer escucharle todavía.

En el viaje fatal de Weimar a Coppet envidia-

ba yo la vida que circulaba en la naturaleza, la de los pájaros, la de las moscas, que volaban en torno mío; sólo deseaba un día, un solo día para hablarle una vez más, para excitar su piedad; envidiaba a los árboles de las selvas, cuya duración se prolonga a través de los siglos; pero hay en el inexorable silencio de la tumba algo que confunde al espíritu humano; verdad harto conocida; mas no por eso la impresión es menos viva e imborrable. Al acercarme a la casa de mi padre, uno de mis amigos me mostró, sobre la montaña, unas nubes semejantes a una gran silueta de hombre que desaparecía en el ocaso, y me pareció que el cielo me ofrecía así un símbolo de lo que acababa de sucederme. Era grande, en efecto, el hombre que en todas las circunstancias de su vida prefirió a sus intereses más importantes sus más pequeños deberes; el hombre cuyas virtudes estaban de tal modo inspiradas por su bondad, que hubiera podido prescindir de los principios, y cuyos principios eran tan firmes, que hubiera podido prescindir de la bondad.

Al llegar a Coppet supe que mi padre, durante los nueve días que duró su enfermedad, se había ocupado constantemente de mi suerte con inquietud. Reprochábase su último libro como causa de mi destierro; con mano temblorosa escribió durante la fiebre una carta al Primer Cónsul, afirmandole que yo no había tenido nada que ver en la publicación de su obra, y que, por el contrario, me había opuesto a su impresión. ¡Era

tan solemne la voz del moribundo! Parecíame irresistible la postrera plegaria de un hombre que había desempeñado en Francia tan importante papel, y que como única gracia pedía el retorno de sus hijos al lugar de su nacimiento, y el olvido de las imprudencias que su hija, joven entonces, hubiera podido cometer; aunque conocía el carácter de Bonaparte, me sucedió lo que, a mi parecer, sucede naturalmente a cuantos desean con ardor la cesación de un gran sufrimiento; esperé contra toda esperanza. El Primer Cónsul recibió la carta, y sin duda le pareció muy grande mi simpleza por haber esperado que se conmoviera. En este punto soy de su misma opinión.

CAPITULO XVII

Proceso de Moreau.

El proceso de Moreau seguía su curso, y aunque los periódicos guardaban profundo silencio sobre el particular, bastó la publicidad de la defensa para conmover los ánimos, y para que la opinión de París se mostrase en contra de Bonaparte con más fuerza que nunca. Los franceses necesitan más que ningún otro pueblo cierto grado de libertad de la Prensa; tienen que pensar y sentir en común; para sentir una emoción han de recibir la descarga eléctrica de la emoción del vecino, y su entusiasmo no se produce jamás aisladamente. Quien pretenda ser su tirano,

hace, pues, muy bien prohibiendo toda manifestación de la opinión pública; a esta idea, común a todos los déspotas, une Bonaparte cierta astucia característica del tiempo presente, o sea el arte de difundir una opinión ficticia mediante periódicos libres en apariencia, a fuerza de escribir palabras sonoras en el sentido que se les mande. Preciso es confesar que sólo los escritores franceses son capaces de amplificar así día tras día los mismos sofismas, y de complacerse en las superfluidades de la esclavitud. En plena instrucción de este famoso proceso, Europa supo por los periódicos que Pichegru se había estrangulado en la prisión del Temple; en todos los papeles apareció un dictamen facultativo que se tuvo por inverosímil, a pesar del cuidado con que estaba hecho. Si es cierto que Pichegru fué asesinado, imagínese qué destino el de un valiente general que se ve sorprendido cobardemente en el fondo de su calabozo, indefenso, sometido desde muchos días antes a esa soledad de la cárcel que abate el ánimo, y que ignora incluso si sus amigos llegarán a saber nunca qué género de muerte recibe, ni si vengarán el atentado, ni si su memoria será ultrajada. Pichegru había demostrado en su primer interrogatorio gran valor, y dicese que amenazó con probar los ofrecimientos hechos por Bonaparte a los Vendeanos respecto a la restauración de los Borbones. Algunos pretenden que le dieron tormento, como a otros dos conjurados, uno de los cuales, llamado Picot, mostró sus ma-

nos mutiladas al tribunal, y que no hubo valor para presentar ante los ojos del pueblo francés a uno de sus antiguos defensores sometido a la tortura de los esclavos. Yo no admito esta sospecha; en las acciones de Bonaparte hay que buscar siempre el cálculo en que se inspiran, y no es fácil descubrirlo si se admite la última suposición; lo cierto es, probablemente, que la presencia de Moreau y de Pichegru juntos en la barra de un tribunal, hubiera acabado de soliviantar la opinión. Ya acudía una muchedumbre enorme a las tribunas de la audiencia; muchos oficiales, y a su cabeza un hombre leal, el general Lecourbe, exteriorizaron valerosamente una viva simpatía por el general Moreau (1). Cuando el procesado iba al juicio, los gendarmes encargados de su custodia presentábanle armas con respeto. Ya se comenzaba a creer que el honor estaba de parte de los perseguidos; pero Bonaparte se hizo proclamar emperador cuando esta fermentación era más fuerte, y con eso llamó la atención de los ánimos hacia otra parte, pudiendo así ocultar sus maniobras, en medio de la tormenta, mucho mejor que en plena tranquilidad.

El general Moreau pronunció ante sus jueces uno de los mejores discursos que la historia puede ofrecernos; recordó, pero con modestia, las

(1) Lecourbe había sido uno de los lugartenientes de Moreau en la campaña de 1800; profesaba franca amistad a su general, y por eso se interesó vivamente por su situación. Hizo en su favor cuanto su posición le permitía, y asistió a todas las sesiones del juicio, en las que acompañó a la mujer de Moreau.

batallas ganadas por él desde que Bonaparte gobernaba a Francia; se disculpó de haber hablado a menudo con excesiva franqueza tal vez, y comparó, de un modo indirecto, el carácter de un breton con el de un corso; en fin, en instantes tan peligrosos mostró mucha penetración y presencia de ánimo. Regnier desempeñaba entonces, además del ministerio de Justicia, el de Policía, en sustitución de Fouché, que había caído en desgracia. Al salir del tribunal, el ministro se dirigió a Saint-Cloud. El emperador le preguntó cómo era el discurso de Moreau: "Lamentable" — respondió Regnier. "En tal caso—dijo el Emperador—, que se imprima, y publicadlo por todo París." Cuando Bonaparte vió después la equivocación del ministro, volvió a llamar a Fouché, el único hombre que podía verdaderamente secundarle, poniendo, por desgracia para el mundo, una especie de hábil moderación en un sistema despótico.

Un antiguo jacobino, espíritu infernal de Bonaparte, recibió el encargo de hablar a los jueces para inducirlos a que condenaran a muerte a Moreau. "Es una cosa necesaria—les decía—, por consideración al Emperador, que le mandó prender; y no debéis tener escrúpulo en hacerlo, pues el Emperador está decidido a indultarlo." "¿Y quién nos indultará a nosotros si cometemos tal infamia?"—respondió uno de los jueces cuyo nombre callo para no comprometerle (1). El general Moreau fué condenado a dos años de prisión; Jor-

(1) M. Clavier.

ge y varios de sus amigos, a muerte; uno de los Polignac, a dos años; el otro, a cuatro, y en la cárcel continúan los dos, con otros más, porque la Policía se apoderó de ellos después que extinguieron la condena impuesta por la Justicia. Moreau pidió que su prisión fuese conmutada por destierro perpetuo: perpetuo, en este caso, quiere decir vitalicio, porque el infortunio del mundo pende de la vida de un solo hombre. Bonaparte accedió a conmutar la pena, cosa que le convenía por todos conceptos. Moreau salió para el destierro, y a menudo, los alcaldes encargados de visar su pasaporte le demostraron una consideración respetuosísima. “Señores—dijo uno de ellos al recibirlo—, ¡plaza al general Moreau!”; y se inclinó ante él como ante el Emperador. Aún alentaba Francia en el corazón de estos hombres; pero ya no se le ocurría a nadie obrar conforme a su opinión; ahora, ¿quién sabe si ya les queda alguna, después de opresión tan larga? Llegado a Cádiz, los españoles, que pocos años después iban a dar tan gran ejemplo, tributaron a Moreau cuantos honores pudieron, como víctima de la tiranía. Cuando pasó ante la flota inglesa, los navíos le saludaron como si hubiese sido el jefe de un ejército aliado. Así, los pretendidos enemigos de Francia se encargaron de pagar su deuda para con uno de sus defensores más ilustres. Cuando Bonaparte mandó prender a Moreau, dijo: “Hubiera podido llamarle a mi casa y decirle: Mira, tú y yo no cabemos aquí juntos; de manera

que márchate, puesto que yo soy el más fuerte; creo que se habría marchado. Pero esas maneras caballerescas son pueriles en la política." Bona parte cree, y ha tenido habilidad para persuadir de ello a los aprendices de maquiavelismo de la nueva generación, que todo sentimiento generoso es una puerilidad. Ya va siendo hora de enseñarle que también la virtud es viril, y más viril que el crimen con toda su audacia (1).

(1) El 10 de junio de 1804, después de tres meses y medio de un proceso diligente y de varios días de juicio oral, la Audiencia de lo criminal de París dictó sentencia contra Jorge Cadoudal y sus cómplices. Los acusados eran cuarenta y siete. Veintidós de ellos, convictos de conspiración, dirigida a perturbar la República con una guerra civil, fueron condenados a la pena capital. Otros cinco, convictos de complicidad con Jorge, pero a quienes, gracias a la muerte de Pichegru, no se les pudo probar su plena participación en el complot, fueron condenados a una pena correccional de dos años de prisión; entre éstos condenados se contaba el general Moreau. Los demás acusados fueron puestos en libertad.

El 21 de junio, el Emperador indultó de la pena capital a Armando de Polignac y a otros de los condenados el día 10, cediendo a las instancias de Josefina, de Murat y del general Rapp. Varias personas influyentes de la corte, y sobre todo Murat, intercedieron igualmente en favor de Jorge Cadoudal y demás reos, pero el Emperador se mostró inflexible. "Jamás accederé a indultar a Jorge—respondió su cuñado—; ha cometido innumerables asesinatos." Al indulto de aquellos condenados siguió la conmutación de la pena impuesta al general Moreau. Los dos años de prisión se cambiaron en destierro. Tres días más tarde, el general salió de Francia, dirigiéndose a los Estados Unidos, y allí permaneció hasta 1813, en que su mala estrella le hizo volver al continente, donde murió en las filas enemigas de un balazo disparado por las baterías de la guardia imperial francesa.

La ejecución de Jorge Cadoudal y de sus compañeros se verificó el lunes 25 de julio de 1804, a las once de la mañana, en la plaza de Grève.

"En cuanto a la inculpación relativa a la muerte de Pichegru, de quien se afirmaba haber muerto estrangulado por orden del Primer Cónsul, Napoleón decía que defenderse de una acusación tan absurda sería vergonzoso. "¿Qué podía

CAPITULO XVIII

Comienzo del Imperio.

La moción para proclamar Emperador a Bonaparte la presentó en el Tribunado un convencional, antiguo jacobino; fué apoyada por Jaubert, abogado y diputado del comercio de Burdeos, y secundada por Simeón, hombre de entendimiento y de buen sentido, proscrito durante la República por realista. Bonaparte quería que se reuniesen para elegirle los partidarios del antiguo régimen y los representantes de los intereses permanentes de la nación. Se convino en abrir en toda Francia unos registros para que cada cual expresara su voto respecto a la elevación de Bonaparte al trono. Pero sin aguardar el resultado de esta votación, por amañado que estuviese, tomó el título de Emperador por un Senado consulto, y aquel desdichadísimo Senado no tuvo siquiera fuerza para poner algún límite constitucional a la nue-

yo ganar con eso?—preguntaba—; lo que ocurrió fué que Pichegru se vió en una situación sin salida, su alma enérgica no pudo afrontar la infamia del suplicio; desesperó de mi clemencia o la desdennó, y se dió muerte. Si hubiese yo tenido intención de cometer un crimen—continuaba Napoleón—, no hubiera caído sobre Pichegru, que ya nada podía, sino sobre Moreau, que en aquellos momentos significaba para mí un grave peligro.

Si, por desgracia, el general Moreau se hubiera también suicidado en la prisión, mi exculpación hubiera sido mucho más difícil, por las grandes ventajas que me reputaba el deshacerme de él... Una vez desenmascarado Pichegru como traidor a la nación, ya nadie se interesaría por él; al contrario, bastaron sus relaciones con Moreau para perder a este último." (*Memorial de Santa Elena*, IV. pág. 255.)

va monarquía. Un tribuno, cuyo nombre quisiera poder decir (1), tuvo el honor de hacer sobre esto una moción especial. Pero Bonaparte, para salir hábilmente al encuentro de esta idea, llamó a su residencia a varios senadores, y les dijo: "Me cuesta mucho trabajo ponerme en evidencia; prefiero con mucho mi situación actual. Pero la continuación de la República es imposible; todos están cansados de ella; creo que los franceses desean la Monarquía. Al principio pensé traer a los Borbones; pero esto hubiese sido su perdición y también la mía. Mi conciencia me dice que es necesario, en conclusión, poner un hombre al frente de todo esto; sin embargo, acaso convendría esperar aún... En cuatro años he conseguido que Francia envejezca un siglo; la libertad está en un buen código civil, y las naciones modernas sólo se preocupan de la propiedad. Sin embargo, si queréis hacerme caso, nombrad un comité, organizad la Constitución, "y os lo digo con franqueza—añadió sonriendo—, no dejéis de tomar precauciones contra mi tiranía, creedme". Esta fingida naturalidad sedujo a los senadores, que no deseaban otra cosa. Uno de ellos, hombre de letras muy distinguido, pero de esos filósofos que encuentran siempre motivos filantrópicos para estar a bien con el Poder, decía a un amigo mío: "¡Es admirable! ¡El Emperador es tan sencillo que se le puede decir todo! El otro día estuve hablándole una hora para demostrarle que es absolutamente pre-

(1) M. Gallots.

ciso fundar la nueva dinastía en una carta constitucional que garantice los derechos de la nación.” “¿Y qué os respondió?”, le preguntaron. “Me dió un golpecito amistoso en el hombro, y me dijo: “Tenéis completa razón, mi querido senador, pero, creedme, no ha llegado el momento de hacerlo.” Y el senador, como tantos otros, se contentaba con el placer de haber hablado, aunque no se aceptara su opinión, ni muchísimo menos. En los franceses, los apetitos del amor propio pueden más que las exigencias del carácter.

Una cosa extraña, y que Bonaparte descubrió con gran sagacidad, es que los franceses, tan rápidos en la percepción del ridículo, se ponen muy gozosos en ridículo, si con ello su vanidad se sacia de algún modo. Nada más ocasionado a las burlas que la flamante nobleza creada por Bonaparte para sostén de su trono. Las princesas y las reinas, ciudadanas la víspera, no podían por menos de reirse oyéndose llamar majestad. Otros, más serios, se hacían repetir el título de monseñor, desde la mañana hasta la noche, como Monsieur Jourdain. Buscábansé en los archivos los mejores documentos relativos a la etiqueta; hombres de verdadero mérito se aplicaban gravemente a trazar los escudos y armas de las nuevas familias nobles; en fin, no pasaba día que no trajese consigo alguna situación digna de Molière: pero el terror, telón de fondo, impedía que las escenas grotescas del proscenio se silbaran como era debido. La gloria de los generales franceses lo real-

zaba todo, y los cortesanos obsequiosos se deslizaban al amparo de los militares, merecedores, sin duda, de los honores serios de un país libre, pero no de las vanas condecoraciones de semejante Corte. El valor y el genio descienden del cielo, y los que están dotados de ellos no necesitan más ilustre abolengo. Las distinciones concedidas en las Repúblicas o en las Monarquías limitadas han de recompensar servicios prestados a la patria, y todo el mundo puede aspirar a ellas igualmente; pero nada huele a despotismo tanto como la lluvia de honores emanada de un solo hombre, sin más fuente que su capricho.

Infinitos chistes se hicieron a costa de la nobleza de nuevo cuño, y citábanse frases sin cuento de las señoras ennoblecidas que denotaban poco uso de los buenos modales. El más difícil de aprender es un género de urbanidad ni ceremonioso ni familiar; parece que esto no es nada, pero hay que llevarlo en el fondo del carácter; nadie puede adquirirlo si no se lo han enseñado durante la infancia o no le inspira la elevación de su alma. Bonaparte mismo pasa algunos apuros en los actos de ceremonia; a menudo, en el interior de su casa, aun en presencia de extraños, vuelve gustoso a los modales y expresiones vulgares que le recuerdan su juventud revolucionaria. Bonaparte sabía muy bien que los parisinos se burlaban de los nobles nuevos; pero también sabía que al expresar su opinión no pasarían de las pullas sin llegar a las acciones fuertes. La

energía de los oprimidos no iba más allá de unos cuantos equívocos y juegos de palabras; en Oriente el único recurso es el apólogo, pero en Francia habían caído más bajo aún, y se contentaban con el ruido de las sílabas. Un solo juego de palabras merece sobrevivir a tantos como se hicieron durante la efímera boga del género: al oír anunciar un día a las princesas de la sangre, alguien añadió: "De la sangre de Enghien." Tal fué, en efecto, el bautismo de la nueva dinastía.

Bonaparte no tenía bastante con rodearse de una nobleza hechura suya; quería mezclar la aristocracia del nuevo régimen con la del antiguo. Varios nobles, arruinados por la Revolución, se avinieron a desempeñar cargos en la Corte. Sabida es la grosera injuria con que Bonaparte les agradeció su complacencia: "Les he ofrecido—dijo—grados en mi ejército, y no los han querido; puestos en la Administración, y los han rechazado; pero les he abierto las antesalas de mi palacio, y se han precipitado en ellas." Algunos nobles dieron en esta cuestión ejemplo de animosa resistencia; ¡pero cuántos se dijeron amenazados antes de que tuviesen nada que temer! ¡Y cuántos también pretendieron para sí o para sus familias empleos palatinos que hubieran debido rechazar! Las carreras militares o administrativas son las únicas en que uno puede creer que sirve a su patria, cualquiera que sea el jefe que la gobierna; pero los empleos en Palacio os ponen bajo la dependencia de un hombre, no del Estado.

Abriéronse registros para votar el Imperio (1) lo mismo que cuando se votó el Consulado vitalicio; y se contaron también como votos en pro todos los que se abstuvieron; los pocos individuos que se atrevieron a escribir "no" fueron destituidos de sus empleos. El general Lafayette, constante amigo de la libertad, manifestó de nuevo su invariable resistencia, tanto más meritoria cuanto que en este país del valor no se sabía ya apreciar la valentía. Necesario es hacer esta distinción, puesto que vemos a la divinidad del miedo reinar sobre los más intrépidos guerreros de Francia. Bonaparte no quiso sujetarse siquiera a la ley de la Monarquía hereditaria, y se reservó el derecho de adoptar o de escoger su sucesor, a la manera oriental. Como entonces no tenía hijos, no quiso otorgar derecho alguno a su familia, y aunque la ensalzaba a unas alturas a que ciertamente no tenía derecho a aspirar, la esclavizaba a su voluntad mediante esta y otras profundas combinaciones, aherrojando los tronos que había levantado.

Todavía se celebró aquel año—1804—la fiesta

(1) El Imperio hereditario, pedido por el Senado en 6 germinal del año XII—27 marzo 1804—, propuesto por el Tribunado el 13 floreal del año XII—3 mayo 1804—, proclamado por el Senado el 28 floreal—18 mayo 1804—, fué sometido, a consecuencia del mismo Senado consulto, al sufragio del pueblo, que lo adoptó por 3.572.339 votos. En contra del Imperio sólo hubo 2.569 votos. El resultado de la votación no pudo proclamarse hasta el 15 brumario del año XIII—6 noviembre 1804—, y fué presentado al Emperador el 10 frimario del año XIII—1 diciembre de 1804—víspera de la ceremonia de la consagración.

del 14 de julio, porque—decíase—el Imperio consagraba las conquistas de la Revolución. Bonaparte había dicho que las borrascas habían robustecido las raíces del Gobierno; pretendía que el Trono garantizaba la libertad; repitió de mil modos que Europa se tranquilizaría por el establecimiento del orden monárquico en Francia. Toda Europa, en efecto, menos la ilustre Inglaterra, reconoció su nueva dignidad: los caballeros de la antigua hermandad regia le llamaron *hermano*. Ya se ha visto cómo ha recompensado su fatal condescendencia. Si hubiera deseado sinceramente la paz, hasta el anciano rey Jorge, hombre honrado, cuyo reinado es el más hermoso de la historia de Inglaterra, no habría tenido otro remedio que reconocerle por su igual. Pero a los pocos días de su coronación pronunció unas palabras que descubrían totalmente sus designios: “Algunos se burlan—dijo—de mi nueva dinastía; dentro de cinco años será la más antigua de Europa.” Desde aquel momento no ha cesado de encaminarse a ese fin.

Necesitaba un pretexto para avanzar sin descanso, y su pretexto fué la libertad de los mares. Es inaudita la facilidad con que al pueblo más espiritual de la tierra se le hace tomar por estandarte de guerra una tontería. Este sería un contraste inexplicable si la infortunada Francia no hubiese sido despojada de religión y de moral por un funesto encadenamiento de malos principios y de acaecimientos desdichados. Sin religión,

el hombre es incapaz de sacrificio; sin moral, nadie dice la verdad, y la opinión pública se extravía. De aquí se sigue, como dijimos ya, que la conciencia se acobarda, aunque el punto de honor subsista, y que siendo admirables en la ejecución de los planes, nadie se da cuenta del verdadero fin que se persigue con ellos.

Los soberanos que ocupaban los tronos del continente cuando Bonaparte decidió derribarlos, eran muy buenas personas. No tenían genio político ni militar, pero los pueblos eran dichosos; y aunque en la mayor parte de los Estados no estuviesen admitidos los principios de las instituciones libres, las ideas filosóficas esparcidas por Europa desde cincuenta años antes producían, al menos, la ventaja de preservar de la intolerancia y de dulcificar el despotismo. Catalina II y Federico II buscaban la estimación de los escritores franceses; estos dos monarcas, que no podían subyugarlo todo con su genio, tenían ante sí la opinión de los hombres ilustrados y querían conquistarla. Los ánimos se inclinaban, naturalmente, al disfrute y aplicación de las ideas liberales, y apenas había un solo individuo perseguido en su persona o en sus bienes. Los amigos de la libertad estaban, sin duda, en su derecho al pretender que era necesario dar a las facultades del hombre ocasión de desarrollarse; que no era justo que un pueblo entero dependiese de un solo hombre, y que la representación nacional era el único modo de asegurar a los ciu-

dadanos, con garantía permanente, los beneficios que un soberano virtuoso podía, por modo pasajero, conceder. Pero Bonaparte, ¿qué ofrecía? ¿Llevaba a los pueblos extranjeros más libertad? Ningún monarca europeo se hubiese atrevido a cometer, en todo un año, las arbitrarias insolencias que Bonaparte cometía en un día solo. Iba únicamente a hacerlos cambiar su tranquilidad, su independencia, su lengua, sus leyes, sus bienes, su sangre y sus hijos por la desgracia y la vergüenza de ser aniquilados como naciones y despreciados como hombres. Iba, en fin, a comenzar la empresa de la Monarquía universal, el más temible azote que puede amenazar a la especie humana, y causa segura de eternas guerras.

A Bonaparte no le agrada ninguna de las artes de la paz; sólo se divierte en las conmociones violentas producidas por las batallas. Ha concertado muchas treguas, pero nunca se ha dicho seriamente: ¡Ya basta! Su carácter, inconciliable con el resto de la creación, es como el antiguo fuego griego, que ninguna fuerza natural puede extinguir.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Prohibición de mi obra sobre Alemania.—Destierro fuera de Francia.

No pudiendo permanecer en el castillo de Chaumont, cuyos dueños habían vuelto de América, fuí a instalarme en una finca llamada Fossé, que me prestó un amigo generoso (1). Allí habitaba un militar vendeano poco cuidadoso de su vivienda, pero cuya leal bondad allanaba todas las dificultades, al mismo tiempo que todo lo alegraba su original ingenio. Apenas llegamos, un músico italiano, que nos acompañaba en calidad de profesor de mi hija, se puso a tocar la guitarra; mi hija acompañaba con el arpa la dulce voz de mi hermosa amiga la señora de Récamier; los campesinos se agolpaban debajo de las ventanas, asombrados al ver la colonia de trovadores que llegaba a turbar la soledad de su amo. Allí pasé mis últimos días en Francia, acompañada por algunos amigos cuyo recuerdo guardo en el corazón. La verdad es que una reunión tan

(1) Mr. de Salaberry.

íntima, una residencia tan solitaria y las dulces distracciones de las bellas artes, a nadie podían causar daño. A menudo, cantábamos una canción deliciosa, compuesta por la reina de Holanda, y cuyo estribillo es: *Haz lo que debas, ocurra lo que quiera*. Para después de comer, se nos había ocurrido sentarnos alrededor de una mesa y escribirnos en lugar de hablar. Estas conversaciones variadas y múltiples nos divertían tanto, que se nos tardaba en concluir las comidas, donde hablábamos, para ponernos a escribir. Cuando, por casualidad, teníamos alguna visita, no podíamos soportar la interrupción de nuestra costumbre, y nuestro *correo interior* (así lo llamábamos) seguía su curso. Los habitantes de la ciudad vecina se asombraban un poco de estos usos nuevos, tachándolos de pedantería, cuando sólo eran un juego para distraer algo nuestra monótona soledad. Un noble de aquellos contornos, que en toda su vida no había hecho más que cazar, vino un día en busca de mis hijos para llevarlos al monte; estuvo un poco de tiempo sentado a nuestra activa y callada mesa; y para que no se encontrara completamente ajeno a nuestro círculo, la señora de Récamier le escribió con su linda mano una cartita; el gran cazador se excusó de admitirla, asegurando que con luz artificial no podía leer lo manuscrito. Nos reímos un poco del descalabro sufrido por la bienhechora coquetería de nuestra hermosa amiga, y pensamos que no siempre habría corrido suerte

igual una carta escrita por ella. Así pasábamos la vida, y si juzgo por mí, a nadie le pesaba el tiempo demasiado.

Por entonces se hablaba mucho en París de la ópera *Cendrillon*; fuí a verla representar en un mal teatro provinciano, en Blois. Al salir, a pie, los habitantes de la población me siguieron con curiosidad, más ávidos de conocerme por mi calidad de desterrada que por otro motivo cualquiera. Esta especie de triunfo, proporcionado por la desgracia más que por el talento, enfadó al ministro de Policía, que escribió poco después al gobernador de la provincia diciéndole que yo vivía rodeada de una corte. "Cierto—respondí al gobernador (1)—; pero, al menos, no se la debo a mi poderío."

Continuaba yo resuelta a irme a América, y desde allí a Inglaterra; pero antes quería terminar la impresión de mi libro sobre Alemania. La estación estaba ya muy avanzada; llegó el 15 de septiembre, y preveía que la dificultad de embarcarme con mi hija me retendría aún otro invierno en cualquier ciudad a cuarenta leguas de París. Mi ambición entonces era ir a Vendôme, donde yo conocía algunas personas inteligentes, y desde donde había comunicaciones fáciles con la capital. Después de haber sido mi casa una de las más brillantes de París, llegué a mirar como una satisfacción muy viva poder

(1) El señor de Corbigny, hombre amable e ilustrado.

instalarme en Vendôme: la suerte no me concedió una dicha tan modesta.

El 23 de septiembre corregí la última prueba del libro sobre Alemania; causábame verdadera alegría, después de seis años de trabajo, poner la palabra *Fin* a los tres volúmenes. Hice la lista de las cien personas de Francia y Europa a quien quería enviárselos. Daba yo gran importancia a mi libro, encontrándolo apropiado para dar a conocer en Francia ideas nuevas; a mi parecer, se inspiraba en sentimientos elevados, sin ser hostiles, y estaba escrito en un tono que ya no era corriente.

El editor me escribió diciéndome que la censura había autorizado la publicación de la obra; con esta seguridad, creí que ya no había nada que temer, y fui con mis amigos a una posesión de M. Mathieu de Montmorency, a cinco leguas de Blois. La vivienda de esta posesión se halla en medio de un bosque, por el que estuve paseándome con M. de Montmorency, el hombre a quien más respeto en el mundo, muerto mi padre. La hermosura del tiempo, la esplendidez del bosque y los recuerdos históricos que suscita el lugar, donde se dió la batalla de Fretteval, entre Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, predisponían mi alma a la tranquilidad y la dulzura. Mi digno amigo, ocupado tan sólo en ganar el cielo, no tocó en sus conversaciones los asuntos candentes, y sólo trató de hacer bien a mi alma. Al día siguiente nos fuimos. En las deshabitadas

llanuras del Vendomesado, de aspecto uniforme como el mar, nos extraviamos. Era ya media noche, y no sabíamos qué camino tomar, en un terreno siempre igual, cuya fecundidad es tan monótona como pueda serlo en otras partes la esterilidad, cuando un joven, a caballo, adivinando nuestro apuro, nos rogó que fuésemos a pasar la noche en el castillo de sus padres (1). Aceptamos la invitación como un verdadero favor, y de pronto nos encontramos en medio del lujo de Asia, combinado con la elegancia de Francia. Los dueños de la casa habían pasado mucho tiempo en la India y tenían adornado el castillo con objetos adquiridos en sus viajes. Me encontré a las mil maravillas en aquella residencia que excitaba mi curiosidad. Al día siguiente, el señor de Montmorency me entregó una carta de mi hijo instándome para que sin tardanza volviera a mi casa, porque mi obra tropezaba en la censura con nuevas dificultades. Los amigos que estaban conmigo en el castillo me exhortaron a que partiera; no adiviné lo que me ocultaban, y ateniéndome a la carta de mi hijo, me entretuve en examinar las rarezas de la India reunidas allí, sin sospechar lo que me esperaba. Al fin, volví al coche; el militar vendeano, mi huésped, tan bueno, tan delicado, que nunca se había conmovido por sus riesgos personales, me estrechó la mano con lágrimas en los ojos; entonces compren-

(1) El castillo de Conán, perteneciente al señor Chevallier, que fué gobernador de la provincia del Var.

dí que me ocultaban alguna persecución nueva, y el señor de Montmorency, a quien interrogué, me dijo que el ministro de Policía había enviado a sus agentes a destruir los diez mil ejemplares de mi libro, y que a mí me había dado orden de salir de Francia dentro de tres días. Mis hijos y mis amigos no quisieron darme estas noticias en casa ajena; pero habían tomado todas las precauciones posibles para que no secuestrasen mi manuscrito, y consiguieron salvarlo, pocas horas antes de que fuesen a pedírmelo de parte de la Policía.

Este nuevo dolor se apoderó de mi ánimo con terrible fuerza. Me halagaba la idea de obtener un éxito honroso con la publicación del libro. No me hubiese sorprendido que los censores me negasen el permiso de imprimirlo; pero después de acatar todas sus observaciones, después de hechas las variaciones que me pidieron, saber que iban a machacar toda la edición y que tenía que separarme de los amigos que sostenían mi ánimo, me hizo llorar. Sin embargo, una vez más traté de sobreponerme para meditar lo que había de hacer en aquel caso, pues mis decisiones podían influir gravemente en la suerte de mi familia. Al acercarnos a nuestra casa, di la llave del escritorio, donde aún quedaban algunas notas sobre mi libro, a mi hijo menor, que saltó una cerca para entrar en las habitaciones por el jardín. Una inglesa (1), excelente amiga mía, salió a mi en-

(1) Miss Randall.

cuentro para referirme lo ocurrido. Vi a lo lejos unos gendarmes rondar mi casa; mas no parece que fuesen en mi busca: iban, sin duda, en persecución de otros infelices, quintos, desterrados, personas sometidas a vigilancia y otros oprimidos, de los muchos que ha creado en Francia el régimen actual.

El gobernador de la provincia de Loir y de Cher fué a pedirme el manuscrito, y para ganar tiempo le di una mala copia que me quedaba, y se dió por satisfecho. He sabido que el Gobierno le trató muy mal algunos meses después para castigarle por los miramientos que tuvo conmigo. Se dice que el pesar que le produjo haber caído en desgracia del Emperador, ha sido una de las causas de la enfermedad que le ha matado en la flor de la edad. ¡Infortunado el país en que por la fuerza de las circunstancias un hombre de valía sucumbe bajo el pesar del disfavor (1).

(1) La señora de Stäel cuidaba entonces de la impresión de su obra sobre Alemania; cuando estuvo para publicarse, la remitió a Bonaparte, con la siguiente carta:

“Señor: Me tomo la libertad de ofrecer a V. M. mi obra sobre Alemania. Si V. M. se digna leerla, paréceme que encontrará en ella la huella de un espíritu capaz de reflexión llegado a su madurez. Señor, hace doce años que no he visto a V. M. y que estoy desterrada. Doce años de infortunio modifican todos los caracteres, y el destino enseña a resignarse a los que sufren. A punto de embarcarme, suplico a V. M. que me conceda media hora de conversación. Tengo que decirle algunas cosas, que creo han de interesar a V. M., y por esta razón le suplico que me conceda el favor de hablarle antes de mi partida. En esta carta sólo me permitiré explicar los motivos que me obligan a marcharme del continente, si no obtengo de V. M. permiso para vivir en el campo lo bastante cerca de París, para que mis hijos puedan residir en la capital. Las personas que están en desgra-

Supe por los periódicos que habían llegado a los puertos del Norte unos barcos americanos, y me decidí a usar mi pasaporte para América, espe-

cia con V. M. padecen en Europa tal descrédito, que no puedo dar un paso sin tropezar con sus efectos. Los unos temen comprometerse visitándome, los otros se creen verdaderos héroes, porque vencen ese temor. Las más sencillas relaciones sociales se convierten así en favores que un alma altiva no puede soportar. Algunos de mis amigos se han asociado a mi suerte con generosidad admirable; pero también he visto quebrantarse los más íntimos sentimientos ante la necesidad de vivir conmigo en la soledad. Desde hace ocho años vivo fluctuando entre el temor de que nadie me ofrezca un sacrificio y el dolor de ser objeto de ellos. Es, acaso, ridículo contar así en detalle las propias impresiones al soberano del mundo; pero lo que os ha hecho dueño de él, Señor, ha sido vuestro soberano genio. Como observador del corazón humano, V. M. se hace cargo de los móviles más violentos y de los más delicados. Mis hijos no tienen carrera; mi hija ha cumplido trece años; dentro de poco tendrá que tomar estado; sería gran egoísmo obligarla a vivir en las inspidas residencias a que estoy condenada. ¡Tendré, pues, también que separarme de ella! Esta vida no es tolerable ni sé como remediarla en el continente. ¿Qué ciudad puedo escoger, donde la desgracia en que estoy con V. M. no ponga obstáculo invencible al acomodo de mis hijos y a mi personal reposo? V. M. ignora, acaso, el miedo que los desterrados causan a la mayor parte de las autoridades en todos los países; podría contar cosas de este orden, que seguramente rebasan las órdenes de V. M. Han dicho a V. M. que yo echaba de menos París, a causa del Museo y de Talma. Eso es un modo agradable de bromear sobre el destierro; es decir, acerca del infortunio más insoportable de todos, según declaran Cicerón y Bolinghoke; pero aunque yo amase las obras maestras que Francia debe a las conquistas de V. M., aunque amase esas hermosas tragedias, imágenes del heroísmo, ¿sería V. M. quien me censurase por ello? ¿No depende la felicidad de cada individuo de la naturaleza de sus facultades? Y si el cielo me ha concedido imaginación y talento, ¿no serán necesarios para mí los placeres del arte y del ingenio? Cuando tantas gentes piden a V. M. ventajas positivas de toda especie, ¿por qué he de ruborizarme al pedir que me deje gozar de la amistad y de las artes que idealizan la existencia, sin apartarme de la sumisión debida al monarca de Francia?"

(Chateaubriand: *Memorias de Ultratumba*. Ed. Garnier, tomo IV, pág. 416.)

rando poder desembarcar en Inglaterra. En todo caso necesitaba varios días para preparar el viaje, y tuve que dirigirme al ministro de Policía pidiéndole un breve aplazamiento. Ya se ha visto que el Gobierno francés tiene la costumbre de dar orden a las mujeres, como si fueran soldados, de ponerse en camino en término de veinticuatro horas. Véase la respuesta que me dió el ministro, y repárese en su singular estilo.

POLICIA GENERAL.

Secretaría del Ministro.



París, 3 de octubre de 1810.

Señora: He recibido la carta que me habéis hecho el honor de escribirme. Ya vuestro señor hijo os habrá dicho que no tengo inconveniente en que retraséis vuestro viaje siete u ocho días. Deseo que basten para los preparativos que os quedan por hacer, porque no podría concederos nuevo plazo.

La causa de la orden que os he notificado no debéis buscarla en el silencio que se guarda respecto del Emperador en vuestro último libro; eso sería un error: no hay en el libro lugar digno de él; vuestro destierro es una consecuencia natural de la conducta que desde hace varios años seguís constantemente. Me ha parecido que los aires de este país no os convienen, y aún no te-

nemos por qué ir a buscar modelos en los pueblos que tanto admiráis.

Vuestro último libro no es francés; he sido yo quien ha prohibido la impresión. Lamento la pérdida que con ello se causa al librero, pero no me es posible permitir que se publique.

Ya sabéis, señora, que se os permitió salir de Coppet, sólo porque manifestaisteis el deseo de marcharos a América. Si mi antecesor os ha permitido vivir en la provincia de Loir y Cher, no debéis mirar esa tolerancia como revocación de las disposiciones que os conciernen. Hoy me veo obligado a cumplirlas estrictamente, y a nadie más que a vos misma debéis culpar.

Envío a decir al señor Corbigny (1) que ponga mano en la ejecución de las órdenes que le he dado, en cuanto termine el plazo que os concedo.

Deploro, señora, que me hayáis obligado a empezar mi correspondencia con vos por una medida rigurosa; hubiera sido más agradable para mí ofreceros tan sólo un testimonio de la alta consideración con que tengo el honor de ser, señora, vuestro muy humilde y obediente servidor.

Firmado: *El Duque de Rovigo.*

P. D. Tengo razones, señora, para indicaros que los únicos puertos en donde podréis embarcar son los de Lorient, La Rochela, Burdeos y

(1) Gobernador de Loir y Cher.

Rochefort. Os invito a decirme cuál es el que escogéis (1).

Son dignos de notar el tono meloso con que me decía que los aires del país no me convenían, y la denegación de la verdadera causa de la prohibición de mi libro. El ministro de Policía mostró, en efecto, mayor franqueza al tratar verbalmente de mi asunto: preguntó por qué en mi obra sobre Alemania no aludía yo al Emperador ni a sus ejércitos. Como la obra es puramente literaria, le respondieron, no era fácil tratar en ella de semejante asunto. “¿Se figura alguien—dijo entonces el ministro—que hemos hecho la guerra en Alemania durante diez y ocho años para que una persona tan conocida imprima un libro sin hablar de nosotros? El libro será destruído, y, además, deberíamos haber encerrado al autor en Vincennes.”

Al recibir la carta del ministro de Policía, sólo puse atención en la frase que me prohibía embarcar en los puertos de la Mancha. Ya sabía yo que, sospechando mi intención de ir a Inglaterra, trataban de impedírmelo. Este nuevo pesar era, en verdad, superior a mis fuerzas: al abandonar mi patria natural necesitaba ir a mi patria adoptiva; al apartarme de mis amigos de toda la vida, necesitaba encontrarme entre esos amigos de lo bueno y lo noble, con quienes el alma simpatiza sin conocerlos personalmente. Se derrumbó de gol-

(1) Este *post-scriptum* es fácil de comprenderse: se proponía impedirme ir a Inglaterra.

pe la armazón de mis ensueños; por un momento aún pensé embarcarme para América, esperando que el navío fuese apresado en el camino; pero mi salud estaba harto quebrantada para una determinación tan enérgica, y como sólo podía elegir entre América o Coppet, me decidí por lo último; un profundo sentimiento me llevaba siempre hacia Coppet, no obstante las desazones que allí me hacían pasar.

Mis dos hijos fueron a ver al Emperador en Fontainebleau, donde entonces se encontraba, pero les dijeron que si continuaban allí los prenderían; menos aún podía yo ir. Tenía que volverme a Suiza desde Blois, sin acercarme a París a menos de cuarenta leguas. El ministro de Policía declaró en lenguaje de corsario que a treinta leguas se me consideraría buena presa. De suerte que cuando el Emperador ejerce el arbitrario derecho de destierro, ni la persona desterrada, ni sus hijos, ni sus amigos, pueden llegar hasta él para defender la causa del infeliz a quien separan de sus afectos y costumbres. Y los destierros, que ahora son irrevocables, sobre todo cuando se trata de mujeres, esos destierros que el Emperador mismo ha llamado con razón *proscripciones*, se decretan sin escuchar excusa alguna, suponiendo que el yerro de desagradar al Emperador la admita.

No obstante las cuarenta leguas prescritas, tuve que pasar por Orleáns, ciudad bastante triste, pero en la que habitaban personas muy piadosas,

allí retiradas en busca de asilo. Paseándome a pie por la ciudad, me detuve ante el monumento levantado a la memoria de Juana de Arco. "La verdad es, pensé yo entonces, que cuando Juana libertó a Francia del poder de los ingleses, esta Francia era mucho más libre y mucho más Francia que ahora." Singular sensación la de vagar así por una ciudad donde no conoce uno a nadie, ni nadie nos conoce. Hallaba una especie de placer amargo empapándome en mi aislamiento y contemplando una vez más aquella Francia que iba a abandonar, acaso para siempre, sin hablar con nadie y sin que nada me distrajera de la impresión que el país por sí sólo me causaba. Algunas veces los transeuntes se detenían para mirarme, porque creo que, a mi pesar, tenía yo una expresión dolorida; pero al punto continuaban su camino: ya es muy añeja la costumbre de ver sufrir.

A cincuenta leguas de la frontera de Suiza, Francia está erizada de ciudadelas, de cárceles, de ciudades que sirven de prisiones, y sólo se ve por doquiera individuos oprimidos por la voluntad de uno solo, reclutas del infortunio, encadenados todos en lugares distantes de donde quisieran vivir. En Dijón, los prisioneros españoles que se habían negado a prestar el juramento de fidelidad, iban a la plaza de la ciudad a tomar el sol al mediodía, por considerarlo entonces un poco compatriota suyo; embozados en sus capas, muchas de ellas rotas, que llevaban con nobleza, se

enorgullecían de su miseria, hija de su altivez, y se complacían en unos sufrimientos que los asociaban al infortunio de su intrépida patria. Veíanlos, a veces, entrar en un café sólo para leer el periódico, a fin de descubrir la suerte de sus amigos a través de las mentiras de sus enemigos; su rostro permanecía entonces inmóvil, pero no inexpressivo, y en él se descubría la fuerza reprimida por la voluntad. Más lejos, en Auxonne, residían los prisioneros ingleses que, la víspera, habían salvado de las llamas una de las casas de la ciudad donde los tenían encerrados. En Besançon había más españoles. Por toda Francia se tropieza con desterrados franceses. Una joven angelical vivía encerrada en la ciudadela de Besançon para no separarse de su padre. Hacía ya mucho tiempo que, arrojando toda clase de peligros, la señorita de San Simón compartía la suerte del autor de sus días (1).

A la entrada de Suiza, en la cumbre de las montañas que la separan de Francia, está el castillo de Joux, en el cual se encierra a los prisioneros de Estado, de quienes ni sus padres vuelven a saber nada por lo general. En esta prisión

(1) El duque de San Simón, ex coronel del regimiento de Poitou, diputado de la nobleza del Angoumois en los Estados generales, emigró a España, donde llegó a ser mariscal de campo, coronel de la Legión real de los emigrados. Cuando el sitio de Madrid por los franceses en 1808, se encontraba en la ciudad, y la defendió. Hecho prisionero y condenado a muerte por un Consejo de guerra, iba a ser fusilado, cuando su hija corrió a implorar a Napoleón, que concedió una conmutación de la pena. Fué encerrado en la ciudadela de Besançon, donde su hija única, compañera voluntaria de su prisión, le cuidó con la más tierna solicitud.

murió de frío Santos Louverture; merecía su desgracia por haber sido cruel; pero quien menos derecho tenía a imponérsela era el Emperador, puesto que se comprometió a garantizarle la libertad y la vida. El día en que yo pasé al pie de este castillo hacía un tiempo horrible; pensé en aquel negro, trasladado de pronto a los Alpes, para quien tal residencia era un infierno de hielo; pensé en otros seres más nobles que habían estado encerrados allí, y en los que aún lo estaban, y me dijo que si yo estuviese como ellos no saldría de allí con vida. Nada puede dar idea al corto número de pueblos libres que aún quedan sobre la tierra, de lo que es la falta de seguridad, situación habitual de todas las criaturas humanas bajo el imperio de Napoleón. En los demás Gobiernos despóticos hay unos usos, unas leyes, una religión que el amo no infringe nunca, por absoluto que sea; pero en Francia, como todo es nuevo, el pasado no puede servir de garantía, y todo se puede temer, o se puede esperar, según que se sirvan o no los intereses del hombre que se atreve a presentarse a sí mismo, y sólo a sí mismo, como fin de la raza humana entera.

CAPITULO II

Regreso a Coppet.—Diversas persecuciones.

Al volver a Coppet, arrastrando el ala como la paloma de La Fontaine, vi el arco iris aparecer sobre la casa de mi padre; y como nada en mi

triste viaje me quitaba de aspirar a ello, me atreví a considerar aquel signo de paz como una promesa que se me hacía. Hallábame entonces casi resignada a vivir en aquel castillo y a no publicar nada sobre ningún asunto; pero al hacer el sacrificio de los talentos que creía poseer, necesitaba cuando menos ser feliz en mis afectos, y véase de qué modo arreglaron mi vida privada, después de haberme despojado de mi existencia literaria.

La primera orden que recibió el gobernador de Ginebra fué la de notificar a mis dos hijos que les estaba prohibido entrar en Francia sin una nueva autorización de la Policía. Se les castigaba así por haber intentado hablar a Bonaparte en favor de su madre. De suerte que la moral de este Gobierno consiste en desatar los lazos familiares, para sustituirlo todo con la voluntad del Emperador. Se citan muchos generales que hán declarado que si Napoleón les ordenase arrojar al río a sus mujeres e hijos, no vacilarían en obedecerle. Esto quiere decir que prefieren el dinero que les da el Emperador a la familia que deben a la naturaleza. Hay muchos ejemplos de este modo de pensar, pero hay muy pocos de la imprudencia necesaria para decirlo. Sentía yo un dolor mortal, viendo que por vez primera mi situación gravitaba sobre mis hijos, apenas entrados en la vida. No se siente vacilación en la conducta propia cuando se funda en convicciones sinceras; pero en cuanto los demás empiezan a sufrir por

nuestra causa es casi imposible no dirigirse algún reproche. Sin embargo, mis dos hijos, con gran generosidad, apartaron de mí ese sentimiento y nos confortamos mutuamente con el recuerdo de mi padre.

Algunos días más tarde, el gobernador de Ginebra me escribió una segunda carta pidiéndome, en nombre del ministro de Policía, las pruebas de mi libro que aún debía tener en mi poder; el ministro sabía exactamente lo que yo había entregado y lo que conservaba; sus espías le habían servido bien. En mi respuesta le di la satisfacción de reconocer que le habían informado perfectamente; pero al mismo tiempo le dije que el ejemplar que me quedaba ya no estaba en Suiza, y que no podía ni quería entregarlo. Añadí, sin embargo, que me comprometía a no imprimirlo en el continente, y no había gran mérito en la promesa; porque ¿qué Gobierno continental hubiese entonces dejado publicar un libro prohibido por el Emperador?

Poco tiempo después, el gobernador de Ginebra fué destituido, y, en general, se creyó que por causa mía. Eramos amigos; sin embargo, no se apartó de las órdenes que le dieron: aunque era uno de los hombres más cabales e ilustrados de Francia, tenía el principio de obedecer escrupulosamente al Gobierno que servía; pero no llegaba al celo requerido, por carecer de miras ambiciosas y de egoísmo. Me afligió mucho ser la causa de la destitución de este hombre, o al me-

nos parecerlo. En la provincia se lamentó generalmente su partida; en la creencia de que yo tenía parte de culpa en su destitución, cuantos aspiraban a algún destino se alejaron de mi casa, como si huyeran de un contagio funesto. De todos modos, me quedaban en Ginebra más amigos que en ninguna otra ciudad provinciana de Francia hubiera podido encontrar; su antigua libertad ha sembrado en Ginebra muchos sentimientos generosos; pero el temor de comprometer a los que vienen a visitarnos produce una ansiedad indescriptible. Antes de invitar a una persona, buscaba informes minuciosos de toda su parentela, porque con sólo que tuviera un primo aspirante a un cargo, o que lo poseyese, una simple invitación a comer equivalía a pedir al invitado un acto de heroísmo romano.

En fin, en el mes de marzo de 1811 llegó de París un gobernador nuevo. Era uno de esos hombres magistralmente adaptados al régimen actual; es decir, poseedores de un gran caudal de hechos en materia de Gobierno, pero con una absoluta falta de principios, quienes a toda regla fija llaman abstracción y son ciegos servidores del Poder como por deber de conciencia. La primera vez que le vi, me dijo de sopetón que un talento como el mío parecía hecho para ensalzar al Emperador, tema digno de un entusiasmo como el que yo había mostrado en *Corina*. Respondí que, hallándome perseguida por el Emperador, cualquier alabanza que yo le dirigiese

parecería una súplica, y que estaba convencida de que el Emperador mismo encontraría ridículos mis elogios, dadas las circunstancias. Combatí con calor esta opinión, y volvió a mi casa varias veces para rogarme, en interés mío, según dijo, que escribiese algo en favor de Napoleón, aunque sólo fuese un pliego de cuatro caras, asegurándome que eso bastaría para que todos mis sufrimientos acabaran. Lo que a mí me decía, repétalo a todas mis amistades. En fin, un día me propuso que cantase el nacimiento del rey de Roma. Le respondí riendo que yo no tenía idea alguna sobre el asunto, y que me limitaría a hacer votos para que tuviese una nodriza robusta. Esta broma puso fin a las negociaciones del gobernador conmigo acerca de la necesidad de escribir en favor del actual Gobierno.

Poco tiempo después, los médicos mandaron a mi hijo menor a los baños de Aix-en-Saboya, a veinte leguas de Coppet. Escogí para el viaje los primeros días del mes de mayo, época en que estas aguas están desiertas todavía. Advertí al gobernador de este corto viaje, y fui a encerrarme en una especie de aldea, donde aún no había ninguna persona conocida mía. Apenas llevaba yo allí diez días, llegó un correo del gobernador de Ginebra, mandándome volver. El gobernador de la provincia de Mont-Blanc, donde yo estaba, temió también que desde Aix me fuese a Inglaterra a escribir, según decía, en contra del Emperador; y aunque Londres no está muy próximo a

Aix-en-Saboya, puso en movimiento a los gendarmes para prohibir que me diesen caballos de posta en el camino. Ganas de reír me da hoy aquella actividad *gubernadoresca* contra tan pobre cosa como yo; pero entonces, sólo con ver un gendarme me moría de miedo. Siempre estaba temiendo que un destierro tan riguroso se convirtiera pronto en prisión, cosa para mí más terrible que la muerte. Sabía que una vez presa, una vez arrojado el escándalo, el Emperador no consentiría que le hablasen más de mí, si alguien tenía valor para tanto, cosa poco probable en una corte donde reina el terror a todas horas del día y en todas las circunstancias de la vida.

Volví a Ginebra, y el gobernador me notificó que, no solamente me prohibía ir, bajo pretexto alguno, a las regiones incorporadas a Francia, sino que me aconsejaba que no viajase por Suiza y que no me alejara en ninguna dirección más de dos leguas de Coppet. Le objeté que, hallándome domiciliada en Suiza, no concebía con qué derecho una autoridad francesa podía prohibirme viajar en un país extranjero. Sin duda debí de parecerle algo tonta al querer discutir en estos tiempos una cuestión de derecho, y me repitió su consejo, sumamente parecido a una orden. Me atuve a mi protesta; pero al día siguiente supe que uno de los más distinguidos literatos de Alemania, el señor Schlégel (1), que desde hacía

(1) Guillermo Schlégel, poeta, crítico, filólogo y escritor político alemán, vivió doce años junto a la señora de Stäel, formando parte del círculo de gentes distinguidas de que ella

ocho años había tenido a bien encargarse de la educación de mis hijos, acababa de recibir orden de salir, no sólo de Ginebra, sino de Coppet. Quise hacer ver nuevamente que el gobernador de Ginebra no tenía autoridad para dar órdenes en Suiza; pero me dijeron que si prefería que esa orden pasara por el embajador de Francia, no tenía más que decirlo; que el embajador se dirigiría al *landamman*, y éste al cantón de Vaud, que expulsaría de mi casa al señor Schlégel. Obligando al despotismo a dar ese rodeo, sólo consegui-

era el centro, y donde Schlégel ejerció influencia notable por su saber y su ingenio. Tuvo por la señora de Stäel sentimientos que ella rechazó, recompensándole, en cambio, con una amistad que duró tanto como su vida. Ejerció, indudablemente, grave influencia en los trabajos y en las ideas de esta mujer de genio, influencia manifiesta de un modo particular en el libro de *Alemania*. Fué a Francia en 1808 y publicó en francés, después de haber asistido al teatro Francés y oído a Talma, un folleto famoso, titulado *Comparación entre la Fedra de Racine y la de Eurípides*, escrito, hay que reconocerlo, con ciencia e ingenio, pero con excesiva pasión, en favor del poeta griego, y muy injusto para la tragedia francesa, que promovió gran escándalo entre los literatos clásicos del imperio. El folleto fué considerado como una injuria al genio de Racine y al buen gusto. Por lo demás, Schlégel no dejó nunca de manifestar su odio de alemán contra nuestra literatura; y puede decirse que, a través de la tragedia, atacaba al imperio. Así se explican las medidas que el ministro de Policía adoptaba contra él. En 1812, Schlégel, al pasar por Estocolmo, donde Bernadotte, que acababa de romper con Napoleón, le acogió afectuosamente, escribió su libelo *Del sistema continental*—enero 1813—, donde rebaja el genio de Napoleón y anatematiza su ambición desenfrenada. Este folleto fué seguido de otro, titulado *Cuadro del imperio francés en 1813*, donde publica los despachos sorprendidos en el extranjero, con aviesos y pérfidos comentarios, excusables tal vez por el destierro de su amiga y el suyo. Durante las campañas de 1813 y 1814, Schlégel siguió a Bernadotte en calidad de secretario, y él fué, dicen sus biógrafos, quien redactó las proclamas del príncipe real de Suecia contra Francia. (Nota de D. Lacroix.)

ría ganar diez días, pero nada más. Quise saber por qué me privaban de la compañía del señor Schlégel, amigo mío y de mis hijos. El gobernador, que, como la mayor parte de los agentes del Emperador, tenía la costumbre de envolver en frases dulzonas actos durísimos, díjome que el Gobierno, en interés mío, alejaba de mi casa al señor Schlégel, que me volvía antifrancesa. Verdaderamente conmovida por la paternal solicitud del Gobierno, pregunté qué había hecho el señor Schlégel contra Francia; el gobernador me objetó sus opiniones literarias, y entre ellas un folleto en el que, al comparar la Fedra de Eurípides con la de Racine, daba la preferencia a la primera. Era fina delicadeza en un monarca corso tomar así partido por los más sutiles matices de la literatura francesa. Pero la verdad era que desterraban al señor Schlégel por amigo mío, porque su conversación animaba mi soledad y porque empezaban a aplicar el sistema que más adelante se manifestó de encerrarme en mi alma como en una cárcel, privándome de todos los placeres del ingenio y de la amistad.

Tomé de nuevo la resolución de irme, a la que tantas veces había renunciado ya por no separarme de mis amigos ni de las cenizas de mis padres. Pero antes tenía que resolver una gran dificultad: decidir de qué modo me marcharía. El Gobierno francés ponía tales trabas al pasaporte para América, que ya no me atrevía a recurrir a este medio. Además, temía con fundamen-

to que en el momento de embarcar alegaran haber descubierto que intentaba irme a Inglaterra, y me aplicasen el decreto que castigaba con cárcel a los que intentaban ir allá sin permiso del Gobierno. Me pareció, pues, infinitamente mejor ir a Suecia, noble país, cuyo nuevo jefe dejaba adivinar ya la gloriosa conducta que después ha mantenido. Pero ¿qué camino seguir para ir a Suecia? El gobernador me había dicho en todos los tonos que dondequiera que Francia mandaba me prenderían; y ¿cómo llegar adonde no mandaba? Era absolutamente necesario pasar por Rusia, puesto que toda Alemania estaba sometida a la dominación francesa. Pero para llegar a Rusia había que atravesar Baviera y Austria. Yo tenía confianza en el Tirol, aunque unido a un Estado confederado del imperio francés, en castigo del valor de sus infelices habitantes. En cuanto a Austria, a pesar del funesto rebajamiento en que había caído, aún tenía yo a su monarca en suficiente estima para esperar que no me entregaría; pero sabía también que no podría defenderme. Después de sacrificar el antiguo honor de su casa, ¿qué fuerza le quedaba en ningún terreno? Pasaba, pues, mi vida estudiando el mapa de Europa para escaparme, como Napoleón lo estudiaba para hacerse el amo de ella, y mi campaña, igual que la suya, tenía a Rusia por objetivo. Esta potencia era el postrer refugio de los oprimidos, y, por tanto, el dominador de Europa se proponía abatirla.

CAPITULO III

Viaje por Suiza con el señor de Montmorency.

Resuelta a marcharme por Rusia, necesitaba un pasaporte para entrar en este país. Pero se me presentaba una nueva dificultad; tenía que pedir el pasaporte al mismo Petersburgo; esta formalidad era necesaria por las circunstancias políticas, y, aunque estuviera segura de no recibir una negativa de un carácter tan generoso como el del Emperador Alejandro, era de temer que en las oficinas de sus ministros se dijese que yo había pedido el pasaporte, y que al saberlo el embajador de Francia me mandasen detener en Suiza para estorbar la realización de mi proyecto. Había, pues, que ir primero a Viena, y desde allí pedir y esperar el pasaporte. Las seis semanas necesarias para que mi carta llegara a su destino y pudiese tener respuesta, había de pasarlas bajo la protección de un Ministerio que había dado a Bonaparte una archiduquesa de Austria. ¿Era posible confiarse a él? Sin embargo, permaneciendo como un rehén al alcance del poder de Napoleón, no sólo tenía yo que renunciar al ejercicio de mis talentos personales, pero estorbaba que mis hijos tuviesen carrera; no podían servir a Bonaparte ni en contra de él; no podía dar estado a mi hija, puesto que, o tenía que separarme de ella o confinarla en Coppet; y con todo, si me detenían en mi huida, el porvenir de mis hijos

era cosa perdida, porque hubieran querido correr mi misma suerte.

Estando en esta ansiedad, el señor de Montmorency, con quien me unía una amistad de veinte años, vino a verme, como ya lo había hecho varias veces durante mi destierro. Es verdad que desde París me escribieron que el Emperador había manifestado su desagrado contra toda persona que fuese a Coppet, y, sobre todo, contra el señor de Montmorency, si iba allá de nuevo. Pero confieso que no quise pensar en estos dichos del Emperador, que a veces los prodiga para asustar, y me opuse con poca energía a los proyectos del señor de Montmorency, que, generosamente, trataba de tranquilizarme en sus cartas. Hice mal, sin duda; pero ¿quién podía prever que se imputaría como un crimen a un antiguo amigo de una mujer desterrada el ir a pasar unos días con ella?

La vida del señor de Montmorency, consagrada enteramente a las obras piadosas o a los afectos de familia, le tenía de tal modo apartado de la política, que, a menos de querer desterrar a los santos, me parecía imposible que se persiguiera a un hombre así. Me preguntaba también qué utilidad sacarían de ello; pregunta que siempre me he hecho cuando se trataba de la conducta de Napoleón. Yo sé que no vacila en cometer cualquier maldad, siempre que le sea útil; pero no siempre adivino hasta dónde llega, en todas direcciones, su inmenso egoísmo, lo mismo en lo

infinitamente pequeño que en lo infinitamente grande.

Aunque el gobernador me había aconsejado que no viajara por Suiza, no hice caso de su consejo, que no podía ser una orden formal. Fui, pues, a Orbe, al encuentro del señor de Montmorency, y allí le propuse volver por Friburgo para ver el convento de monjas trapenses, no lejos del de hombres, en el Valle Santo.

Llegamos al convento con lluvia torrencial, después de habernos visto obligados a recorrer a pie un cuarto de legua. Cuando más ilusionados estábamos con visitarlo, el procurador de la Trapa, director del convento de monjas, nos dijo que no se permitía entrar a nadie. Sin embargo, llamé a la puerta de la clausura; una religiosa se acercó a la enrejada mirilla, a través de la que la tornera habla con los de fuera. “¿Qué queréis?”, me dijo con una voz sin modulación, como la de una sombra. “Desearía—le dije—ver el interior del convento.” “Eso es imposible.”, me respondió. “Es que estoy muy mojada—le dije—, y necesito secarme.” Hizo funcionar no sé qué resorte, y se abrió la puerta de una habitación exterior, donde podía descansar; pero no apareció alma viviente. Me senté unos instantes; pero me impacientaba por no poder entrar en la casa, y llamé de nuevo. Acudió la misma tornera, le pregunté otra vez si no habían admitido a ninguna mujer en el convento; me respondió que allí entraban sólo las que tenían intención de ser religiosas. “Pero—le di-

je—, ¿cómo voy a saber si quiero quedarme en vuestra casa, no permitiéndome visitarla?” “¡Oh— me respondió entonces—; estoy segura de que no tenéis vocación para nuestro estado.” Y sin concluir la frase, cerró la mirilla. No sé en qué señales conocería la religiosa mi inclinación mundana; es posible que la manera viva de hablar, tan diferente de la suya, les baste para conocer a los viajeros a quienes sólo mueve la curiosidad. Llegó la hora de vísperas, y pude entrar en la iglesia a oír cantar a las religiosas; estaban detrás de una reja espesa y negra, a través de la cual nada vi. Tan sólo se oía el ruido de los zuecos que calzaban y de las banquetas de madera que levantaban para sentarse. Sus cánticos eran más bien fríos, y creí notar, ya en su manera de orar, ya en la conversación que después tuve con el trapense que las dirigía, que no era el entusiasmo religioso, tal como nosotros lo concebíamos, lo que hacía soportable tal género de vida, sino la gravedad y severidad de las costumbres. El mismo enternecimiento piadoso agotaría las fuerzas; para una existencia tan dura, es necesaria cierta aspereza de alma.

El nuevo abad de los trapenses, instalados en los valles del cantón de Friburgo, ha aumentado las austeridades de la regla de su Orden. Nadie puede formarse idea de los sufrimientos impuestos a los religiosos; se llega hasta prohibirles apoyarse en la pared, después de estar muchas horas seguidas de pie, o enjugarse el sudor del ros-

tro; en una palabra, se llenan de dolor todos los instantes de su vida, así como los mundanos los llenan de goces. Muy pocos llegan a viejos, y los que tienen esa suerte la miran como castigo del cielo. Un régimen semejante sería una barbarie si fuese obligatorio entrar en él, o si se disimularan en algo sus padecimientos. Pero todo el que quiere puede leer un impreso, en el que más bien se exageran que se templan los rigores de la regla; y no obstante, se encuentran novicios que quieren adoptarla, y los que ingresan no se escapan, aunque pueden hacerlo sin la menor dificultad. Todo descansa, según he creído ver, en la poderosa idea de la muerte; las instituciones y las diversiones de la sociedad están destinadas en el mundo a dirigir nuestro pensamiento únicamente hacia la vida; pero cuando la contemplación de la muerte se apodera en cierta medida del corazón del hombre, y allí se junta a una robusta creencia en la inmortalidad del alma, la aversión que puede adquirir por todos los intereses terrenos no tiene límites; y como los padecimientos se le antojan el camino de la vida futura, está ávido de ellos, como el viajero que de buen grado se fatiga por recorrer más de prisa el camino que le lleva a la deseada meta. Pero lo que me asombraba y me entristecía al propio tiempo era ver niños educados en aquel rigor; sus cabellos rapados, sus rostros juveniles, ya surcados, y el hábito mortuario que vestían antes de conocer la vida, antes de haberla abdicado voluntariamente,

me sublevaban contra los padres que allí los habían llevado. Desde que semejante estado no se sigue por elección libre y constante del que lo profesa, inspira tanto horror como respeto en el otro caso. El religioso que me acompañaba sólo hablaba de la muerte; todas sus ideas venían de ella o a ella se referían: la muerte es el monarca soberano de aquellos lugares. Hablando de las tentaciones del mundo, dije al padre trapense que le admiraba por haberlo así sacrificado todo para sustraerse a ellas. "Somos unos cobardes—me dijo—, que nos hemos retirado a una fortaleza, porque no teníamos valor bastante para batirnos en campo raso." Esta respuesta era tan espiritual como modesta (1). Pocos días después de

(1) En esta excursión acompañé yo a mi madre. Impresionado por la agreste belleza del sitio, e interesado por la espiritual conversación del trapense que nos recibió, le pedí hospitalidad hasta el siguiente día, proponiéndome trasponer la montafia a pie, para visitar el gran convento del Valle Santo, y reunirme en Friburgo con mi madre y el señor de Montmorency. Al religioso, con quien continué hablando, no le costó gran trabajo descubrir mi odio al Gobierno Imperial, y me pareció adivinar que participaba de mis sentimientos. Por lo demás, después de darle las gracias por su bondad, no volví a verle más, y no creí que conservara el menor recuerdo de mí. Cinco años después, en los primeros meses de la restauración, recibí, no sin sorpresa, una carta del trapense. Me decía que, restaurado el rey legítimo tendría yo, sin duda, muchos amigos en la corte, y me rogaba que emplease su influencia para que devolviesen a la orden los bienes que poseía en Francia. La carta estaba firmada por el padre A... sacerdote y procurador de la Trapa; y añadía en *post-scriptum*: "Si veintitrés años de emigración y cuatro campañas en un regimiento de caballería del ejército de Condé, me dan algún derecho al favor real, os ruego que lo hagáis valer." No pude por menor de reír de la influencia que me suponía el buen religioso y del uso de ella que solicitaba de un protestante. Envió su carta al señor de Montmorency, cuya influencia era mayor que la mía, y creo que la petición ha

nuestra visita a estos lugares, el Gobierno francés mandó detener al abad, señor de L'Estrange; confiscar los bienes de la Orden y expulsar de Suiza a los padres. No sé de qué acusaban al señor de L'Estrange; pero es poco verosímil que aquel hombre se mezclase en los asuntos de este mundo, y menos aún los religiosos, que no salían nunca de su soledad. El Gobierno suizo mandó buscar por todas partes al señor de L'Estrange, y espero, por honor del Gobierno mismo, que procuraría no encontrarlo. De todos modos, las desdichadas autoridades de los países que llaman aliados de Francia tienen muy a menudo que detener a quien les dicen, sin saber si entregan víctimas inocentes o culpables al gran Leviatán que las engulle. Fueron confiscados los bienes de los trapenses; es decir, su sepultura, porque apenas poseían otra cosa, y dispersada la Orden. Dícese que un trapense en Génova subió al púlpito para retractarse del juramento de fidelidad que había prestado al Emperador, declarando que desde la cautividad del Papa creía a todos los eclesiásticos desligados de ese juramento. Y se dice también que al salir de aquel acto de arrepentimiento, fué juzgado por una Comisión militar y fusilado. Me parece que ya era bastante castigo, sin necesi-

prosperado. Por lo demás, los trapenses, retirados en los valles altos del Cantón de Friburgo no eran tan ajenos a la política como su residencia y su hábito hacían creer. He sabido después que servían de intermediarios en la correspondencia del clero de Francia con el Papa, prisionero entonces en Saboya. Ciertamente que esto no excusa el rigor con que estos religiosos han sido tratados por Bonaparte, pero da la explicación de ello. (Nota del Sr. Stäel, hijo.)

dad de hacer a toda la Orden responsable de su conducta.

Fuimos a Vevey por el camino de la montaña, y propuse al señor de Montmorency hacer una excursión a la entrada del Valais, que yo nunca había visto. Nos detuvimos en Bex, última aldea suiza, porque el Valais había sido ya reunido a Francia. Una brigada portuguesa, salida de Ginebra, fué a ocupar el Valais. Singular destino el de Europa. ¡Los portugueses guarnecen Ginebra y van a tomar posesión de una parte de Suiza en nombre de Francia! Tenía curiosidad por ver en el Valais a los cretinos, de que me habían hablado mucho. Esta triste degradación del hombre es un gran tema de meditación; pero es demasiado penoso ver la figura humana convertida así en objeto de repugnancia y de horror. Observé, sin embargo, en algunos de estos imbéciles una especie de vivacidad que nace del asombro producido por los objetos exteriores. Como nunca recuerdan lo que ya han visto, viven en continua sorpresa, y el espectáculo del mundo en sus menores detalles es todos los días cosa nueva para ellos; tal vez es ésta la compensación de su triste estado, porque alguna han de tener, seguramente. Hace algunos años, un cretino que había cometido un asesinato fué condenado a muerte; al conducirlo al suplicio creyó, viéndose rodeado de tanta gente, que le acompañaban así por honrarlo y se erguía, y se limpiaba la ropa muy risueño, para ser más digno de la fiesta. ¿Es cosa permitida

castigar a un ser semejante por el desafuero que su brazo había cometido?

A tres leguas de Bex hay una famosa cascada, en la que el agua cae desde una montaña altísima. Propuse a mis amigos ir a verla, y antes de la hora de comer estábamos de vuelta. Cierto que la cascada estaba en el territorio del Valais, entonces de Francia, y olvidé que no me permitían pisar más terreno francés que el que separaba a Coppet de Ginebra. Al volver a mi casa, el gobernador, no sólo me censuró mi viaje por Suiza, sino que me ofreció, como una gran prueba de su indulgencia, guardar silencio sobre el delito que yo había cometido al poner pie en el territorio del imperio francés. Yo hubiera podido decir, como en la fábula de Lafontaine:

Pelé del prado un trecho
no mayor que la anchura de mi lengua.

Pero me limité a confesar el error que había cometido yendo a visitar una cascada suiza, sin pensar que estaba en Francia.

CAPITULO IV

Destierro del señor de Montmorency y de la señora de Récamier.—Nuevas persecuciones.

Todas estas continuas mortificaciones por tan nimios pretextos me hacían odiosa la vida; y no hallaba ocupación que pudiera distraerme, porque el recuerdo de lo que habían hecho con mi li-

bro y la certidumbre de no poder publicar nada en el porvenir me desalentaban, quitándome el estímulo que necesito para trabajar. Sin embargo, no podía aún determinarme a dejar para siempre las lindes de Francia, la casa de mi padre y los amigos que me eran fieles. Créame resuelta a marcharme; pero nunca me faltaban pretextos para demorar la partida, hasta que recibí en el alma un último golpe. ¡Bien sabe Dios lo que me hizo sufrir!

El señor de Montmorency fué a Coppet a pasar unos días conmigo, y a la vuelta del correo que anunciaba su llegada a mi casa, recibió la orden de destierro. La maldad del dueño de tan gran imperio está perfectamente calculada hasta en sus menores detalles. El Emperador no hubiera quedado satisfecho de no comunicarse al señor de Montmorency la orden de destierro estando en mi casa, y si en la carta del ministro no hubiese habido una frase indicando que yo era la causa de su desgracia. En vano se esforzó el señor de Montmorency en suavizar la noticia; desde aquí se lo digo a Bonaparte para que se regocije de haber dado en el blanco; al saber el infortunio que por mi causa caía sobre mi amigo lancé gritos de dolor, y nunca mi corazón, tan probado desde hacía muchos años, estuvo más cerca de desesperarse. No sabía cómo ahuyentar los desgarradores pensamientos que me invadían, y apelé al opio para calmar mi angustia durante unas horas. El señor de Montmorency, con su religio-

sa calma, me invitaba a seguir su ejemplo; pero a él le sostenía la conciencia de su abnegación en mi favor, y yo me acusaba de las crueles consecuencias de esa abnegación, que le separaba de su familia y de sus amigos. No cesaba yo de orar; pero la pesadumbre no me daba punto de reposo, y me dolía cada instante de mi vida.

En esto recibí carta de la señora de Récamier, la hermosa dama a quien toda Europa respeta, y que nunca ha abandonado a un amigo en la desgracia. Decíame que al ir a las aguas de Aix-en-Saboya tenía intención de visitarme en mi casa, adonde llegaría dentro de dos días. Me estremecí pensando que podía correr la misma suerte que el señor de Montmorency. Por inverosímil que esto fuese, mi deber era temerlo todo de un odio tan bárbaro y tan minucioso, y envié un correo al encuentro de la señora de Récamier, suplicándola que no fuese a Coppet. ¡Y sabiendo que estaba a unas leguas de allí, sabiendo que estaba tan cerca de mi casa, no me era posible ver nuevamente, acaso por última vez, a quien me había consolado siempre con su amable solicitud! La exhorté a que no se detuviera en Coppet, pero no quiso escuchar mis ruegos; no pudo pasar debajo de mi ventana sin detenerse unas horas en mi compañía, y, deshaciéndome en llanto, la vi entrar en el castillo, donde su llegada había sido siempre motivo de gran alegría. Partió al día siguiente, yéndose, sin pérdida de momento, a casa de unos parientes suyos, que vivían a cincuenta leguas de

Suiza. Vana precaución: el destierro cruel se abatió sobre ella; me había visitado, y eso bastaba; habíase dejado llevar de una piedad generosa, y merecía castigo. Los reveses de fortuna que había sufrido agravaban el trastorno de su modo de vivir habitual. Meses enteros pasó en una pequeña ciudad de provincia, separada de sus amigos, abandonada a la más triste y monótona soledad. Tal es el infortunio que atraje sobre la mujer más brillante de su tiempo; el jefe de los franceses, famosos por su galantería, no tuvo miramiento alguno con la mujer más hermosa de París. El mismo día maltrató a la virtud y a la alcurnia en la persona de Montmorency, a la hermosura en la señora de Recamier, y en mí, si se permite decirlo, a un talento de cierta fama. Quizá se alabó también de poder atacar la memoria de mi padre en la persona de su hija, a fin de que fuese patente que en la tierra ni los muertos ni los vivos, ni la piedad ni las gracias, ni el talento ni la celebridad, contaban para nada bajo su cetro. No abandonar a los que incurrieran en su enojo era infringir las reglas de la adulación, de matices tan delicados, y caer en falta. Dividía a los hombres en dos clases: los que se someten, y los que, sin ánimo de perjudicarle, quieren vivir por sí mismos. No tolera que en todo el universo, ni para dirigir los imperios, ni para los detalles de la vida casera, exista una voluntad que no dependa de la suya. "La señora de Stäel—decía el gobernador de Ginebra—ha logrado embe-

llecerse la existencia en Coppet; sus amigos y los extranjeros van a visitarla; el Emperador no quiere tolerarlo." ¿Por qué me atormentaba así? Para obligarme a escribir en su alabanza. ¿Qué podían importarle mis elogios entre las miles de frases laudatorias que el temor o la esperanza le brindan? En una ocasión dijo Bonaparte: "Si me dieran a escoger entre realizar una bella acción o inducir a mi adversario a cometer una bajeza, sin vacilar preferiría el envilecimiento de mi enemigo." Esta es la explicación del especial cuidado con que ha desgarrado mi vida. Conocía mi adhesión a mis amigos, a Francia, a mis libros, a mis gustos, a la vida de sociedad; privándome de cuanto constituía mi felicidad, quiso, a fuerza de desazones, reducirme a escribir una bajeza para ganar con ella mi indulto. Resistíendome, no he contraído el mérito de un sacrificio, lo declaro: el Emperador quería de mí una bajeza, pero una bajeza inútil; porque en estos tiempos en que el buen éxito todo lo diviniza, no hubiese quedado yo completamente en ridículo si llego a conseguir volver a París por cualquier medio. Lo que le hubiera gustado a nuestro amo, maestro en el arte de degradar a las almas altivas que aún quedan en el mundo, hubiese sido que yo me deshonrase para lograr volver a Francia, y que, después de hacer mofa de mi celo en alabar a quien tanto me había perseguido, ese celo no me sirviese de nada. Me resistí a proporcionarle ese placer verdaderamente refinado; y ese es mi úni-

co mérito en la larga lucha que ha entablado entre su omnipotencia y mi debilidad.

La familia del señor de Montmorency, desesperada con su destierro, deseó, como era justo, apartarlo de la tristeza que le había causado, y me despedí de este amigo, ignorando si alguna vez volvería a honrar con su presencia mi casa en la tierra. El 31 de agosto de 1811 rompí este lazo, el primero y último de los que me ligaban con la patria; lo rompí, por lo menos, en cuanto a las relaciones humanas, que no pueden ya existir entre nosotros; pero siempre que alzo los ojos al cielo pienso en mi respetable amigo y me atrevo a creer también que me responde en sus oraciones. El destino no me concede ya otra comunicación con él.

Cuando se supo el destierro de mis dos amigos, me agobiaban muchos pesares; pero una desgracia grande parece que nos hace insensibles a nuevos dolores. Se esparció el rumor de que el ministro de Policía había declarado su intención de poner una guardia a la entrada de la avenida de Coppet para detener a cuantos fueran a verme. El gobernador de Ginebra, encargado por orden del Emperador, según decía, de *anularme*, esta era su expresión, no perdía ocasión de insinuar, y aun de anunciar, que cuantos tuvieran algo que temer o que esperar del Gobierno, no debían ir a mi casa.

El señor de Saint-Priest, ex ministro del rey y colega de mi padre, se dignaba honrarme con

su afecto; sus hijas, temiendo, con razón, que le expulsaran de Ginebra, unieron sus ruegos a los míos para que no me visitara. Con todo, fué desterrado en pleno invierno, a la edad de setenta y ocho años, no sólo de Ginebra, sino de Suiza, porque es cosa admitida, como se ha visto en mi caso, que el Emperador destierra de Suiza lo mismo que de Francia; y cuando a los agentes franceses se les arguye que se trata, a pesar de todo, de un país extranjero, cuya independencia está reconocida, se encogen de hombros, como si se les aburriera con sutilezas metafísicas. Es, en efecto, una verdadera sutileza querer descubrir en Europa algo más que prefectos con el título de rey, prefectos que reciben directamente órdenes del Emperador de Francia. Si los que se llaman países aliados difieren en algo de las provincias francesas, es en que los tratan un poco peor que a ellas. Subsiste en Francia cierto recuerdo de haber sido llamada *la gran nación*, que obliga a veces al Emperador a ciertos miramientos; por lo menos, así era antes, aunque vaya siendo cada día menos necesario. El motivo confesado del destierro del señor de Saint-Priest fué que no había logrado que sus hijos renunciasen a seguir al servicio de Rusia. Sus hijos habían encontrado, durante la emigración, generosa acogida en Rusia; allí fueron educados, y allí también encontró su valor justa recompensa; estaban cubiertos de heridas; habían descollado entre los primeros por sus talentos militares; el mayor pa-

saba ya de los treinta años. ¿Cómo un padre podía exigir a sus hijos el sacrificio de la existencia que se habían labrado, tan sólo por el honor de ir a ponerse bajo la vigilancia de la Policía en territorio francés? Porque tal era la envidiable suerte que les aguardaba. Tuve la triste fortuna de no haber visto al señor de Saint-Priest desde cuatro meses antes de ser desterrado; sin eso, todos habrían creído que yo le había contagiado mi desgracia.

No sólo a los franceses, sino a los extranjeros, se les advertía que no fuesen a verme. El gobernador estaba en guardia para impedir que incluso mis antiguos amigos me visitaran. Un día, entre otros muchos, me privó, por su solicitud oficial, del trato de un alemán cuya conversación me agradaba mucho; le dije aquella vez que bien podía haberse ahorrado tal refinamiento en la persecución. “¡Cómo—me respondió—. Me he conducido así por haceros un favor, demostrando a vuestro amigo que os comprometía con sus visitas.” No pude por menos de reirme de tan ingenioso argumento. “Sí—continuó con gravedad imperturbable—. El Emperador, al ver que os prefieren a él, se enojaría.” “De manera—le dije—, que el Emperador exige que mis amigos particulares, tal vez muy pronto mis hijos, me abandonen para serle gratos; eso me parece un poco fuerte. Además—añadí—, no veo claro cómo puede comprometerse a una persona que está en mi situación, y eso que decís me recuerda a un re-

volucionario, del tiempo del Terror, a quien visitaban para que tratase de salvar del cadalso a uno de sus amigos: "Temería perjudicarle—respondió—, hablando en su favor." El gobernador sonrió al oír esta cita, pero continuó los razonamientos, que, por apoyarse en cuatrocientas mil bayonetas, suelen parecer henchidos de razón. Un hombre me decía en Ginebra: "¿No os parece que el gobernador declara sus opiniones con mucha franqueza?" "Sí—respondí yo—, confiesa sinceramente su abnegación por el hombre poderoso, y dice con valor que es del partido más fuerte; no veo claro el mérito de esa franqueza."

Varias personas independientes continuaban demostrándome en Ginebra una buena voluntad, de la que guardaré siempre profundo recuerdo. Pero hasta los empleados de las Aduanas guardaban conmigo una etiqueta diplomática, y un terror profundo se habría ido apoderado de todos, de prefectos en subprefectos, y de unos en otros parientes, si no les hubiese ahorrado, en lo que de mí dependía, la ansiosa duda en que estaban de visitarme o no. A cada correo se esparcía el rumor de que otros amigos míos habían sido desterrados de París por conservar relaciones conmigo; mi deber consistía en no tratarme con ningún francés de nota, y muy a menudo temía perjudicar hasta a las personas del país en que vivía, cuya valerosa amistad hacía mí no se desmintió ni un momento. Experimentaba yo dos movimientos contrarios, y a mi parecer igualmen-

te naturales: me entristecía cuando me abandonaban, y sentía cruel inquietud por los que me mostraban su adhesión. Es difícil que vuelva a presentármese en la vida una situación tan dolorosa en todo momento. Cerca de dos años duró, y no vi amanecer una vez sola sin entristecerme por tener que soportar la existencia que empezaba de nuevo con el día.

Pero ¿por qué no os marchabais?—se me dirá; y ya entonces me lo decían por todas partes. Un hombre, a quien no puedo nombrar (1), pero que conoce, creo yo, lo mucho que aprecio la elevación de su carácter y de su conducta, me dijo: “Si permanecéis aquí, os tratará como a María Estuardo: diez y nueve años de infortunio, y al final, la catástrofe.” Otra persona de mucho ingenio, pero poco mesurada en sus palabras, me escribió que era deshonroso permanecer allí después de tan malos tratamientos. No necesitaba yo estos consejos para desear con pasión marcharme; desde el momento en que no podía ver a mis amigos, y en que no era más que una traba en la vida de mis hijos, ¿no estaba obligada a decidirme? Pero el gobernador repetía en todos los tonos que si me marchaba me detendrían en el camino; que si llegaba a Viena o a Berlín, pedirían mi extradición, y que no podría hacer siquiera preparativos de viaje sin que él lo supiese al momento, porque, decía, estaba enterado de todo lo que sucedía en mi casa. Esto era una jac-

(1) El conde Elzear de Sabrón.

tancia; los hechos probaron que en punto a espionaje era un fatuo. Pero ¿quién no se hubiera asustado de la seguridad con que decía a mis amigos que yo no podría dar un paso sin que me detuvieran los gendarmes?

CAPITULO V

Salida de Coppet.

Pasé ocho meses en un estado indescriptible, poniendo a prueba mi ánimo cada día y acobardándome también cada día ante la idea de la prisión. Todo el mundo la teme, sin duda; pero mi imaginación se asusta tanto de la soledad y tengo tanta necesidad de mis amigos para sostenerme, para animarme y para descubrir perspectivas nuevas cuando estoy a punto de sucumbir bajo una persistente impresión dolorosa, que nunca la muerte se me ha presentado con rasgos tan crueles como la prisión, como el silencio en que puede uno estar años enteros sin oír una voz amiga.

Me han dicho que uno de esos españoles que defendieron Zaragoza con la más asombrosa intrepidez, no hace más que gritar en el torreón de Vincennes donde está encerrado; hasta tal punto, la soledad es pavorosa aún para los hombres más enérgicos. Por lo demás, no se me podía ocultar que yo no era una mujer valiente; mi imaginación es audaz, pero mi carácter es tímido y los

peligros de cualquier género se me aparecen como fantasmas. La índole de mi talento presta tal viveza a las imágenes, que si las bellezas naturales ganan con ello, también los peligros parecen más temibles. Tan pronto me asustaba la prisión, como temía a los bandidos, en caso de verme obligada a atravesar Turquía, si se me vedaba la entrada en Rusia por motivos políticos; otras veces me aterrorizaba, por mi hija y por mí, pensando en el vasto mar que habría de cruzar para ir desde Constantinopla hasta Londres. Sin embargo, sentía la necesidad de partir; la altivez me impulsaba interiormente a ello; pero, como cierto francés muy conocido, podía yo decir: "Tiemblo por los peligros a que mi valor va a exponerme." En efecto, la grosera barbarie de perseguir a las mujeres se agrava por su naturaleza irritable y débil a la vez; sufren dolores más vivos y son menos capaces de la fuerza necesaria para librarse de ellos.

Un terror de otro género pesaba sobre mí: temía que en cuanto el Emperador supiera mi marcha, mandase insertar en los periódicos uno de esos artículos en que tan diestro es cuando se propone asesinar a alguien moralmente. Un senador me decía cierta vez que Napoleón era el mejor periodista que había conocido. En efecto, si se llama así al arte de difamar a los individuos y a los pueblos, Napoleón lo posee en grado sumo. Las naciones, al fin y al cabo, salen del paso; pero a Bonaparte le queda de los tiempos revolucio-

narios en que vivió cierta destreza para la calumnia al alcance del vulgo, y acierta con los dichos que pueden circular mejor entre esas gentes cuyo único talento consiste en repetir las frases que el Gobierno manda publicar para su uso. Si *El Monitor* acusaba a alguien de haber robado en un camino, ningún periódico francés, alemán ni italiano podía publicar una rectificación. No puede uno figurarse lo que es un hombre a la cabeza de un millón de soldados y con mil millones de rénta, dueño de todas las prisiones de Europa, con los reyes por carceleros y con la imprenta a su disposición, mientras los oprimidos apenas disponen del regazo de la amistad para quejarse; capaz, en fin, de poner en ridículo al infortunio; execrable poder cuyo disfrute, como merced irónica, es el postrer insulto que los genios infernales pueden infligir a la raza humana.

Por mucha fortaleza de carácter que uno tuviese, creo que era inevitable temblar viendo concitados tales medios contra sí; al menos yo experimenté, lo confieso, ese temblor. A pesar de mi triste posición, decíame a menudo que un techo para guarecerme, una mesa para mi sustento y un jardín para pasear, eran dones con los que podía darme por contenta. Pero tales como eran, no estaba segura de conservarlos en paz; podía escapárseme una palabra, podían referírsela a Bonaparte, ¿y dónde se detendría la irritación de un hombre cuyo poderío aumenta sin cesar? Cuando brillaba el sol, mi ánimo se fortalecía; pero

cuando las nieblas encubrían el cielo, me asustaba la idea de viajar, y descubría en mí gustos ca-seros, ajenos a mi natural, pero suscitados por el miedo; el bienestar físico me parecía de más precio que nunca, y cualquier fatiga me espantaba.

Mi salud, cruelmente quebrantada por tantas penas, debilitaba también la energía de mi carácter, y verdaderamente abusé durante aquel tiempo de la paciencia de mis amigos, discutiendo una y otra vez mis planes y abrumándolos con mi incertidumbre.

Intenté por segunda vez obtener un pasaporte para América; hiciéronme aguardar la respuesta hasta mediados del invierno, y acabaron por negármelo. Me ofrecí a no publicar nada sobre ningún asunto, aunque fuese una oda a Iris, con tal que me permitiesen irme a vivir a Roma; al solicitar este permiso recordé, por amor propio, *Corina*. Pero sin duda el ministro de Policía no encontró en sus registros que se hubiese tenido jamás en cuenta un motivo de tal índole, e implacablemente me negó el permiso para ir a respirar los aires del mediodía, tan necesarios a mi salud.

No se cansaban de repetirme que mi vida entera transcurriría en el limitado espacio de dos leguas que separa a Coppet de Ginebra. Si me quedaba allí, tendría que separarme de mis hijos, que estaban ya en edad de emprender una carrera; e imponía a mi hija un porvenir tristí-

simo, obligándola a correr mi misma suerte. La ciudad de Ginebra, donde tan noble huella ha dejado la libertad, fbase, no obstante, doblegando a los intereses que la ataban a los repartidores de empleos en Francia. Cada día era menor el número de personas con quien podía yo entenderme, y mis sentimientos se convertían en un peso para mi alma, en lugar de ser manantial de vida. Mi talento, mi felicidad y mi existencia eran ya cosa acabada, porque es espantoso no poder servir a nuestros hijos y ser perjudicial a nuestros amigos. En fin, de todas partes me llegaban nuevas de los formidables aprestos del Emperador; estaba claro que quería, ante todo, apoderarse de los puertos del Báltico, aniquilando a Rusia, y que contaba emplear después los restos de esta potencia, llevándolos contra Constantinopla; su intención era partir de allí en seguida a la conquista de Africa y Asia. Poco antes de salir de París había dicho: "Me aburre la vieja Europa." En efecto, Europa ya no es bastante para la actividad de su dueño. De un momento a otro podían cerrarse para mí las últimas salidas del continente, y estaba expuesta a encontrarme en Europa como en una plaza fuerte con las puertas guardadas por soldados.

Me decidí, pues, a marcharme, ya que aún me quedaba un medio de ir a Inglaterra; el medio era dar la vuelta a Europa entera. Señalé para mi partida el día 15 de mayo; los preparativos estaban hechos con mucho sigilo desde hacía

tiempo. La víspera de aquel día perdí por completo el ánimo, y por un momento me persuadí que un terror tal sólo podía sentirse cuando se iba a cometer una mala acción. Tan pronto me ponía a consultar con la mayor insensatez todo género de presagios; tan pronto, con mejor acuerdo, interrogaba a mis amigos y a mí misma sobre la moralidad de mi resolución. La actitud de la resignación en todas las cosas parece de mayor religiosidad, y no me asombra que hombres piadosos hayan sentido escrúpulos ante las determinaciones que arrancan espontáneamente de la voluntad. La necesidad parece que tiene carácter divino, mientras que la resolución del hombre puede nacer de su orgullo. Sin embargo, ninguna de nuestras facultades nos ha sido dada en vano, y la de decidir por nosotros mismos tiene también su empleo. Por otra parte, las gentes mediocres se asombran siempre de que el talento tenga necesidades distintas de las suyas. Cuando triunfa, el triunfo está al alcance de todo el mundo; pero cuando acarrea dolor, cuando excita a salir de los caminos trillados, aquellas mismas gentes ya no le consideran sino como una enfermedad, y casi como un yerro. Oía yo zumbar en torno mío los lugares comunes en que todo el mundo se deja coger: "¿No tiene dinero? ¿No puede vivir y dormir tranquilamente en un castillo hermoso?" Algunas personas de espíritu más elevado conocían que mi triste situación era insegura, y que podía empeorar, sin

esperanzas de mejora. Pero el ambiente que me rodeaba inducía a todos a aconsejarme reposo, porque desde hacía seis meses no había sobrevenido ninguna persecución nueva, y los hombres propenden a creer que lo que es, seguirá siendo. Bajo la influencia de tantas causas de inercia tenía que tomar una de las resoluciones más enérgicas que pueden verse en la vida privada de una mujer. Las gentes de mi casa, excepción hecha de dos personas de absoluta confianza, ignoraban mi secreto; la mayor parte de los que venían a visitarme, no tenían ni sospecha de él; de golpe, iba yo a cambiar por entero mi vida y la de mi familia. Desgarrada por la incertidumbre, recorrí el parque de Coppet; me senté en los mismos sitios en que mi padre tenía la costumbre de reposar contemplando la naturaleza, y admiré, como otras veces habíamos admirado juntos, la belleza de las ondas y de las frondas, y les dije adiós, encomendándome a su dulce influencia. El sarcófago que encierra las cenizas de mi padre y de mi madre, y en el que, si la bondad de Dios lo consiente, reposarán con el tiempo las mías, era una de las principales causas de mi pesar, al alejarme de los lugares en que moraba; pero al acercarme a él, sentíame casi siempre con nuevas fuerzas, que me parecían venir del cielo. Pasé una hora en oración ante la puerta de hierro que guarda los restos del más noble de los humanos, y allí mi alma acabó de convencerse de la necesidad de partir.

Me acordé de unos famosos versos de Claudiano, en los que expresa esa especie de duda que se alza en las almas más religiosas, cuando ven la tierra entregada a los malvados y la suerte de los mortales como flotando a merced del azar. Sentí que ya no tenía fuerza para alimentar aquel entusiasmo que fomentaba todo lo que en mí puede haber de bueno, y que necesitaba comunicarme con los que pensaban como yo, para recuperar la confianza en mi propia manera de pensar y conservar el culto que mi padre me había inspirado. Invocaba muchas veces en mi ansiedad la memoria de mi padre, de aquel hombre, Fenelón de la política, cuyo genio era en todo opuesto al de Bonaparte; fué, en efecto, un genio, pues para estar, como él estuvo, en armonía con el cielo, hace falta tanto genio, por lo menos, como para abocar a sí todos los medios de acción desencadenados por el olvido de las leyes divinas y humanas. Fuí a ver el gabinete de mi padre, donde su sillón su mesa y sus papeles siguen en el mismo lugar que él los dejó; besé sus reliquias queridas, tomé su capa, que por mi orden había estado hasta entonces sobre su silla, y me la llevé para envolverme en ella, si se me acercaba el emisario de la muerte. Terminada esta despedida, evité cuanto pude todas las demás, que me hacían sufrir mucho, y escribí a los amigos de quienes me separaba, teniendo cuidado de que mi carta no llegase a sus manos hasta varios días después de mi partida. Al día siguiente, sába-

do 23 de mayo de 1812, a las dos de la tarde, monté en mi coche, diciendo que volvería a la hora de comer; no llevaba conmigo equipaje alguno; tenía en la mano mi abanico, y mi hija, el suyo; mi hijo y el señor Rocca llevaban en los bolsillos lo necesario para unos días de viaje. Al bajar por la avenida de Coppet, abandonando así aquel castillo que había llegado a ser para mí como un antiguo y buen amigo, estuve a punto de desmayarme; mi hijo me tomó la mano, diciéndome: "Madre mía, piensa que vas a Inglaterra" (1). Estas palabras me reanimaron. Estábamos, sin embargo, a cerca de dos mil leguas de una meta a la que hubiéramos llegado con prontitud por el camino natural; pero, al menos, cada paso que daba me acercaba a ella. A pocas leguas de allí envié a uno de mis criados a mi casa para avisar que no volvería hasta el día siguiente, y continué mi camino día y noche, hasta una granja más allá de Berna, donde había dado cita al señor Schlégel, que se prestaba a acompañarme; allí era también donde iba a separarme de mi hijo mayor, educado hasta la edad de catorce años en el ejemplo de mi padre, con quien tiene bastante parecido. De nuevo me faltó el ánimo; aquella Suiza, todavía tan en calma, y siempre bella; aquellos habitantes, que saben ser libres por sus virtudes, aun a pesar

(1) Inglaterra era entonces el refugio de cuantos sufrían por la causa de la libertad. ¿Por qué sus ministros, después de la victoria, habrán engañado tan cruelmente la esperanza de Europa? (Nota del Sr. Stäel, hijo.)

de haber perdido la independencia política, detenían mis pasos; todo en aquel país parecía decirme que no le abandonara. Aún era tiempo de volver; aún no había hecho yo nada irreparable. Aunque el gobernador me había prohibido viajar por Suiza, era por temor de que me fuese más lejos. Aún no había traspasado la barrera que me quitaría la posibilidad de volver; este pensamiento atormentaba mi imaginación. Por otro lado, la resolución de volver era también irreparable; porque, pasado aquel momento, sentía yo, y así lo han demostrado los acontecimientos, que ya no podría escaparme. Además, causa cierto rubor volver a empezar una despedida tan solemne; es difícil resucitar para los amigos más de una vez. No sé qué hubiera sido de mí si la incertidumbre, en el momento mismo de la acción, hubiera durado más tiempo, porque mi cabeza comenzaba a desvariarse. Mis hijos me decidieron, y particularmente mi hija, que apenas contaba catorce años. Me entregué, por decirlo así, a ella, como si la voz de Dios se hiciese oír por la boca de un niño (1). Mi hijo se fué, y cuando le perdí

(1) Era poca cosa haber conseguido marcharse de Coppet burlando la vigilancia del gobernador de Ginebra; para atravesar Austria había que obtener pasaportes, extendidos con un nombre que no llamase la atención de las diversas policías que se repartían el territorio de Alemania. Mi madre me encargó de esta gestión, y no olvidaré en toda mi vida la emoción que con ello sentí. Era aquel, en efecto, un paso decisivo; negados los pasaportes, mi madre caía en una situación mucho más cruel; descubiertos sus planes, toda fuga se hacía imposible, y los rigores de su destierro hubieran sido más intolerables de día en día. Me pareció lo mejor dirigirme al ministro de Austria, con la confianza natu-

de vista, pude decir, como lord Russel: "Ya es pasado el dolor de la muerte." Subí al coche con mi hija; concluída la incertidumbre, concentré todas las fuerzas de mi alma, y hallé que tenía para obrar las que para deliberar me habían faltado.

CAPITULO VI

Paso a Austria.—1812.

De este modo, al cabo de diez años de crecientes persecuciones, expulsada primero de París, relegada después a Suiza, confinada más tarde en mi castillo, y condenada, por último, al horrible dolor de no ver más a mis amigos y de haber sido causa de su destierro, me vi obligada a salir huyendo de dos patrias, Suiza y Francia, por orden de un hombre menos francés que

ral de todo hombre honrado en los sentimientos de sus semejantes. El señor de Schraut no vaciló en concederme los pasaportes deseados, y creo que no llevará a mal que exprese aquí la gratitud que por ello le guardo. En una época en que Europa estaba aún doblegada bajo el yugo de Napoleón, y en que la persecución ejercida contra mi madre apartaba de ella a personas que debían quizás al animoso celo de su amistad la conservación de su fortuna o de su vida, el generoso proceder del ministro de Austria, sin sorprenderme, me conmovió vivamente.

Me separé de mi madre para volver a Coppet, adonde me llamaba el cuidado de su fortuna; algunos días más tarde, mi hermano, a quien una muerte cruel arrebató en la flor de su vida, fué a reunirse con mi madre en Viena, con sus criados y su coche de camino. Esta segunda partida fué lo que alarmó a la policía del gobernador de Lemán: tan cierto es que entre las demás cualidades del espionaje hay que contar la tontería. Afortunadamente, mi madre estaba ya fuera del alcance de los gendarmes y pudo continuar el viaje, cuyo relato va a leerse. (Nota del Sr. Stäel, hijo.)

yo; porque yo he nacido a orillas del Sena, donde sólo le naturaliza su tiranía. Los aires de aquel hermoso país no son para Bonaparte los aires natales; ¿cómo va a comprender el dolor de mi destierro, si aquella fértil comarca no es a sus ojos más que el instrumento de sus victorias? ¿Cuál es su patria? La tierra que le acata sumisa. ¿Cuáles sus conciudadanos? Los esclavos que obedecen sus órdenes. Un día se lamentaba de no haber tenido bajo su mando, como Tamerlán, naciones ajenas al raciocinio. Presumo que ahora ya estará contento de los europeos; sus costumbres y sus ejércitos se parecen bastante a los de los tártaros.

Mientras estuve en Suiza, no tenía nada que temer, puesto que siempre podía probar mi derecho a estar allí; mas, para salir de Suiza, sólo obtuve un pasaporte extranjero, y como iba a cruzar por un Estado confederado, si cualquier agente francés hubiese pedido al Gobierno de Baviera que no me dejase pasar, sabido es con cuanta amargura, pero con qué puntual obediencia, hubiese ejecutado las órdenes recibidas. Entré en el Tirol, país que me inspiraba gran respeto, pues se había batido por adhesión a sus antiguos señores; grande era también mi desprecio por aquellos ministros austriacos que llegaron a proponer el abandono de este pueblo, comprometido por fidelidad a su soberano. Dícese que un diplomático subalterno, jefe del departamento del espionaje en Austria, tuvo un

día la ocurrencia, durante la guerra, de sostener ante el Emperador la conveniencia de abandonar a los tirolenses; el señor de H, noble tirolés, consejero de Estado al servicio de Austria, que en sus acciones y sus escritos se ha mostrado como guerrero valeroso e historiador de talento, rechazó aquel indigno propósito con el desprecio que merecía. El Emperador estuvo conforme por completo con el señor de H., y probó así que, al menos, sus sentimientos eran ajenos a la conducta política que le obligaban a seguir. De la misma manera, la mayor parte de los soberanos de Europa eran, cuando Bonaparte se hizo amo de Francia, hombres muy honrados como particulares, pero que no existían como reyes, pues entregaban por completo el gobierno del Estado a las circunstancias y a los ministros.

El aspecto del Tirol recuerda a Suiza; sin embargo, el paisaje no tiene tanto vigor ni originalidad; las aldeas no denotan tanta abundancia; en fin, es un país bien administrado, pero que nunca ha sido libre; su capacidad de resistencia nace de su condición de pueblo montaños. Pocos hombres notables hay en el Tirol; en primer lugar, el sistema de gobierno austriaco no es muy apropiado para suscitar genios; además, el Tirol, por sus costumbres y su posición geográfica, debería estar unido a la Confederación suiza; como su incorporación a la monarquía austriaca es contraria a la naturaleza, no ha podido desenvolver en esa unión más que las nobles

cualidades de los habitantes de las montañas: el valor y la fidelidad.

Nuestro postillón nos mostró un peñasco donde el Emperador Maximiliano, abuelo de Carlos V, estuvo a punto de perecer; su ardor por la caza le arrastró de tal modo, que se encaramó en pos de una gamuza hasta unos riscos, de los que después no podía bajar. Esta tradición es aún popular en el país; tan necesario es para las naciones el culto del pasado. El recuerdo de la última guerra persiste en el alma del pueblo; los campesinos nos mostraban las cimas de las montañas, donde se habían atrincherado; en su imaginación revivía el efecto que su hermosa música de guerra produjo al resonar desde lo alto de las montañas en los valles. Al enseñarnos el palacio del príncipe real de Baviera, en Inspruck, nos dijeron que allí había vivido Hofer, el campesino valiente, jefe de la insurrección; contáronnos la intrepidez que mostró una mujer cuando los franceses invadieron el castillo; en fin, estos y otros rasgos revelaban el deseo de ser una nación, deseo más fuerte que su adhesión personal a la Casa de Austria.

En una iglesia de Inspruck está la famosa tumba de Maximiliano; fuí a verla, acariciando la idea de que nadie me conocería, por hallarme en un lugar muy apartado de las capitales donde residen los agentes franceses. La figura de Maximiliano, de bronce, está de hinojos sobre un sarcófago, en medio de la iglesia, y treinta esta-

tuas del mismo metal, alineadas a cada lado del santuario, representan a los parientes y antepasados del Emperador. Tantas pasadas grandezas, tantas ambiciones, antaño formidables, reunidas como en familia alrededor de una tumba, ofrecían un espectáculo propicio a profundas reflexiones: véase allí a Felipe el Bueno, a Carlos el Temerario, a María de Borgoña, y en medio de estos personajes históricos, a un héroe fabuloso, Dietrich de Berna; levantando la visera que ocultaba el rostro de los caballeros, una faz de bronce aparecía debajo del casco de bronce; las facciones eran del mismo metal que la armadura. La única visera que no puede alzarse es la de Dietrich de Berna; el artista ha querido indicar así el velo misterioso que envuelve la historia de este guerrero.

Desde Inspruck pensaba dirigirme a Salzburgo, para ganar por allí la frontera austriaca. Parecíame que todas mis inquietudes iban a terminar en cuanto entrase en el territorio de la Monarquía, donde esperaba ser bien acogida y hallarme en seguridad. Pero el momento más temible para mí era el de pasar desde Baviera a Austria; allí podía haberse adelantado un correo para prohibir que me dejaran paso franco. A pesar de este temor, mi viaje no fué muy rápido, porque el quebranto de mi salud con tantos sufrimientos era tal, que no podía viajar de noche. Muchas veces comprobé durante mi camino que el terror, por vivo que sea, no puede nada

contra el abatimiento físico, para quien es más temible el cansancio que la muerte. Acariciaba, sin embargo, la esperanza de llegar sin tropiezo, y mis miedos iban disipándose al aproximarme al fin, que ya casi tocaba, cuando, al entrar en la posada de Salzburgo, un hombre se acercó al señor de Schlégel, mi acompañante, y le dijo en alemán, que un correo francés había estado a preguntar por un coche procedente de Inspruck, con una señora y una joven, y había quedado en volver a preguntar de nuevo. No perdí palabra de lo que decía el posadero, y palidecí de terror.

El señor Schlégel temió también por mí; hizo nuevas preguntas, y corroboró que el correo era francés, procedente de Munich, que había llegado hasta la frontera austriaca para alcanzarme, y que, no encontrándome, se volvió para salirme al encuentro. Todo me pareció entonces clarísimo: tropezaba con lo que tanto había temido antes de partir y durante el viaje. No podía escaparme: el correo, que viajaba en posta me alcanzaría necesariamente. En el acto tomé la resolución de dejar al señor Schlégel y a mi hija con el coche en la posada, y de irme sola, a pie, por la ciudad, para meterme a la ventura en la primera posada cuyo dueño o dueña tuvieran cara de buenas personas. Me proponía esconderme durante unos días, y mientras, el señor Schlégel y mi hija podían decir que iban a buscarme a Austria, para donde partiría yo luego, disfrazada de campesina. Por aventurado que fuese, no

me quedaba otro recurso, y ya me preparaba a ponerlo en práctica, cuando vi entrar en mi aposento al tan temido correo, que no era otro que el señor Rocca (1). Después de acompañarme el primer día de viaje, el señor Rocca regresó a Ginebra para terminar algunos asuntos, y volvía a buscarme, haciéndose pasar por correo francés, a fin de aprovecharse del terror que este nombre inspira, sobre todo en los países aliados de Francia, y obtener caballos con más facilidad. Tomó el camino de Munich, apresurándose a llegar a la frontera de Austria para comprobar si alguien se me había adelantado o anunciado mi paso. Salía a mi encuentro para decirme que no tenía nada que temer, y para subir al pescante del coche al cruzar la frontera, el más temido, pero también el postrero de los peligros que me faltaba por correr. Así, mis crueles temores se trocaron en un dulce sentimiento de tranquilidad y gratitud. Recorrimos la ciudad de Salzburgo, que encierra tantos bellos edificios, pero que, como casi todos los principados eclesiásticos de Alemania, presenta hoy desolado aspecto. El pacífico proceder de aquel género de gobierno desapareció con él. Los conventos eran también conservadores; asombra el número de establecimientos y edificios levantados en su residencia por aquellos soberanos

(1) En 1811, la señora de Stäel, que tenía entonces cuarenta y cinco años, contrajo matrimonio secreto con este señor Rocca, joven oficial de veintisiete años, de notable hermosura, de nobilísimo carácter, y que, cuando la señora de Stäel le conoció en Ginebra, parecía moribundo a consecuencia de cinco heridas que había recibido. El Sr. Rocca sólo sobrevivió un año a la señora de Stäel y murió en 1818.

célibes; los pacíficos arzobispos trabajaron todos por el bien de su pueblo. Uno de ellos, en el siglo pasado, abrió un camino que corre por centenares de pasos en el seno de una montaña, como la gruta de Pausilipo en Nápoles; en el frontispicio de la puerta de entrada se ve el busto del arzobispo, y debajo esta inscripción: *Te saxa loquuntur* —las piedras hablan de ti—. Esta inscripción tiene grandeza.

Entré, por fin, en Austria, que tan feliz me pareció cuando la vi cuatro años antes; desde el primer momento advertimos un cambio sensible, producido por la depreciación del papel moneda y las alteraciones múltiples que la inseguridad de las operaciones financieras ha introducido en su valor. Nada desmoraliza tanto al pueblo como esas oscilaciones continuas, que convierten a todos en agiotistas y ofrecen a la clase laboriosa un modo de ganar dinero por la astucia y no por el trabajo. No encontré ya en el pueblo aquella probidad que me admiró cuatro años antes: el papel moneda enardece la imaginación con la esperanza de una ganancia fácil y rápida, y los fortuitos azares trastornan la existencia ordenada y segura, base de la honradez de las clases medias. Durante mi permanencia en Austria ahorcaron a un hombre por haber hecho billetes falsos, en el momento en que el Gobierno anulaba los antiguos; y al marchar al suplicio gritaba que el ladrón era el Estado, no él. Es, en efecto, imposible convencer a la gente del pueblo de que es justo casti-

garla por especular en sus asuntos propios en igual forma que el Gobierno en los suyos. Pero este Gobierno era aliado del Gobierno francés, y lo era doblemente, pues tenía por jefe al pacientísimo suegro de un yerno terrible. ¿Con qué recursos contaba? Con el matrimonio de su hija se liberó de dos millones de contribución, todo lo más; el resto se lo exigieron con ese género de justicia, al alcance de todos, que consiste en tratar a los amigos igual que a los enemigos. De esto venía la penuria de la Hacienda austriaca. Nuevas desgracias han nacido de la última guerra, y sobre todo de la última paz. La inutilidad del generoso movimiento que ilustró las armas austriacas en las batallas de *Esling* y *Wagram*, enfrió el entusiasmo de la nación por su soberano, a quien en otro tiempo amaba vivamente. Lo mismo les ha ocurrido a todos los príncipes que han tratado con el Emperador Napoleón, pues los ha utilizado como recaudadores, encargados de levantar impuestos por cuenta suya; los ha obligado a estrujar a sus súbditos para pagarle los tributos que exigía, y cuando le ha parecido conveniente destituir a esos soberanos, los pueblos, desligados de ellos por el mal que les habían hecho en obediencia del Emperador, no los han defendido contra él. El Emperador Napoleón tiene el arte de hacer que la situación de los países, nominalmente en paz, sea tan desdichada que cualquier cambio les parezca agradable, y que una vez obligados a dar hombres y

dinero a Francia, no vean apenas los inconvenientes de ser incorporados a ella. Se equivocan, no obstante, porque todo es preferible a perder el nombre de nación, y como los infortunios de Europa los causa un solo hombre, es necesario conservar con cuidado todo lo que pueda renacer cuando él desaparezca.

Antes de llegar a Viena, y para esperar a mi hijo segundo, que debía unírseme con los criados y el equipaje, me detuve un día en la abadía de Melk, situada en una altura desde la que el Emperador Napoleón contempló en otro tiempo el curso sinuoso del Danubio y alabó el paisaje sobre el cual iba a abatirse con sus ejércitos. Con frecuencia se entretiene en poetizar acerca de las bellezas naturales que se dispone a destruir, y acerca de los efectos de la guerra con que abruma al género humano. Después de todo, tiene razón para divertirse como se le antoje, a expensas de la raza humana que le tolera. Sólo los obstáculos o los remordimientos detienen al hombre en el camino del mal. Nadie le ha puesto estorbos a Napoleón, y con suma facilidad se ha libertado de los remordimientos. Contemplando a solas sus huellas en el vasto panorama que se descubría desde la azotea, admiraba yo la fecundidad de la tierra y me asombraba la rapidez con que los dones del cielo reparan los desastres causados por los hombres. Pero las riquezas morales no se recuperan, o, al menos, se pierden por muchos siglos.

CAPITULO VII

Estancia en Viena.

Llegué felizmente a Viena el 6 de junio, dos horas antes de salir un correo que el conde de Stackelberg, embajador de Rusia, enviaba a Wilna, donde estaba a la sazón el Emperador Alejandro. El conde de Stackelberg se portó conmigo con la noble delicadeza que es uno de los rasgos más salientes de su carácter, y despachó aquel correo con la petición de mi pasaporte, asegurándome que dentro de tres semanas podía tener ya la respuesta. Tenía yo que buscar un sitio donde pasar aquellas tres semanas; mis amigos austriacos, que me habían recibido con gran amabilidad, me aseguraron que podía quedarme en Viena sin temor. La Corte se había ido a Dresde para asistir a la gran reunión en que todos los príncipes alemanes juntos iban a rendir pleitesía al Emperador de Francia. Napoleón se había detenido en Dresde, pretextando nuevas negociaciones para evitar la guerra con Rusia; es decir, para obtener, mediante la política, el mismo resultado que por las armas. Al principio no quería admitir al rey de Prusia en el banquete de Dresde; sabía demasiado la repugnancia que este desgraciado monarca siente por las cosas que la necesidad le obliga a hacer. Dícese que Metternich obtuvo para el rey de Prusia aquel humillante favor. El señor de Hardenberg, que acompañaba a Metter-

nich, hizo notar al Emperador Napoleón que Prusia había pagado un tercio más de las contribuciones prometidas. El Emperador le respondió, volviéndole la espalda: "Cuentas de mercachifles."; porque siente un íntimo placer en usar expresiones vulgares para humillar más a quien habla. Puso mucho empeño en hacerse grato al Emperador y a la Emperatriz de Austria, porque tenía gran interés en que el Gobierno austriaco tomase parte activa en la guerra contra Rusia. "Ya comprenderéis—asegúrase que dijo a Metternich—que no puedo tener el menor deseo de disminuir la potencia actual de Austria; primeramente, porque me conviene que mi suegro sea un príncipe de gran consideración, y además, porque me fio más de las dinastías antiguas que de las nuevas. ¿Pues no se le ha ocurrido al general Bernadotte hacer la paz con Inglaterra?" En efecto, el príncipe real de Suecia, como se verá más adelante, se había puesto valerosamente al lado de los intereses permanentes del país que gobernaba.

Cuando el Emperador de Francia se marchó de Dresde para revistar sus ejércitos, la Emperatriz fué a pasar una temporada en Praga con su familia. Napoleón, al marcharse, dejó reglamentada la etiqueta que había de observarse en las relaciones del Emperador Francisco y su hija, etiqueta nada sencilla, como puede suponerse, puesto que Napoleón es aficionado a la etiqueta, no sólo por vanidad, sino por desconfianza; es de-

cir, como un medio de aislar a una persona de otra, so pretexto de señalar su jerarquía.

Ni la más ligera nube vino a turbar los diez primeros días que pasé en Viena; me encontraba yo allí muy a gusto, bien relacionada con personas de agradable trato, y cuyo modo de pensar era igual al mío; la opinión no era favorable a la alianza con Napoleón, y el Gobierno la había concertado sin el asentimiento nacional. En efecto, ¿cómo podría participar en una guerra cuyo objeto ostensible era la restauración de Polonia, la misma potencia que había contribuído a desmembrarla, y que retenía aún entre sus manos, con más obstinación que nunca, la tercera parte de aquel país? El Gobierno austriaco había enviado 30.000 hombres para restablecer la Confederación de Polonia en Varsovia; al mismo tiempo, un número de espías casi igual seguía los pasos a los polacos de Galitzia, que querían enviar diputados a aquella Confederación. De suerte que el Gobierno austriaco tenía que hablar contra los polacos, sin dejar de sostener su causa, y decir a sus súbditos de Galitzia: "Os prohibo tener la opinión que yo defiendo." Esto es pura metafísica, harto enrevesada si el miedo no lo explicase todo.

Entre las naciones que Bonaparte arrastra en pos de sí, la única digna de interés es Polonia. Creo que los polacos saben tan bien como nosotros que no son más que el pretexto de la guerra, y que al Emperador no le importa nada su

Independencia. Bonaparte no ha podido por menos de expresar varias veces al Emperador Alejandro su desdén por Polonia, simplemente porque aspira a ser libre; pero le conviene lanzarla contra Rusia, y los polacos se aprovechan de las circunstancias para restaurar su nación. Yo no sé si lo conseguirán, porque el despotismo otorga difícilmente la libertad, y lo que ganen en su causa particular lo perderán en la causa de Europa. Serán polacos, pero tan esclavos como las tres naciones de cuya dependencia se hayan librado. Con todo, los polacos son los únicos europeos que pueden servir sin avergonzarse en las banderas de Bonaparte. Los príncipes de la Confederación del Rhin creen ventajoso servirle, aunque sacrifican el honor; pero Austria, por una combinación verdaderamente notable, sacrifica a la vez su honor y su conveniencia. El Emperador Napoleón quería que el archiduque Carlos mandase aquellos 30.000 hombres; pero el archiduque, afortunadamente, rechazó la oferta, y cuando le vi pasearse solo, vestido de gris, por las avenidas del Prater, sentí renacer mi antiguo respeto hacia él.

El mismo funcionario que tan indignamente aconsejó el abandono de los tirolese, hallábase en Viena, ausente el señor de Metternich, encargado de la Policía de los extranjer, y véase en qué forma cumplía su cometido. Durante los primeros días me dejó tranquila. Yo había pasado ya un invierno en Viena, muy bien recibida por

el Emperador, por la Emperatriz y por toda la Corte, de suerte que no podían venir a decirme que no me recibían esta vez por hallarme en desgracia de Napoleón, mucho menos habiéndose producido esta desgracia, en parte, por los elogios tributados en mi libro a la moral y al genio literario de los alemanes. Pero era mucho más difícil todavía arriesgarse a desagradar en lo más mínimo a una potestad a quien, después de todo, bien podían sacrificarme, reconozcámoslo, habiendo sacrificado ya tantas cosas por ella. Creo, pues, que cuando ya llevaba yo varios días en Viena, llegaron al jefe de la Policía informes más precisos sobre mi actitud respecto de Bonaparte, y se creyó por tanto obligado a vigilarme; púsome espías a la puerta de la calle, que me seguían a pie cuando mi coche iba despacio, y que tomaban un carruaje para no perderme de vista en mis paseos por el campo. En este proceder de la Policía se juntaban, a mi parecer, el maquiavelismo francés y la terquedad alemana. Los austriacos tienen la persuasión de que los franceses los han vencido por la superioridad de su talento, y creen que el talento de los franceses consiste en sus medios policíacos; en consecuencia, se han dedicado al espionaje con gran método, y organizan ostensiblemente lo que, en todo caso, debían mantener oculto; y aunque por naturaleza son gentes honradas, se han impuesto como deber la imitación de un Estado jacobino y a la par despótico.

Tuve que preocuparme de este espionaje, bien

que el simple sentido común bastaba para ver que mi único propósito era la fuga. Alguien me dijo que el pasaporte ruso tardaría varios meses en llegar, y que entonces la guerra me impediría continuar el viaje; esto me alarmó. No era difícil comprender que en cuanto el embajador de Francia volviese a Viena, no podría yo permanecer allí un momento. ¿Qué sería de mí entonces? Supliqué al conde de Stackelberg que me buscase un modo de ir a Odessa, para dirigirme desde allí a Constantinopla; pero como Odessa es rusa, necesitaba también un pasaporte de San Petersburgo para llegar allá; no me quedaba abierto más camino que el directo de Turquía por Hungría, camino que, por pasar junto a los confines de Servia, estaba expuesto a mil peligros. También podía ir a Salónica, atravesando Grecia; el archiduque Francisco había seguido ese camino para ir a Cerdeña. Pero el archiduque Francisco monta muy bien a caballo, y yo no; menos aún podía decidirme a exponer a mi hija, niña todavía, a semejante viaje. Por mucho que me doliera, no me quedaba más remedio que separarme de ella, para enviarla por Dinamarca y Suecia, en compañía de personas de mi confianza. Hice a todo evento un contrato con un armenio para que me llevase a Constantinopla. Mi propósito era ir desde allí por Grecia y Sicilia a Cádiz y Lisboa; y, aunque el viaje era aventurado, ofrecía grandes atractivos a la imaginación. Pedí en las oficinas de Negocios Extranjeros, dirigidas por un subal-

terno en ausencia de Metternich, un pasaporte que me permitiese salir de Austria por Hungría o por Galitzia, según me dirigiese a Constantinopla o a San Petersburgo. Me dijeron que tenía que decidirme de antemano, porque no podían darme un pasaporte para salir por dos fronteras diferentes, y que, además, para ir a Presburgo, primera ciudad de Hungría, a seis leguas de Viena, se necesitaba una autorización del Comité de los Estados. Cierto, no pude por menos de pensar que Europa, abierta con tanta facilidad en otro tiempo a todos los viajeros, se ha convertido, bajo la influencia del Emperador Napoleón, en una especie de inmensa red que a cada paso os envuelve. ¡Cuántas molestias y trabas para el menor movimiento! ¡Es concebible que los infelices Gobiernos oprimidos por Francia se consuelen haciendo pesar de mil modos sobre sus súbditos los miserables restos de poder que les han dejado?

CAPITULO VIII

Salida de Viena.

Obligada a escoger, me decidí por Galitzia, porque era camino del país que yo prefería, Rusia. Tenía la persuasión de que, en marchándome de Viena, cesarían todas las molestias suscitadas, sin duda, por el Gobierno francés, y que, en todo caso, podría, si era necesario, ir desde Galitzia a Bucarest por Transilvania. La geografía de Europa,

tal como Napoleón la ha rehecho, se aprende demasiado bien en la escuela del infortunio; los rodeos que hasta entonces llevaba dados para esquivar su poder eran casi de dos mil leguas, y al marcharme de Viena para huir de él, tenía que meterme por territorio asiático. Me puse, pues, en camino sin haber recibido el pasaporte de Rusia, esperando calmar así la inquietud que la Policía subalterna de Viena sentía por la presencia de una persona desavenida con Napoleón. Rogué a uno de mis amigos que en cuanto llegara la respuesta de Rusia saliera a mi alcance, caminando día y noche, y emprendí el viaje. Hice mal en tomar esta decisión, porque en Viena me defendían mis amigos y la opinión pública; allí podía dirigirme fácilmente al Emperador o a su primer ministro; pero una vez confinada en una ciudad de provincia, tenía que habérmelas yo sola con la torpe maldad de un subalterno francés que quería adquirir méritos ante su Gobierno a costa mía; véase cómo se portó:

Detúveme unos días en Brunn, capital de la Moravia, donde estaba internado un coronel inglés, Mr. Mills, hombre bondadoso y amable como el que más, y, según la expresión inglesa, completamente *inofensivo*. Le trataban del peor modo posible, sin pretexto ni utilidad alguna. Pero el Ministerio austriaco cree, a lo que parece, que con sus persecuciones dará impresión de fuerza; los discretos no se dejan engañar con tan poco, y, como me decía un hombre de ingenio, su modo

de gobernar, en materia de Policía, recuerda a los centinelas colocados en la ciudadela de Brunn, medio derruida; monta puntualmente la guardia en torno de unas ruinas. Apenas llegué a Brunn, me suscitaron todo género de dificultades acerca de mis pasaportes y de los de mis compañeros de viaje. Pedí permiso para enviar a mi hijo a Viena, con el fin de dar las explicaciones necesarias; pero me manifestaron que ni mi hijo ni yo podíamos volver atrás ni una legua. Ignoro si el Emperador de Austria o Metternich conocían tan necia conducta; pero todos los empleados del Gobierno en Brunn, con raras excepciones, tenían un miedo a las responsabilidades que cuadraba muy bien, a mi parecer, con el actual régimen de Francia; y es preciso reconocer, en descargo de los franceses, que su temor es disculpable, porque bajo el Emperador Napoleón se arriesga cuando menos el destierro, la prisión o la muerte.

El gobernador de Moravia, hombre por lo demás muy estimable, me comunicó la orden de atravesar Galitzia con la mayor rapidez posible, y la prohibición de detenerme más de veinticuatro horas en Lanzut, adonde tenía intención de ir. Lanzut es una posesión de la princesa Lubomirska, hermana del príncipe Adán Czartorisky, mariscal de la Confederación polaca, sostenida por las tropas austriacas. La princesa Lubomirska gozaba de consideración general por sus prendas de carácter; sobre todo, por la generosidad con que empleaba su fortuna en obras benéficas;

además, su adhesión a la Casa de Austria era conocida, y, aunque polaca, no participaba del espíritu de oposición que siempre ha existido en Polonia contra la dominación austriaca. El príncipe Enrique y la princesa Teresa, sobrinos suyos, de quienes tengo el honor de ser amiga, poseen brillantísimas y muy agradables cualidades; muy amantes de su patria polaca, era difícil imputarles como un crimen ese amor, precisamente cuando Austria enviaba al príncipe Schwarzenberg a la cabeza de 30.000 hombres, a batirse por la restauración de Polonia. ¿A qué extremo no puede llegar uno de esos desdichados príncipes, a quienes se dice a todas horas que deben acomodarse a las circunstancias? Es lo mismo que proponerles gobernar con todos los vientos. La mayor parte de los gobernantes de Alemania envidian los triunfos de Bonaparte; atribuyen sus propias derrotas a exceso de honradez, cuando en realidad las deben a no haber sido bastante honrados. Si los alemanes, imitando a los españoles, hubiesen dicho: suceda lo que quiera, no soportaremos el yugo extranjero, serían aún una nación, y sus príncipes no se arrastrarían por las antecámaras, no ya del Emperador Napoleón, sino de todos a quienes ilumina un destello de su favor. El Emperador de Austria y su espiritual consorte llevan, sin duda, su situación con la dignidad posible; pero es una posición tan falsa la suya, que vale más no hablar de ella. Todos los actos del Gobierno austriaco en favor de la do-

minación francesa proceden del miedo, y esta nueva musa inspira cantos muy tristes.

Intenté demostrar al gobernador de Moravia que si me empujaban así, con tanta cortesía, hacia la frontera, no sabría qué hacerme si el pasaporte ruso no llegaba, y me vería obligada, al no poder avanzar ni retroceder, a pasar mi vida en Brody, ciudad fronteriza entre Rusia y Austria, donde los judíos se han establecido para comerciar con ambos Imperios. "Todo eso es verdad—me respondió el gobernador—; pero tengo esas órdenes." Desde hace algún tiempo, los Gobiernos propenden a someter a sus agentes civiles a la misma disciplina que los militares; nunca, o rara vez, se permite a estos últimos reflexionar; pero unos hombres responsables ante la ley, como son todos los funcionarios ingleses, no admitirían fácilmente que no pueda juzgarse las órdenes recibidas. ¿Y qué resulta de esa obediencia servil? Si no tuviese más ídolo que un jefe supremo, podría acaso concebirse en una Monarquía absoluta; pero en ausencia del jefe supremo o de sus representantes, cualquier subalterno puede abusar a su antojo de esas medidas discrecionales de Policía, infernal descubrimiento de los Gobiernos arbitrarios, que la verdadera grandeza se negará siempre a usar.

Me puse en camino para Galitzia; confieso que esta vez mi abatimiento era completo; el espectro de la tiranía me perseguía por doquiera; los alemanes, en otro tiempo tan honrados, estaban

ahora depravados por la funesta y desigual alianza que parecía haber sido tan perniciosa para los súbditos como para el soberano. Creí que ya no había Europa sino más allá de los mares o de los Pirineos, y desesperé de hallar un asilo grato a mi alma. El espectáculo que ofrecía Galitzia no era muy a propósito para reanimar las esperanzas en el destino de la raza humana. Los austriacos no saben hacerse amar de los pueblos extranjeros que tienen sometidos. Lo primero que hicieron al dominar en Venecia fué prohibir el Carnaval, que era ya, por decirlo así, una institución; tanto tiempo hacía que se hablaba de él. Para gobernar una ciudad tan alegre se escogió a los hombres más rígidos de la Monarquía; por eso los pueblos del Sur prefieren ser saqueados por los franceses a ser regentados por los austriacos.

Los polacos aman a su patria como a un amigo infortunado; el país es triste y monótono; el pueblo, ignorante y perezoso; siempre han pedido libertad, pero nunca han sabido establecerla. Pero los polacos creen que deben y pueden gobernar a Polonia, y este sentimiento es muy natural. Sin embargo, la educación del pueblo está tan abandonada y tan ajeno es a toda clase de industrias, que los judíos son los amos del comercio, y compran a los campesinos toda la cosecha de un año a cambio de abastecerlos de aguardiente. La distancia entre los señores y los labradores es tan grande, el lujo de los unos y la espantosa miseria de los otros ofrecen tan lastimoso contraste, que,

probablemente, los austriacos han aportado leyes mejores que las que allí existían. Pero un pueblo altivo, y éste lo es en su miseria, no gusta de que le humillen ni aun para hacerle el bien, y los austriacos le han humillado. Han dividido Galitzia en círculos, y cada uno de estos círculos está mandado por un funcionario alemán; algunas veces ocupa este cargo un hombre distinguido; pero casi siempre es un bruto de ínfima categoría, que manda despóticamente a los más grandes señores de Polonia. La Policía, que ha sustituido al Tribunal secreto, autoriza las medidas más vejatorias. Imagínese lo que es confiar la Policía, es decir, lo más sutil y arbitrario del Gobierno, a las manos groseras del capitán de uno de esos círculos. En cada parada de Galitzia, tres clases de personas rodean el coche de los viajeros; los comerciantes judíos, los mendigos polacos y los espías alemanes. Parece que el país sólo está habitado por esas tres clases de hombres. Los mendigos, con sus luengas barbas y su antigua vestidura sármata, inspiran profunda lástima; es verdad que si quisieran trabajar no se verían en ese estado; pero no se sabe si es orgullo o pereza lo que les hace desdeñar el cultivo de la tierra esclavizada.

Se tropieza en los caminos con procesiones de mujeres y hombres, que llevan el estandarte de la Cruz y cantan salmos; profunda expresión de tristeza reina en su semblante; y cuando recibían, no dinero, sino alimentos mejores que los acostumbrados, miraban al cielo con asombro, como si

no se creyeran nacidos para gozar de tales dones. En Polonia, las gentes del pueblo tienen por costumbre besar las rodillas de los señores que encuentran; no se puede dar un paso en una aldea sin que las mujeres, los niños, los ancianos os saluden de este modo. Por medio de este cuadro de miseria, pasan a veces algunos hombres mal vestidos de frac: son los espías; espían la desgracia, único objeto que se presenta a sus ojos. Los capitanes de los círculos negaban pasaportes a los señores polacos, temiendo que se vieran o que fuesen a Varsovia; obligaban a estos señores a presentarse cada ocho días, para comprobar su residencia. Los austriacos proclamaban así en todas las formas que sabían que Polonia los detestaba; dividían sus tropas en dos mitades: una, encargada de sostener en el exterior los intereses de Polonia, y otra que debía impedir a los polacos servir la misma causa en el interior. No creo que país alguno haya sufrido nunca Gobierno tan miserable, al menos en la parte política, como el que tenía entonces Galitzia; por ocultar este espectáculo se ponían, según parece, tantas dificultades a los extranjeros para residir en el país y aun para cruzarlo.

Véase cómo se portó conmigo la Policía austriaca para acelerar mi viaje. Mi pasaporte tenía que ser visado por el capitán de cada uno de los círculos que iba yo atravesando, y de cada tres postas, una correspondía a la capital de un círculo. En las oficinas de Policía de estas ciudades es-

taba expuesta al público la orden de vigilarme cuando pasara. Si no fuese una impertinencia sin igual tratar así a una mujer, y a una mujer perseguida por haber hecho justicia a Alemania, no habría más remedio que reirse de la enorme tontería de anunciar con letras mayúsculas órdenes policíacas cuya mayor fuerza estriba en el sigilo. Esto me recordaba al señor de Sartines, que propuso vestir de librea a los espías. El inspirador de todas estas medidas rastreras no carece, según dicen, de cierto entendimiento; pero tiene tan vivos deseos de agradar al Gobierno francés, que ante todo busca la manera de ganar estos méritos lo más ostensiblemente que puede. Esta vigilancia pregonada se ejercía con igual agudeza que estaba concebida; un cabo o un agente, o los dos juntos, fumando una pipa, se acercaban a mirar el coche, y después de dar una vuelta alrededor se iban, sin dignarse siquiera decirme si encontraban el carruaje en buen estado; por lo menos, entonces hubieran servido de algo. Caminaba yo lentamente para esperar al pasaporte ruso, mi única salvación en tales circunstancias. Una mañana me desvié del camino para visitar un castillo en ruinas. Para llegar a él pasé por caminos inconcebibles para quien no haya viajado por Polonia. Al atravesar con mi hijo una especie de desierto, pasó a caballo un hombre que me saludó en francés; cuando quise responderle, ya estaba lejos. No puedo expresar el efecto que me produjo este idioma familiar en un momento tan cruel.

¡ Ah, cuán bien quistos serían los franceses si recobrasen la libertad! Ellos serían los primeros en despreciar a sus aliados de hoy. Me apeé en el patio del castillo derrumbado; el guarda, su mujer y sus hijos vinieron a besarme las rodillas. Valiéndome de un mal intérprete, les dije que conocía a la princesa Lubomirska; este nombre bastó para ganar su confianza; aunque me presentaba con un arreo menos que modesto, no pusieron en duda lo que les dije. Me abrieron una sala parecida a un encierro; en el momento de entrar llegó una mujer a quemar perfumes. No había allí pan blanco, ni carne; pero sí un exquisito vino de Hungría, y por doquiera veíanse restos de magnificencia junto a la mayor miseria. Este contraste abunda en Polonia; en las casas mismas donde reina una refinada elegancia, no hay camas. Todo parece esbozado en este país, y nada concluído; pero la bondad del pueblo y la generosidad de los grandes excede a toda ponderación; unos y otros se conmueven fácilmente por todo lo bueno y lo bello; los agentes de Austria parecen hombres de palo, comparados con una nación tan sensible.

Por fin llegó el pasaporte de Rusia, causándome tal alegría, que mi agradecimiento durará toda mi vida. Al mismo tiempo, mis amigos de Viena habían conseguido apartar de mí el maligno influjo de los que me atormentaban para agradar a Francia. Acaricié la idea de verme ya esta vez al abrigo de nuevos contratiempos; pero olvidaba que la circular ordenando a los capitanes de círcu-

lo que me vigilasen estaba vigente aún, y que la promesa de concluir con todos aquellos ridículos tormentos habíala recibido yo directamente del Ministerio. Creí poder realizar mi primer proyecto, deteniéndome en Lanzut, castillo de la princesa Lubomirska, muy famoso porque encierra cuanto el gusto y la magnificencia pueden apetecer. Me prometía ver de nuevo al príncipe Enrique Lubomirski, a cuyo trato y al de su encantadora mujer debía yo momentos muy agradables, pasados en Ginebra. Mi propósito era estar con ellos dos días y continuar con rapidez el viaje, pues por todas partes corría la noticia de haberse declarado la guerra entre Francia y Rusia. No veo claro qué amenaza para el reposo de Austria encerraría mi proyecto; asustarse de mis relaciones con los polacos era una idea descaminada, pues los polacos servían entonces a Bonaparte. Sin duda, lo repito, no puede confundirse a los polacos con los demás pueblos tributarios de Francia; es espantoso no poder esperar la libertad más que de un déspota, y no aguardar la independencia de la propia nación, sino de la esclavitud del resto de Europa; pero, en fin, en la causa polaca, el ministerio austriaco era más sospechoso que yo, porque enviaba tropas para defenderla, y yo consagraba mis pobres fuerzas a proclamar la justicia de la causa europea, defendida entonces por Rusia. Por lo demás, el ministerio austriaco y los Gobiernos aliados de Bonaparte no saben ya lo que es una opinión, una conciencia, un afecto;

la inconsecuencia de su propia conducta y el arte con que la diplomacia de Napoleón los agarrota, no les han dejado más que una idea clara: la de la fuerza, y hacen cuanto pueden por complacerle.

CAPITULO IX

Paso a Polonia.

Llegué en los primeros días de julio a la capital del círculo en que está enclavado Lanzut; mi carruaje se detuvo ante la casa de postas, y mi hijo fué, como de costumbre, a hacer visar el pasaporte. Al cabo de un cuarto de hora me extrañó que no hubiese vuelto, y rogué al señor Schlégel que se enterase del motivo de la tardanza. Volvieron juntos, seguidos de un hombre cuyo rostro no olvidaré nunca; una sonrisa amable en unas facciones estúpidas daban a su fisonomía un aspecto por demás desagradable. Mi hijo, fuera de sí, me dijo que el capitán del círculo le había notificado que no se me consentía permanecer más de ocho horas en Lanzut, y que, para asegurar el cumplimiento de esta orden, uno de sus agentes me seguiría hasta el castillo, entraría en él conmigo y no se separaría de mí hasta que me fuese. Mi hijo había hecho notar al capitán que, hallándome rendida de cansancio, no tenía bastante con ocho horas para descansar, y que la llegada de un comisario de Policía podía causarme, por mi doliente estado, una conmoción fortísima. El capi-

tán le respondió con la brutalidad que sólo se encuentra en los subalternos alemanes; sólo en ellos se encuentra también ese respeto obsequioso por el Poder, que reemplaza inmediatamente a la arrogancia para con los débiles. Los movimientos del alma de estos hombres se parecen a las evoluciones militares en un día de parada: dan media vuelta a la derecha y media vuelta a la izquierda, según la orden que reciben.

El comisario encargado de vigilarme se deshacía en profundas reverencias; pero no quiso modificar en lo más mínimo la consigna recibida. Montó en una calesa, cuyos caballos tocaban las ruedas traseras de mi berlina. La idea de presentarme de este modo en casa de un antiguo amigo, en un lugar delicioso, donde yo esperaba pasar como en una fiesta unos cuantos días, me lastimaba de un modo insoportable; juntábase también, creo yo, la cólera de sentir detrás de mí al insolente espía, a quien seguramente hubiera podido engañar con facilidad si me lo hubiese propuesto; pero que cumplía su cometido con una insoportable mezcla de pedantería y de rigor (1). A mitad de camino sufrí un ataque de nervios, y tuvieron que

(1) Para explicar cuán vivas y bien fundadas eran las angustias de mi madre en este viaje, debo decir que la vigilancia de la Policía austriaca no iba contra ella sola. Había orden de prender al Sr. Rocca, cuyas señas personales tenían los polizontes, por su condición de oficial francés; y aunque había presentado la dimisión, y sus heridas le inutilizaban para el servicio militar, es indudable que si le hubieran entregado al Gobierno francés, hubiese sido tratado con todo rigor. Por eso hizo el viaje solo y con nombre supuesto hasta Lanzut, donde tenía convenido reunirse con mi madre. Llegó antes que ella, y como no sospechaba que tra-

aparearme del coche y tenderme al borde del camino. El miserable comisario pensó que había llegado el caso de compadecerse de mí, y, sin aparecerse de su coche, envió a su criado a buscarme un vaso de agua. No puedo expresar el enojo que contra mí misma sentía por la debilidad de mis nervios; por lo menos, la compasión de aquel hombre era una última ofensa que hubiera querido ahorrarme. Se puso en marcha otra vez al mismo tiempo que mi coche, y entré con él en el patio del castillo de Lanzut. El príncipe Enrique, que no sospechaba lo que sucedía, salió a mi encuentro con jovial amabilidad; mi palidez le asustó al pronto, y le expliqué en seguida quién era el extraño huésped que iba conmigo; desde entonces, la sangre fría, la firmeza y la amistad del príncipe para conmigo no flaquearon ni un momento. ¿Pero es concebible un orden de cosas en el que un comisario de Policía se instala en la mesa de un gran señor, como el príncipe Enrique, o en la de quien quiera, sin su consentimiento? Después de cenar, el comisario se acercó a mi hijo, diciéndole con ese tono de voz meloso que tanto aborrezco cuando sirve para decir palabras mortifi-

jese por escolta un comisario de policía, salió a su encuentro, muy conñado y alegre. El peligro a que sin saberlo se exponía heló de terror a mi madre, que apenas tuvo tiempo de hacerle una seña para que retrocediera; y sin la generosa presencia de ánimo de un noble polaco, que suministró a Rocca los medios de fugarse, hubiera sido infaliblemente reconocido y detenido por el comisario. Ignorando la suerte que podía correr su manuscrito y las circunstancias públicas o privadas que rodearían su aparición, mi madre se creyó obligada a suprimir estos detalles, que hoy puedo dar a conocer. (Señor Stäel, hijo.)

cantes: "Conforme a las órdenes que tengo, debería yo pasar la noche en el aposento de su señora madre, para tener la seguridad de que no habla con nadie; pero no lo haré, por consideración hacia ella." "Podéis decir también que por consideración hacia vos mismo—respondió mi hijo—, porque si de noche ponéis un pie en el aposento de mi madre, os arrojaré por la ventana." "¡Ah, señor barón!"—respondió el comisario, doblando la cintura mucho más bajo que de costumbre, porque la amenaza tenía un fingido aire de poderío que no pudo por menos de impresionarle. El policía se acostó, y al día siguiente durante el almuerzo, el secretario del príncipe se apoderó de él, dándole de comer y de beber hasta el punto de que hubiese podido, creo yo, quedarme allí unas cuantas horas más; pero me avergonzaba de que por mi causa se produjera aquella escena en casa de mi amable huésped. No quise ni aprovechar el tiempo necesario para visitar los hermosos jardines, que por sus frutos recuerdan el clima del mediodía, ni la casa donde los emigrados franceses perseguidos encontraron asilo, y a donde los artistas han enviado el tributo de sus obras en reconocimiento de la amable hospitalidad de la señora del castillo. Era intolerable el contraste de estas dulces y brillantes impresiones con el dolor y la indignación que yo sentía; el recuerdo de Lanzut, amable por tantos motivos, me estremeció cuando revive en mi espíritu.

Me alejé, pues, de aquella casa, vertiendo amar-

go llanto y sin saber lo que me esperaba en las cincuentas leguas de territorio austriaco que me faltaba por recorrer. El comisario me acompañó hasta el límite de su círculo, y cuando se separó de mí me preguntó si estaba contenta de él; la estupidez de aquel hombre desarmó mi cólera. Todas estas persecuciones, desusadas antaño por el Gobierno austriaco, ofrecen la particularidad de que sus agentes las ejecutan con tanta rudeza como desmaña; las gentes que han sido honradas ponen en las cosas viles que les obligan a hacer la escrupulosa exactitud que ponían en las buenas, y como no entienden gran cosa en este nuevo modo de gobernar, que desconocen, cometen tonterías a centenares, ya por torpeza, ya por grosería. Emplean en matar moscas la maza de Hércules, y mientras malgastan así su esfuerzo, cosas de verdadera importancia pueden escapárseles inadvertidas.

Al salir del círculo de Lanzut, fui encontrando hasta Leopold, capital de Galitzia, granaderos apostados para cerciorarse de mi marcha. Hubiera lamentado el tiempo que hacían perder a aquellos pobres hombres, si no pensara que mejor estaban allí que en el malaventurado ejército que Austria ponía en manos de Napoleón. Llegué a Leopold, donde encontré de nuevo las maneras de la antigua Austria en el gobernador y en el comandante de la provincia; me recibieron con perfecta cortesía, y me dieron lo que yo apetecía más: la orden para pasar de Austria a Rusia. Así

terminó mi estancia en aquella Monarquía, que conocí poderosa, honrada y justa. Su alianza con Napoleón, mientras duró, la redujo a una nación de última fila. La historia no olvidará, sin duda, las dotes bélicas demostradas por Austria en sus largas guerras con Francia, ni su último esfuerzo para resistir a Bonaparte, inspirado por un entusiasmo nacional muy digno de elogio; pero el soberano de aquel país, cediendo a sus consejeros más que a su propio carácter, apagó por completo el entusiasmo, deteniéndolo en su desarrollo. Los infelices sacrificados en los campos de Essling y de Wagram, para que hubiese aún una Monarquía austriaca y un pueblo alemán, no esperarían acaso que sus compañeros de armas irían a batirse tres años más tarde para que el imperio de Bonaparte se extendiera hasta la frontera de Asia, y para que en Europa entera no quedase ni siquiera un desierto donde los proscritos, fuesen reyes o súbditos, pudiesen encontrar asilo; porque tal es el fin, y el único fin, de la guerra de Francia contra Rusia.

CAPITULO X

Llegada a Rusia.

No estábamos muy habituados a considerar a Rusia como el Estado más libre de Europa; pero es tal el yugo que el Emperador de Francia hace pesar sobre todos los Estados del continente, que

al entrar en un país donde no se siente la tiranía de Napoleón, parece que se llega a una República. Entré en Rusia el 14 de julio; este aniversario del primer día de la Revolución me impresionó por modo singular; así se cerraba para mí el ciclo de la historia de la Revolución de Francia, inaugurado el 14 de julio de 1789. Cuando la barrera que separa a Rusia de Austria se abrió para darme paso, juré que no volvería a poner los pies en un país sometido de algún modo al Emperador Napoleón. ¿Me permitirá este juramento volver a ver nunca la hermosa Francia?

El primer hombre que me recibió en Rusia fué un francés, empleado antaño en las oficinas de mi padre; me habló de él con lágrimas en los ojos, y este nombre así pronunciado me pareció un buen augurio. En efecto, en el imperio ruso, tan falsamente llamado bárbaro, sólo he recibido impresiones dulces y nobles; ¡ojalá mi gratitud atraiga nuevas bendiciones sobre aquel pueblo y su soberano! En el momento de entrar yo en Rusia, el ejército francés había ya avanzado bastante en el territorio del imperio; sin embargo, ninguna persecución, ninguna molestia detuvieron ni un instante al extranjero peregrino; ni yo ni mis compañeros sabíamos una palabra de ruso; no hablábamos más que francés, la lengua de los enemigos que devastaban el imperio; por una desagradable casualidad, ni siquiera llevaba un criado que hablase ruso; y a no ser por un médico alemán—el doctor Renner—, que con la ge-

nerosidad mayor del mundo se prestó a servirnos de intérprete hasta Moscou, habríamos merecido en verdad el nombre de *sordomudos* que los rusos dan en su idioma a los extranjeros. Pues bien; aun en esa situación, nuestro viaje hubiese sido fácil y seguro; ¡tan grande es la hospitalidad de los nobles y del pueblo rusos!

Desde nuestros primeros pasos supimos que el camino directo de Petersburgo estaba ya ocupado por los ejércitos, y que había que pasar por Moscou para llegar allá. Era un rodeo de doscientas leguas; pero ya habíamos dado otro de mil quinientas, y ahora me alegro de haber visto Moscou.

La Volhynia, primera provincia que teníamos que atravesar, forma parte de la Polonia rusa; es un país fértil, inundado de judíos como la Galitzia, pero mucho menos miserable. Me detuve en el castillo de un noble polaco, a quien iba recomendada; me aconsejó apresurar el viaje, porque los franceses marchaban sobre la Volhynia, y podían muy bien entrar allí antes de ocho días. Los polacos, en general, prefieren los rusos a los austriacos; los rusos y los polacos son de raza esclavona; han sido enemigos; pero se tienen mutua consideración, mientras que los alemanes, más adelantados que los esclavones en la civilización europea, no los hacen entera justicia. Era fácil ver que los polacos en Volhynia no temían la llegada de los franceses; pero, aunque su opinión era conocida, no se les infligía esas perse-

cuciones de detalle que no hacen más que excitar el odio sin contenerlo. De todos modos, el espectáculo de una nación sometida por otra era penoso; hacen falta varios siglos para que la unidad se consolide y para que los nombres de vencedor y vencido se borren.

En Gimotir, capital de Volhynia, me contaron que el ministro de Policía ruso había ido a Vilna con la misión oficial de preguntar el motivo de la agresión del Emperador Napoleón y de protestar en forma contra su entrada en el territorio de Rusia. Cuesta trabajo creer los innumerables sacrificios que el Emperador Alejandro ha hecho para mantener la paz. En efecto, lejos de poder acusar Napoleón al Emperador Alejandro de haber infringido el tratado de Tilsit, hubiera podido más bien reprochársele una fidelidad demasiado escrupulosa a un tratado tan funesto; era Alejandro quien hubiera tenido derecho a declarar la guerra a Napoleón por haber faltado el primero a lo convenido. En su conversación con el señor de Balasheff, ministro de Policía, el Emperador de Francia se entregó a esas inconcebibles indiscreciones que parecerían descuidos si no se supiera que le conviene aumentar el terror que inspira mostrándose superior a todo género de disimulo. “¿Creéis—dijo al señor de Balasheff—que a mi me importan esos polacos jacobinos?” Se asegura, en efecto, que existe una carta, dirigida hace varios años al señor de Romanzoff por uno de los ministros de Napoleón, en la que se propo-

ne borrar de los fastos europeos el nombre de Polonia y de los polacos. Es una desgracia para esta nación que el Emperador Alejandro no haya tomado el título de rey de Polonia y asociado la causa de este pueblo oprimido a la de todas las almas generosas. Napoleón preguntó a uno de sus generales, delante del señor de Balasheff, si había estado alguna vez en Moscou y cómo era aquella ciudad; el general dijo que le parecía un poblachón más que una capital. “¿Y cuántas iglesias tiene?”—continuó el Emperador. “Unas mil seiscientas”—le respondieron. “Es inconcebible—repuso Napoleón— en una época en que nadie es religioso.” “Perdón, Señor—dijo el señor de Balasheff—, los rusos y los españoles lo son todavía.” Admirable respuesta, que presagiaba, así era de esperar, que los moscovitas serían los castellanos del Norte.

Entretanto, el ejército francés progresaba rápidamente, y hay tal costumbre de ver a los franceses triunfar de todo en el exterior, aunque en su país no sepan resistir a ningún yugo, que con razón temí encontrármelos en el mismo camino de Moscou. Extraña suerte la mía: tener que huir de los franceses, entre quienes he nacido, que han llevado a mi padre en triunfo, y huir de ellos hasta los confines de Asia. Pero, en fin, ¿cuál es el destino, grande o pequeño, que el hombre, nacido para humillar al hombre, no puede derrocar? Creí que tendría que llegar hasta Odessa, ciudad que ha prosperado bajo la administración ilustrada del

duque de Richelieu, para ir desde allí a Constantinopla y a Grecia; me consolaba de un viaje tan largo, pensando en el poema sobre Ricardo Corazón de León que me propongo escribir, si mi vida y mi salud lo permiten. Es un poema destinado a pintar las costumbres y la naturaleza de Oriente, y a consagrar una gran época de la historia inglesa, aquella en que el entusiasmo por las Cruzadas reemplazó al entusiasmo por la libertad. Pero como no se puede pintar más que lo que se ha visto, como tampoco se puede expresar más que lo que se ha sentido, tengo que ir a Constantinopla, a Siria y a Sicilia para seguir las huellas de Ricardo. Mis compañeros de viaje, midiendo mis fuerzas mejor que yo, me disuadieron de tal propósito y me aseguraron que, dándome prisa, podía ir por la posta con más rapidez que el ejército. En efecto, no tuve mucho tiempo de sobra, como se verá.

CAPITULO XI

Kiew

Resuelta a proseguir mi viaje por Rusia, me dirigí a Kiew, principal ciudad de Ucrania, y en otro tiempo de toda Rusia, porque este imperio comenzó por establecer su capital al Sur. Los rusos tenían entonces relaciones continuas con los griegos establecidos en Constantinopla, y en general con los pueblos de Oriente, cuyas costum-

bres han tomado en muchas cosas. La Ukrania es un país fertilísimo, pero nada agradable; vense grandes llanuras de trigo que parecen cultivadas por manos invisibles, tan escasos son los habitantes y las viviendas. No hay que figurarse que las cercanías de Kiew, ni de la mayor parte de las que en Rusia llaman ciudades, recuerden en nada a las ciudades de Occidente; ni los caminos están mejor cuidados, ni hay casas de campo que anuncien una comarca más poblada. Al llegar a Kiew, lo primero que vi fué un cementerio; así supe que me hallaba cerca de una aglomeración humana. La mayor parte de las casas de Kiew parecen tiendas; desde lejos, la ciudad tiene aspecto de campamento; es fuerza creer que las viviendas ambulantes de los tártaros han servido de modelo para edificar estas casas de madera, que no parecen tampoco muy sólidas. Pocos días bastan para construirlas; frecuentes incendios las consumen, y los habitantes van al bosque en busca de una casa, como quien va al mercado a hacer provisiones para el invierno. Sin embargo, en medio de esas cabañas se alzan palacios, y, sobre todo, iglesias, cuyas cúpulas verdes y áureas fascinan la mirada. Al caer la tarde, el sol flecha con sus rayos los cimborrios brillantes, y sus destellos parecen los de una fiesta luminosa, y no arrancados a un edificio perenne.

Los rusos no pasan nunca ante una iglesia sin hacer la señal de la cruz; su luenga barba aumenta mucho la expresión religiosa de su fisonomía.

Casi todos llevan una gran túnica azul ajustada al cuerpo por un cinturón rojo; también el vestido de las mujeres tiene algo de asiático, observándose en él un gusto por los colores vivos, propio de los países en que el sol es tan brillante que nos agrada hacer resaltar su esplendor en los objetos que alumbrá. Me aficioné en poco tiempo a estos trajes orientales de tal modo, que no me gustaba ver a los rusos vestidos como los demás europeos; parecíame en estos casos que iban a entrar en la gran uniformidad del despotismo de Napoleón, que empieza por obsequiar a todas las naciones con la conscripción, después con los tributos de guerra y luego con el código Napoleón, para regir de igual manera naciones enteramente distintas.

El Dniéper, que los antiguos llamaban Borístenes, pasa por Kiew; la tradición del país afirma que un barquero, al atravesar el río, halló sus aguas tan puras, que fundó una ciudad en la margen. Son, en efecto, los ríos la mayor belleza natural de Rusia. Apenas si se encuentran arroyos, porque la arena obstruye su curso. No hay tampoco variedad de árboles; el triste abedul se repite sin cesar en aquella naturaleza de poca inventiva; y hasta echaría uno de menos las piedras; tanto fatiga no encontrar nunca colinas ni valles y avanzar siempre sin ver objetos nuevos. Los ríos descansan a la imaginación de esta fatiga; así los sacerdotes los bendicen. El Emperador, la Emperatriz y toda la Corte asisten a la ceremonia de la

bendición del Neva, en el momento más crudo del invierno. Dícese que Vladimiro, en los comienzos del siglo xi, declaró sagradas las ondas del Borístenes, y que bastaba sumergirse en ellas para ser cristiano; como el bautismo de los griegos se hacía por inmersión, millares de hombres fueron al río a abjurar la idolatría. El mismo Vladimiro envió emisarios a diversos países para saber cuál religión le convenía más adoptar; se decidió por el culto griego, a causa de la pompa de sus ceremonias. Tal vez lo prefirió también por motivos más importantes, porque el culto griego, al excluir la supremacía del Papa, daba al soberano de Rusia el poder espiritual juntamente con el temporal.

La religión griega es por necesidad menos intolerante que el catolicismo: acusada de cismática, difícilmente podría quejarse de los herejes; así, todas las religiones están toleradas en Rusia, y desde las orillas del Don hasta las del Neva, la fraternidad patria reúne a los hombres, aunque las opiniones teológicas los separen. Los sacerdotes griegos se casan; los nobles casi nunca adoptan aquel estado; de ello resulta que el clero no tiene gran ascendiente político; influye sobre el pueblo, pero es muy sumiso al Emperador.

Las ceremonias del culto griego son, por lo menos, tan bellas como las del católico; los cánticos de iglesia son arrebatadores; es un culto en que todo lleva al ensueño; hay en él no sé qué de

poético y de conmovedor; pero me parece más apto para cautivar la imaginación que para dirigir la conducta. Al salir el sacerdote del santuario donde está encerrado mientras comulga, diríase que se abren las puertas de la luz; la nube de incienso que le rodea, la plata, el oro y la pedrería que brillan en sus vestiduras y en la iglesia, parecen venir del país donde se adoraba al sol. El recogimiento que inspira la arquitectura gótica en Alemania, en Francia y en Inglaterra, no puede compararse en nada al efecto de las iglesias griegas, más parecidas a las mezquitas de los turcos y de los árabes que a nuestros templos. Que nadie espere encontrar en ellas, como en Italia, la pompa de las bellas artes; su ornamento más notable son las vírgenes y los santos coronados de diamantes y de rubíes. La magnificencia es lo característico de Rusia; estas bellezas no nacen del genio humano ni de los dones de la naturaleza.

El ceremonial de los matrimonios, de los bautizos y de los entierros es noble y conmovedor; encuéntranse en él algunas antiguas costumbres del paganismo griego; pero solamente las que, por no tocar en nada al dogma, pueden aumentar la impresión que causan las tres grandes escenas de la vida: el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Entre los campesinos rusos subsiste la costumbre de hablar al muerto antes de separarse para siempre de sus restos. “¿Por qué—le dicen—nos has abandonado? ¿Eras desgraciado en este mundo? ¿No era tu mujer hermosa y bue-

na? Entonces, ¿por qué la has dejado?" El muerto no responde nada, pero así se proclama ante los que aún la conservan el valor de la existencia.

Enseñan en Kiew unas catacumbas que recuerdan algo a las de Roma; a ellas acuden peregrinos desde Kazán y otras ciudades limítrofes de Asia; pero estas peregrinaciones son menos penosas en Rusia que en ninguna otra parte, aunque las distancias sean mucho mayores. Este pueblo, por su carácter, no teme ni la fatiga ni los sufrimientos corporales; es una nación paciente y activa, jovial y melancólica. Vense reunidos en ella los contrastes más chocantes, y esto es lo que hace presagiar para la nación grandes cosas; porque, de ordinario, sólo los seres superiores poseen cualidades opuestas; las masas son, en su mayor parte, de un solo color.

En Kiew probé la hospitalidad rusa. El general Miloradowitsch, gobernador de la provincia, me colmó de amabilísimas atenciones; había sido ayudante de campo de Suvarow, y no era menos intrépido que él; acertó a aumentar mi confianza en los triunfos militares de Rusia. Había encontrado hasta aquel momento solamente oficiales de la escuela alemana, que no participaban en nada del carácter ruso. En el general Miloradowitsch vi un ruso verdadero, impetuoso, valiente, confiado, y no arrastrado en manera alguna por el espíritu de imitación, que a veces roba a sus compatriotas hasta el carácter nacional. Me contó algunos rasgos de Suvarow, que prueban que este

hombre estudiaba mucho, aunque conservó siempre el instinto original que tiende al conocimiento inmediato de los hombres y de las cosas. Ocultaba sus estudios para herir más la imaginación de sus tropas, dándoselas en todo de inspirado.

Los rusos tienen, a mi parecer, mucha más semejanza con los pueblos del Mediodía, o más bien de Oriente, que con los del Norte. Lo que tienen de europeos se lo deben a los rusos de la corte, que es igual en todos los países; pero su naturaleza es oriental. El general Miloradowitsch me contó que un regimiento de kalmucos fué enviado de guarnición a Kiew, y un día el príncipe de estos kalmucos se le presentó confesándole que no podía soportar el vivir un invierno entero encerrado en la ciudad, y pidió permiso para acampar en el vecino bosque. No había modo de negarle un placer tan fácil, y se fué con sus tropas a vivir en la nieve, instalándose en los carromatos que les sirven también de chozas. Sobre poco más o menos, los soldados rusos soportan lo mismo las fatigas y los sufrimientos del clima que los de la guerra; todas las clases del pueblo sienten un desprecio por los obstáculos y los trabajos corporales, que puede conducirles a muy grandes cosas. Aquel príncipe kalmuco, a quien las casas de madera parecían en pleno invierno una vivienda demasiado refinada, regalaba diamantes en los bailes a las damas que le agradaban; como no podía hacerse entender de ellas, reemplazaba los cumplidos con regalos, como ocurre en la India

y en las calladas comarcas de Oriente, donde la palabra tiene menos fuerza que entre nosotros. El general Miloradowitsch me invitó a un baile en casa de una princesa moldava. Sentí vivamente no poder ir; pero aquel era el día de mi partida. Todos estos nombres de países exóticos, de naciones que apenas si son europeas, excitan singularmente la imaginación. En Rusia nos sentimos en la linde de otras tierras, cerca de ese Oriente, de donde han salido tantas creencias religiosas y que aún encierra en su seno increíbles tesoros de perseverancia y de reflexión.

CAPITULO XII

Camino de Kiew a Moscou.

Unas novecientas verstas me separaban aún de Moscou. Mis cocheros rusos me llevaban como un relámpago, cantando canciones cuya letra era, según me dijeron, de elogio y de aliento para sus caballos. "Vamos, amigos míos—les decían—. Ya nos conocemos; hay que ir de prisa." Este pueblo no me parece nada bárbaro; al contrario, sus modales tienen no sé qué elegancia y dulzura que no se encuentran en otros países. Jamás un cochero ruso pasa delante de una mujer, de cualquier edad o condición que sea, sin saludarla; la mujer le contesta con una inclinación de cabeza, siempre noble y graciosa. Un anciano que no lo graba hacerse entender de mí, me mostró la tie-

rra y después el cielo para indicarme que la una sería pronto para él el camino del otro. Bien sé que con razón puede objetárseme las grandes atrocidades en que abunda la historia de Rusia; pero, en primer lugar, creo que deben imputarse a los boyardos, depravados por el despotismo que ejercían o que sufrían, más bien que a la nación misma. Por otra parte, las disensiones políticas desnaturalizan en todas partes y en todos los tiempos el carácter nacional; nada tan deplorable en la historia como la serie de tiranos rusos, encumbrados y derrocados por el crimen; pero tal es la condición fatal del poder absoluto en la tierra. Los empleados civiles de rango inferior, cuantos fían su prosperidad a la astucia o a las intrigas, no se parecen en nada a los habitantes de la campiña, y me explico todo lo malo que se ha dicho y se diga de ellos; pero una nación guerrera hay que estudiarla en sus soldados, y en la clase de donde salen los soldados; es decir, en los campesinos. Aunque me llevaban con mucha rapidez, parecíame, por lo monótono del país, que no avanzaba. Llanuras arenosas, algunos bosques de abedules y aldeas muy distantes unas de otras, compuestas de casas de madera cortadas por el mismo patrón, era todo lo que veían mis ojos. Sufría una desazón semejante a la pesadilla que nos sobrecoge algunas noches, cuando se nos figura andar, andar, sin adelantar un paso. Parecíame aquel país la imagen de lo infinito, y que para atravesarlo hacía falta la eternidad. A cada mo-

mento pasaban correos a velocidad increíble; iban sentados en un banco de madera atravesado en un carricoche tirado por dos caballos, y no se detenía por nada ni un segundo. Los vaivenes los hacían dar saltos a veces de dos pies de altura sobre el banco; pero caían de nuevo sobre él con asombrosa destreza, y se apresuraban a gritar *jadelante!*, en lengua rusa, con energía semejante a la de los franceses en día de batalla. La lengua esclavona posee una sonoridad particular; diría casi que tiene un timbre metálico; cuando los rusos pronuncian ciertas letras de su lengua, completamente distintas de las que componen los dialectos de Occidente, parece que se oye el tañido del bronce.

Veíamos pasar cuerpos de reserva, que se acercaban con premura al teatro de la guerra; los cosacos iban uno por uno al ejército, sin orden, sin uniforme, una gran lanza en la mano y con una especie de hopalanda grisácea, cuyo amplio capuchón se echaban por la cabeza. Yo me había formado una idea muy diferente de estos pueblos; habitan allende el Dniéper, y allí viven en salvaje independencia; pero en la guerra se dejan gobernar despóticamente. Lo habitual es que los más temibles ejércitos lleven magníficos uniformes, de brillantes colores. Los colores apagados con que se visten los cosacos infunden un pavor de otro género; diríase que son unos aparecidos que nos acometen.

A mitad de camino, entre Kiew y Moscou, los

caballos comenzaron a escasear, porque estábamos ya cerca de los ejércitos. Temí ver interrumpido mi viaje precisamente en el instante en que más me urgía correr; cuando pasaba cinco o seis horas ante una casa de postas, puesto que rara vez había un aposento en que se pudiese entrar, pensaba estremecida en el ejército que podía darme alcance en aquel extremo de Europa, poniéndome en una situación trágica y ridícula a la vez; tal ocurre siempre que una empresa como la mía fracasa; como las circunstancias que me forzaron a emprenderla eran generalmente ignoradas, la gente se hubiera preguntado el por qué del abandono de mi casa, bien que convertida en cárcel, y personas de muy buena intención no hubieran dejado de decir, con aire compungido, que era mucha desgracia la mía; pero que me hubiese estado mejor no emprender aquel viaje. Si la tiranía no tuviese a favor suyo más que sus partidarios directos, no podría subsistir; lo asombroso, lo que denota más que nada la miseria humana, es que la mayoría de los hombres mediocres son esclavos de los acontecimientos; no tienen fuerza para elevarse sobre los hechos, y cuando el opresor triunfa y la víctima perece, se apresuran a justificar, no al tirano precisamente, sino al destino, de que es instrumento. La debilidad de la inteligencia y la del carácter son, sin duda, causa de este servilismo; pero hay también en el hombre cierto prurito de dar la razón al sino, cualquiera que sea, como un modo de vivir en paz con él.

Alcancé por fin aquella parte de mi camino que me alejaba del teatro de la guerra, y llegué a las provincias de Orel y de Tula, de las que tanto han hablado los *Boletines* de ambos ejércitos. Me recibieron en estas ciudades con la más fina hospitalidad. Varios nobles de las cercanías vinieron a mi albergue a complimentarme por mis escritos, y confieso que me halagó descubrir que mi reputación literaria llegaba tan lejos de mi patria. La mujer del gobernador me recibió a la manera asiática, ofreciéndome sorbetes y rosas; su aposento estaba muy elegantemente adornado con instrumentos de música y cuadros. En Europa se ve por doquiera el contraste de la riqueza y de la miseria; pero en Rusia, ni la una ni la otra se hacen, por decirlo así, notar. El pueblo no es pobre; los grandes saben, cuando llega el caso, llevar la misma vida que el pueblo; lo característico del país es la mezcla de las privaciones más duras y de los más refinados goces. Los mismos nobles, cuyas viviendas encierran las más brillantes creaciones del lujo de las diversas partes del mundo, se alimentan en sus viajes mucho peor que los campesinos franceses, y están hechos a soportar, no sólo en la guerra, sino en diversas circunstancias de la vida, una existencia física muy desagradable. El rigor del clima, y las ciénagas, selvas y desiertos que constituyen una gran parte del país, ponen al hombre en lucha con la naturaleza. Frutas y flores sólo se obtienen en las estufas; se cultivan muy poco las legumbres; vi-

fias no hay en parte alguna. La manera habitual de vivir los campesinos en Francia no puede obtenerse en Rusia sin dispendios muy crecidos. Lo necesario es aquí un lujo; de suerte que cuando el lujo es imposible, hay que renunciar incluso a lo necesario. Lo que los ingleses llaman *comfort* y nosotros comodidades, es apenas conocido en Rusia. La imaginación de los grandes señores rusos no se sacia con ninguna perfección; pero cuando les falta esa poesía de la riqueza, beben hidromiel, se acuestan en una tarima y viajan noche y día en un carrillo abierto, sin echar de menos el lujo a que pudieran creérseles acostumbrados. Gustan de la fortuna más por magnificencia que por los placeres que proporciona; también en esto se parecen a los orientales, que ejercen la hospitalidad con los extranjeros, los colman de presentes y desdeñan muy a menudo el bienestar habitual de su propia vida. Esta es una de las razones que explican el robusto ánimo con que los rusos han soportado la ruina que les ha acarreado el incendio de Moscou. Más habituados a la pompa exterior que al cuidado de la persona, no están ablandados por el lujo, y el sacrificio del dinero satisface su orgullo tanto o más que la magnificencia con que lo gastan. Lo característico de este pueblo es un no sé qué de gigantesco en todos los órdenes; en nada puede aplicársele las dimensiones ordinarias. No quiero decir con esto que carezca de estabilidad y de verdadera grandeza; pero la audacia y la imagina-

ción de los rusos no tienen límites; todo en ellos es colosal más bien que proporcionado, audaz más bien que reflexivo, y si no logran su fin es porque lo rebasan.

CAPITULO XIII

Aspecto del país.—Carácter del pueblo ruso.

Estaba yo cada vez más cerca de Moscou, y nada me anunciaba la proximidad de una capital. Las aldeas de madera seguían estando muy distantes unas de otras; ni era mayor el movimiento de las vastas planicies llamadas carreteras, ni aumentaba el ruido; tampoco las casas de campo eran muy numerosas; hay en Rusia tanto espacio que todo se dispersa en él, las viviendas y las poblaciones. Diríase que se atraviesa un país cuyos habitantes acaban de marcharse. La falta de pájaros aumenta el silencio; los rebaños son también raros, o, por lo menos, están a gran distancia del camino. Todo desaparece en aquella extensión, excepto la extensión misma, que persigue a la imaginación, como ciertas ideas metafísicas de que la mente no puede desembarazarse una vez que hacen presa en ella.

Al atardecer de un día muy caluroso, víspera de mi llegada a Moscou, detúveme en una pradera muy agradable; unas labradoras, vestidas con los pintorescos trajes del país, volvían del trabajo cantando esas canciones de Ucrania, cuyas palabras ensalzan el amor y la libertad, con dejos

de melancolía y añoranza. Las rogué que bailaran, y accedieron. No he visto nada más gracioso que estas danzas del país; poseen toda la originalidad que la naturaleza presta a las bellas artes; adviértese en ellas una voluptuosidad recatada; las bayaderas de la India deben de tener algo semejante a esta mezcla de indolencia y vivacidad, encanto de la danza rusa. La indolencia y la vivacidad denotan el ensueño y la pasión, dos elementos del carácter ruso no modelados ni domados todavía por la civilización. Me impresionó la dulce alegría de las campesinas, como, en grados diferentes, la de la mayor parte de la gente del pueblo con quien había tratado en Rusia. Comprendo que han de ser terribles cuando se exciten sus pasiones; como carecen de instrucción, no saben dominar su violencia. Por lo mismo que son ignorantes, tienen muy pocos principios de moral; el robo es muy frecuente en Rusia, pero también la hospitalidad; dan y quitan, según que en su fantasía hable la astucia y la generosidad, porque una y otra excitan la admiración de este pueblo. Este modo de ser se parece un poco al de los salvajes; pero creo que ahora las naciones europeas sólo tienen energía cuando son lo que se llama bárbaras, es decir, no ilustradas, o cuando son libres. Las naciones a quienes la civilización sólo ha enseñado a ser indiferentes a todo yugo, con tal de que su hogar no se perturbe; las naciones a quienes la civilización sólo ha enseñado a explicar la tiranía y a razo-

nar la servidumbre, están destinadas a ser vencidas. A menudo me pongo a pensar en lo que serán ahora aquellos lugares de Rusia que yo vi tan en calma, lo que será de aquellas muchachas, de aquellos barbudos campesinos que seguían en paz la senda trazada por la Providencia; habrán muerto o habrán huído, porque ninguno se ha puesto al servicio del vencedor. Una cosa digna de notarse es el vigor del espíritu público en Rusia. La reputación de invencible que han dado a esta nación sus repetidos triunfos, la altivez natural de los grandes, el carácter abnegado del pueblo, la religión, de tan arraigado poderío, el odio a los extranjeros que Pedro I trató de extirpar, pero que alienta en el corazón de los rusos y se yergue en las ocasiones propicias, son causas que conjuntamente hacen de esta nación un pueblo muy enérgico. Algunas anécdotas aviesas de los reinados precedentes, los rusos entrampados en París y ciertas frases ingeniosas de Diderot, han hecho creer a los franceses que Rusia consiste en una corte corrompida, en unos oficiales palatinos y en un pueblo de esclavos; es un gran error. Es cierto que a una nación como ésta no se la conoce en circunstancias ordinarias, sino después de detenidísimo examen; pero cuando yo la observé, todo adquiría en ella gran realce; no puede contemplarse un país a una luz más favorable que la del infortunio arrostrado con valor. No me cansaré de repetir que esta nación presenta los contrastes más llamativos, procedentes acaso de la

mezcla de la civilización europea y del carácter asiático.

La acogida de los rusos es tan afectuosa, que pudiera uno creerse ligado amistosamente con ellos desde el primer momento, y acaso al cabo de diez años no llega uno a estarlo todavía. El silencio ruso es cosa extraordinaria; versa únicamente sobre aquello que les inspira vivo interés. De todo lo demás hablan cuanto se quiera, pero su conversación prueba tan sólo su cortesía; jamás descubre sus sentimientos ni opiniones. Con frecuencia se les ha comparado a los franceses; esta comparación me parece la más falsa del mundo. Su flexibilidad orgánica les facilita la imitación en toda cosa; son ingleses, franceses o alemanes en sus modales, cuando las circunstancias les incitan a ello; pero nunca dejan de ser rusos, es decir, impetuosos y reservados al mismo tiempo, más capaces de pasión que de amistad, más altivos que delicados, más devotos que virtuosos, más valientes que caballerescos, y de tal modo violentos en sus deseos, que nada les detiene cuando se trata de saciarlos. Son mucho más hospitalarios que los franceses; pero el trato social no consiste para ellos, como para nosotros, en reunirse varios hombres y mujeres de buen ingenio que se recrean conversando. Reúnense como quien va a una fiesta, para ver mucha gente, para gozar con los frutos y los productos raros de Europa y Asia, para oír músicas, para jugar; en fin, para entregarse a las vivas emociones suscitadas por los

objetos exteriores, más bien que a los deleites del ingenio y del alma; reservan la fuerza de su espíritu para la acción, y no para el trato social. Por lo demás, como son poco instruídos en general, las conversaciones serias no les divierten, y no empeñan su amor propio en brillar en ellas a fuerza de ingenio. La poesía, la elocuencia, la literatura no existen en Rusia; el lujo, el poderío y el valor son los principales objetos del orgullo y de la ambición; todas las otras maneras de distinguirse parecen aún vanas y afeminadas a esta nación.

Pero el pueblo es esclavo—se dirá—, ¿cómo puede atribuírsele un carácter? Ciertó; no necesito decir que todas las personas ilustradas desean que el pueblo ruso salga de ese estado, y quien acaso lo desea más es el Emperador Alejandro; pero esta esclavitud de Rusia no se parece en sus efectos a lo que nos imaginamos en Occidente; no hay aquí, como en el régimen feudal, unos vencedores que han impuesto su dura ley a los vencidos; las relaciones de los grandes con el pueblo se parecen más bien a lo que los antiguos llamaban la familia de los esclavos que al estado de los siervos entre los modernos. En Rusia no existe el tercer estado; esto es un grave inconveniente para el progreso de las letras y de las bellas artes, porque, de ordinario, en ese tercer estado es donde las luces se propagan; pero esa falta de intermediarios entre los grandes y el pueblo permite a unos y otros amarse más. La

distancia entre ambas clases parece mayor, porque no hay gradación entre los extremos; pero de hecho están más en contacto, porque no les separa una clase media. Esta organización social es completamente desfavorable para la ilustración de la clase elevada, pero no para la felicidad de la clase baja. Por lo demás, allí donde no hay Gobierno representativo, es decir, en los países donde aún el monarca decreta la ley que ha de ejecutar, los hombres están a menudo más envilecidos por el sacrificio de su razón y de su carácter que en este vasto imperio, donde unas cuantas ideas sencillas de religión y de patria mueven a una gran masa guiada por pocos jefes. La inmensa extensión del imperio ruso hace también que el despotismo de los grandes no pese en detalle sobre el pueblo; en fin, sobre todo, el espíritu religioso y militar dominan de tal modo en la nación, que bien pueden perdonarse muchos errores en consideración a esas dos grandes fuentes de bellas acciones. Un hombre de mucho ingenio decía que Rusia se parece a las obras de Shakespeare, donde todo lo que no es defectuoso es sublime, donde todo lo que no es sublime es defectuoso. Nada más justo que esta observación; pero en la gran crisis que sufría Rusia cuando yo la visité era fuerza admirar la enérgica resistencia y la resignación al sacrificio que manifestaba la nación, y casi no se atrevería uno, al ver tales virtudes, a notar lo que en otras circunstancias hubiese parecido censurable.

CAPITULO XIV

Moscou.

Unas cúpulas doradas anuncian desde lejos Moscou; sin embargo, como la región circundante es llana, igual que toda Rusia, se llega a la gran ciudad sin que su extensión nos impresione. Alguien decía, con razón, que Moscou es una provincia más bien que una ciudad. Vense en ella, en efecto, cabañas, casas, palacios, un bazar como los de Oriente, iglesias, establecimientos públicos, estanques, bosques y parques. La diversidad de costumbres y de naciones de que se compone Rusia se manifiesta en aquel vasto recinto. ¿Queréis, me decían, comprar chales de cachemira en el barrio tártaro? ¿Habéis visto la ciudad china? Asia y Europa se juntaban en la inmensa ciudad. Gozábase en ella más libertad que en Petersburgo, donde la corte tiene que ejercer necesariamente mucha influencia. Los grandes señores establecidos en Moscou no intrigaban para obtener cargos públicos; pero demostraban su patriotismo con inmensos donativos al Estado, ya para establecimientos públicos en tiempos de paz, ya como subsidios durante la guerra. Las colosales fortunas de los grandes señores rusos se emplean en formar colecciones de todo género, en empresas y fiestas copiadas de las *Mil y una noches*, y se pierden también con frecuencia por las desenfrenadas pasiones de sus poseedores. Cuando llegué

a Moscou sólo se hablaba de los sacrificios que se hacían para la guerra. El joven conde de Mononoff levantó un regimiento para el Estado, y quiso servir en él tan sólo como subteniente; la condesa Orloff, amable y con una fortuna asiática, donaba la cuarta parte de sus rentas. Al pasar delante de aquellos palacios rodeados de jardines, donde el espacio se prodiga, en el interior de una ciudad, tanto como en otras partes en el campo, decíanme que el dueño de una de aquellas soberbias viviendas acababa de dar mil campesinos al Estado, y tal otro, doscientos. Costábame trabajo aceptar la expresión *dar hombres*; pero los mismos campesinos ofrecíanse con ardor, y sus señores eran en esta guerra los intérpretes de sus sentimientos.

En cuanto un ruso es soldado, le cortan la barba, y desde tal momento es libre. Queríase que fuesen también considerados libres cuantos sirvieran en la milicia; pero entonces la nación entera se hubiese libertado, porque el alzamiento fué casi en masa. Es de esperar que la liberación tan deseada se realice sin sacudidas; pero mientras tanto valdría más que todos conservasen la barba, porque da mucha fuerza y vigor a la fisonomía. Los rusos de lengua barba no pasan nunca por delante de una iglesia sin hacer la señal de la cruz; su confianza en las imágenes visibles de la religión es conmovedora. Sus iglesias llevan el sello de ese amor al lujo que los rusos deben al Asia; los ornamentos son de oro, plata y rubíes.

Dícese que un hombre propuso en Rusia componer un alfabeto con piedras preciosas y escribir así la Biblia; quien tal propuso conocía muy bien la mejor manera de interesar en la lectura la imaginación de los rusos, la cual no ha mostrado, por lo menos hasta ahora, propensión a las artes ni a la poesía. Los rusos llegan con mucha rapidez en todas las cosas hasta un cierto límite, que ya no rebasan. Los primeros pasos se dan por impulso irreflexivo; continuarlos es obra de la reflexión; los rusos no tienen nada de pueblo del norte, y su capacidad de meditación es hasta ahora muy escasa.

Algunos de los palacios de Moscou son de madera, como de construcción más rápida, para que la natural inconstancia de la nación en todo lo que no es religioso o patriótico pueda satisfacerse cambiando fácilmente de vivienda. Varios de estos hermosos edificios se construyeron sólo para una fiesta; destinados a brillar un solo día, la riqueza del decorado les ha hecho durar hasta esta época de destrucción universal. Gran número de casas están pintadas de verde, de amarillo o de rosa, y esculpidas menudamente.

El Kremlin, ciudadela donde los Emperadores de Rusia se defendían contra los tártaros, está rodeado de una elevada muralla almenada, con torrecillas en los flancos, que, por la singularidad de sus formas, recuerdan más a los alminares turcos que a las fortalezas usadas en Occidente. Aunque el aspecto exterior de los edificios de la

ciudad fuese oriental, la huella del cristianismo reaparecía en las múltiples y muy veneradas iglesias que a cada paso atraían la atención. Moscú hacía pensar en Roma, no porque los monumentos fuesen del mismo estilo, sino porque la contigüidad de magníficos palacios y campiñas solitarias, la grandeza de la ciudad y el infinito número de templos, dan a la Roma asiática cierto parecido con la Roma europea.

En los primeros días de Agosto visité el interior del Kremlin; llegué por la misma escalera que el Emperador Alejandro había subido pocos días antes rodeado de una multitud inmensa que le bendecía y le prometía defender el imperio a toda costa. El pueblo ha cumplido su palabra. Me franquearon primero las salas donde se guardaban las armas de los antiguos guerreros de Rusia; los arsenales de este género son más interesantes en los otros países de Europa. Los rusos no participaron en la vida caballeresca medioeval ni se mezclaron en las cruzadas. En constante guerra con tártaros, polacos y turcos, su espíritu militar se formó en medio de las atrocidades de todo género que llevaba consigo la barbarie de los pueblos asiáticos y la de los tiranos que gobernaban a Rusia. Durante muchos siglos, brilló en este país, no el valor generoso de un Bayardo o de un Percy, sino la valentía fanática e intrépida. En las relaciones sociales, tan nuevas para ellos, no se distinguen los rusos por el espíritu caballeresco, tal como lo entienden los pue-

blos occidentales; pero siempre han sido terribles con sus enemigos. Tales degollinas se han visto en Rusia antes y después del reinado de Pedro el Grande, que la moralidad de la nación, y, sobre todo, la de los grandes señores, tiene que haberse resentido mucho. Los Gobiernos despóticos, cuya única limitación es el asesinato del déspota, acaban por arruinar en la mente de los hombres las nociones de honor y de deber; pero el amor a la patria y la fidelidad a las creencias religiosas han conservado la plenitud de su fuerza en medio de una historia tan sangrienta; nación que posee tales virtudes puede asombrar al mundo.

Desde el antiguo arsenal fuí a visitar los aposentos ocupados antaño por los Zares, donde se guardan las vestiduras que llevaban en la ceremonia de la coronación. Tales aposentos no tienen mérito alguno; pero concuerdan muy bien con la vida dura que llevaban y llevan aún los Zares. Esplendorosa es la magnificencia del palacio de Alejandro; pero el Emperador duerme en tosco lecho y viaja como un oficial cosaco.

En el Kremlin me enseñaron el doble trono que en un principio ocupaban juntos Pedro I y su hermano Ivan. La princesa Sofia, su hermana, colocábase detrás de Ivan y le apuntaba lo que tenía que decir; esta fuerza postiza no resistió mucho tiempo a la fuerza nativa de Pedro I, que a poco reinaba solo. Desde su reinado dejaron los Zares de llevar la vestimenta asiática. La gran peluca del siglo de Luis XIV fué introducida en Rusia

por Pedro I, y, sin menoscabo de la admiración que este grande hombre inspira, hay no sé qué desagradable contraste entre la ferocidad de su genio y la regularidad ceremoniosa de su vestido. ¿Tuvo razón al desarraigar, en cuanto estuvo de su parte, las costumbres orientales de su nación? ¿La tuvo para colocar la capital al Norte y en un extremo de su imperio? Esta importante cuestión aún no está resuelta; a tan vastos pensamientos, sólo los siglos pueden ponerles un digno comentario.

Subí a la torre de la catedral, llamada Ivan-Veliki, desde donde se domina la ciudad; desde allí veía el palacio de los Zares, que conquistaron con sus armas las coronas de Kazan, de Astrakán y de Siberia. Oía los cánticos de la iglesia, en que el *católico* príncipe de Georgia oficiaba en medio de los habitantes de Moscou, formando una unión cristiana de Asia y Europa. Mil quinientas iglesias atestiguaban la devoción del pueblo moscovita.

Los establecimientos comerciales de Moscou tenían carácter asiático; hombres con turbante, vestidos otros con la variedad de trajes del Oriente, mostraban las más raras mercancías; las pieles de Siberia y los tejidos de la India brindaban los placeres del lujo a esos grandes señores cuya imaginación se deleita con las cibelinas de los samoyedos y con los rubíes de los persas. Aquí, el jardín y el palacio Rosamuski encerraban una magnífica colección de plantas y minerales; más

allá estaba la hermosa biblioteca que el conde de Buterlin tardó treinta años en reunir; entre sus libros había algunos anotados por el propio Pedro I. Este grande hombre no sospechó que la misma civilización europea, tan envidiada, iría a devastar los establecimientos de instrucción pública que él fundó en el corazón de su imperio para dar firmeza, mediante el estudio, al espíritu inquieto de los rusos.

Más lejos estaba la Inclusa, una de las instituciones más conmovedoras de Europa; en cada barrio de la ciudad había notables hospitales para todas las clases de la sociedad; en fin, por doquiera se mostraban la beneficencia y las riquezas; no se veían más que edificios de lujo o de caridad, iglesias o palacios, construídos para el bienestar y esplendor de una vasta porción de la especie humana. Vea también el curso sinuoso del Moskowa, río que desde la última invasión de los tártaros no había recibido una gota de sangre en sus ondas. El día era espléndido; el sol parecía recrearse en derramar sus rayos sobre las cúpulas resplandecientes. Pensé en el anciano arzobispo Platón, que acababa de escribir al Emperador Alejandro una carta pastoral, cuyo estilo oriental me había conmovido profundamente; desde los confines de Europa, el arzobispo enviaba una imagen de la Virgen para conjurar, lejos de Asia, al hombre que quería echar sobre los rusos el peso de todas las naciones que había ido encadenando a su paso. Por un momento, pensé que Napoleón

podría pasearse por la misma torre desde donde admiraba yo la ciudad que iba a destruir con su presencia; un momento consideré con qué orgullo reemplazaría Napoleón en el palacio de los Zares al jefe de la gran horda que también logró en otro tiempo apoderarse de él; pero la hermosura del cielo disipó mi temor. Un mes más tarde, la espléndida ciudad estaba hecha ceniza, para que pudiera decirse que todo país aliado una vez con aquel hombre sería arrasado por el fuego de que a su antojo dispone. ¡Pero los rusos y su monarca han rescatado con creces aquel error! El mismo infortunio de Moscou ha regenerado al imperio; la ciudad religiosa ha perecido como un mártir, cuya sangre, al verterse, da fuerzas nuevas a los hermanos que le sobreviven.

El famoso conde Rostopschin, de cuyo nombre están llenos los *Boletines* del Emperador, fué a visitarme y me invitó a comer en su casa. Había sido ministro de Negocios Extranjeros de Pablo I; su conversación era original, y fácilmente se adivinaba que su carácter se mostraría con mucho vigor en cuanto las circunstancias lo reclamasen. La condesa Rostopschin tuvo a bien regalarme un libro que había escrito sobre el triunfo de la Religión, de estilo tan puro como su moral. Fuí a visitar a la condesa en su posesión, dentro de Moscou; para llegar a su casa había que atravesar un lago y un bosque; el propio conde Rostopschin puso fuego a esta casa, una de las residencias más agradables de Rusia, al acercarse el ejército

francés. Un hecho semejante debería despertar cierta admiración, aún entre los enemigos. Sin embargo, el Emperador Napoleón ha comparado a Rostopschin con Marat, olvidando que el gobernador de Moscou sacrificaba sus propios intereses, y que Marat incendiaba las casas ajenas; lo que no deja de ser un poco diferente. Hubiera podido reprocharse al conde Rostopschin haber ocultado demasiado tiempo las malas noticias del ejército, ya porque se engañase a sí mismo, ya porque creyese necesario engañar a los demás. Los ingleses, con la admirable rectitud que distingue todos sus actos, dan cuenta de sus reveses tan verídicamente como de sus triunfos, y el entusiasmo se sostiene en ellos por la fuerza de la verdad, sea la que fuere. Los rusos no pueden aún llegar a esta perfección moral, resultado de una constitución libre.

Ninguna nación civilizada tiene tanto de salvaje como el pueblo ruso; y cuando los grandes tienen energía, se aproximan también a los defectos y cualidades de la naturaleza primitiva y sin freno. Mucho se ha alabado la famosa frase de Diderot: "Los rusos se pudren antes de madurar." No conozco nada más falso; sus mismos vicios, con raras excepciones, no nacen de la corrupción, sino de la violencia. "Un deseo ruso—decía un hombre superior—haría volar una ciudad." El furor y la astucia los dominan alternativamente cuando quieren cumplir un propósito cualquiera, malo o bueno. Su naturaleza no se

ha modificado por la civilización improvisada que les dió Pedro I; hasta ahora sólo ha modificado sus modales; afortunadamente para ellos, siguen siendo lo que llamamos unos bárbaros; es decir, gente guiada por un instinto a menudo generoso, siempre involuntario, que no admite reflexión más que en la elección de los medios, no en el examen del fin; al decir afortunadamente para ellos, no pretendo ensalzar la barbarie; lo que hago es designar con ese nombre cierta energía primitiva, única que en las naciones puede sustituir a la fuerza concentrada de la libertad.

Conocí en Moscou a hombres muy versados en ciencias y letras; pero allí, como en Petersburgo, casi todos los empleos de profesor están desempeñados por alemanes. En Rusia hay gran escasez de hombres instruídos, en cualquier ramo de que se trate; la mayor parte de los jóvenes no van a la Universidad más que para entrar con mayor rapidez en la carrera militar. En Rusia, los empleos civiles confieren una categoría correspondiente a un grado en el ejército; el espíritu de la nación propende enteramente a la guerra; en todo lo demás, administración, economía política, instrucción pública, etc., los otros pueblos de Europa son hasta ahora superiores a Rusia. Sin embargo, los rusos comienzan a ejercitarse en la literatura; la dulzura y sonoridad de su lengua son notables, aún para los que no la comprenden; debe de ser muy apropiada para el canto y la poesía. Pero los rusos, con otros pueblos del Con-

tinente, cometen el error de imitar la literatura francesa, que, por sus mismas cualidades, sólo cuadra a los franceses. Me parece que los rusos deberían derivar sus estudios literarios de los griegos más que de los latinos. Los caracteres del alfabeto ruso, tan semejantes a los del griego, las antiguas relaciones de los rusos con el imperio de Bizancio, sus destinos futuros, que tal vez los llevarán hacia los ilustres monumentos de Atenas y de Esparta, son razones que deben inclinar a los rusos al estudio del griego; pero, sobre todo, hace falta que sus escritores beban la poesía en lo más íntimo y profundo de su alma. Hasta ahora sus obras no pasan, por decirlo así, de sus labios; una nación tan vehemente como ésta no se conmoverá con tan débiles acordes.

CAPITULO XV

Camino de Moscou a Petersburgo.

Me fuí de Moscou con gran pesar. Detúveme un rato en un bosque, próximo a la ciudad, adonde los moscovitas acuden los días de fiesta a bailar en honor del sol, cuyo esplendor es tan breve, aun en Moscou. ¿Cómo será más hacia el Norte? Dícese que, según nos acercamos a Arkangel, hasta los inacabables abedules, cuya monotonía nos cansa, escasean, y que los cuidan como a los naranjos en Francia. Desde Moscou a Petersburgo, el país es un arenal al principio y una charca des-

pués; en cuanto llueve, la tierra se ennegrece, y ya no hay manera de encontrar el camino. Sin embargo, las viviendas de los campesinos denotan por doquiera el bienestar; adornan las casas con columnas; arabescos esculpidos en madera rodean las ventanas. Aunque atravesé el país en verano, sentía la amenaza del invierno, que parecía oculto detrás de las nubes; las frutas, en su madurez precipitada en demasía, eran de gusto agrio; una rosa me emocionaba, como un recuerdo de nuestras hermosas tierras; las flores parecían erguir su cabeza con menos orgullo, como si la helada mano del Norte estuviera ya pronta a arrancársela.

Pasé por Novogorod, que fué hace seis siglos una república asociada a las ciudades anseáticas, y que por mucho tiempo ha conservado un espíritu de independencia republicana. Suele decirse que en Europa no se pidió libertad hasta el siglo pasado; pero la invención moderna es más bien el despotismo. En la misma Rusia, la esclavitud de los campesinos se implantó en el siglo XVI. Hasta el reinado de Pedro I, la fórmula de los ukases decía: "Los boyardos han opinado, el Zar ordenará." Pedro I, aunque bajo muchos respectos hizo a Rusia bienes infinitos, abatió a los grandes y reunió en su cabeza el Poder temporal y el espiritual, a fin de no tropezar con obstáculos en la realización de sus designios. Lo mismo había hecho Richelieu en Francia; por eso Pedro I le admiraba tanto. Sabido es que al contem-

plar su tumba en París, exclamó: "¡Grande hombre! Daría la mitad de mi imperio por aprender de ti a gobernar la otra mitad." El Zar fué en tal ocasión demasiado modesto, porque tenía sobre Richelieu, en primer término, la ventaja de ser un gran guerrero, y, además, el fundador de la marina y del comercio de su país; mientras que Richelieu no hizo más que gobernar tiránicamente en el interior y astutamente en el exterior. Pero volvamos a Novogorod. Ivan Vasiliewitch se apoderó de la ciudad en 1470, y abolió sus libertades; hizo trasladar a Moscou, al Kremlin, la gran campana llamada en ruso *Wetchevoy Kolo-kol*, a cuyo tañido se reunían en la plaza los ciudadanos para deliberar acerca de los intereses públicos. Al perder su libertad, Novogorod vió disminuir diariamente su población, su comercio, sus riquezas; tan asolador es el hálito del poder arbitrario, dice el mejor historiador de Rusia. Todavía hoy presenta la ciudad de Novogorod un aspecto de singular tristeza; su vasto recinto anuncia que la ciudad fué en otro tiempo grande y populosa; pero sólo se ven casas desparramadas, cuyos moradores parecen puestos allí como las figuras implorantes sobre las tumbas. El mismo espectáculo ofrece tal vez ahora aquella hermosa ciudad de Moscou; pero el espíritu público que la ha reconquistado sabrá reconstruirla.

CAPITULO XVI

San Petersburgo.

Desde Novogorod a Petersburgo, casi todo el terreno es una charca, y se llega a una de las ciudades más hermosas del mundo, como si la varita encantada de un mago hiciera surgir las maravillas de Europa y de Asia en el seno del desierto. La fundación de Petersburgo es la mayor prueba del ardimiento de la voluntad rusa, que no conoce imposibles; los alrededores son muy pobres; la ciudad está construída sobre una laguna; los mármoles reposan sobre pilotes; pero al contemplar tan soberbios edificios olvidamos la fragilidad de sus cimientos para meditar en la milagrosa construcción de tan espléndida ciudad en tan escaso tiempo. Este pueblo, que se caracteriza siempre por sus contrastes, lucha con inaudita perseverancia contra la naturaleza o contra los ejércitos enemigos. Frente a la necesidad, siempre han sido los rusos pacientes e invencibles; pero en el curso ordinario de la vida son muy inconstantes. Su entusiasmo no se mantiene mucho tiempo en favor de los mismos hombres ni de los mismos amos; sólo la reflexión puede asegurar la permanencia de los sentimientos y de las opiniones en la calma habitual de la vida, y los rusos, como todos los pueblos sometidos al despotismo, son más capaces de disimulo que de reflexión.

Al llegar a Petersburgo, mi primer sentimiento

fué de gratitud al cielo por verme al borde del mar. Vi ondear en el Neva el pabellón inglés, emblema de la libertad, y sentí que, confiándome al Océano, podía ponerme de nuevo bajo la tutela inmediata de la Divinidad. No es posible sustraerse a la ilusión de creerse más cerca de la mano de la Providencia cuando uno se entrega a los elementos que cuando depende de los hombres, sobre todo del hombre que parece la encarnación del principio del mal en la tierra.

Frente a la casa en que yo vivía en Petersburgo se alza la estatua de Pedro I; le representa a caballo, trepando por una escarpada montaña, rodeado de serpientes que quieren detener los pasos del caballo. Es verdad que las serpientes están allí para sostener la inmensa mole del caballo y del jinete; pero la idea es poco feliz, porque, de hecho, la envidia no es temible para un soberano; sus enemigos no son tampoco los que se arrastran. Pedro I, sobre todo, sólo tuvo que temer durante su vida a los rusos que echaban de menos las antiguas costumbres de su país. De todos modos, la admiración que por él subsiste es prueba del bien que hizo a Rusia, porque los déspotas no tienen aduladores cien años después de muertos. En el pedestal de la estatua se lee: "A Pedro I, Catalina II." Esta inscripción, orgullosa a pesar de su sencillez, tiene el mérito de ser verdad. Los dos grandes soberanos elevaron muchísimo la altivez rusa; inculcar en el ánimo de una nación la persuasión de que es invencible, es hacerla tal, en

efecto, por lo menos en su propio suelo; porque la conquista es un azar que acaso depende más de las faltas de los vencidos que del genio del vencedor.

Afirmase con razón que en Petersburgo no se puede decir de una mujer que es tan vieja como las calles; ¡tan moderna es la ciudad! Los edificios conservan una blancura deslumbradora, y de noche, alumbrados por la luna, parecen grandes fantasmas blancos que miran inmóviles el curso del Neva. No sé en qué consiste la belleza particular de este río; pero jamás he visto otro de ondas tan lípidas. Unos muelles de granito de treinta verstas de longitud bordean el río, y esta magnificencia del trabajo humano es digna del agua transparente que decora. Si Pedro I hubiera encauzado tales trabajos hacia el Sur del Imperio, no habría creado la marina que deseaba; pero se hubiera tal vez conformado mejor al carácter de su nación. Los rusos habitantes de Petersburgo parecen un pueblo meridional condenado a vivir en el Norte, que se esfuerza en luchar contra un clima opuesto a su naturaleza. La gente del Norte es de ordinario muy casera y temerosa del frío, precisamente porque es su enemigo de todos los días. Las gentes del pueblo, entre los rusos, no han adquirido tales costumbres; los cocheros esperan diez horas a la puerta durante el invierno, sin quejarse; se acuestan sobre la nieve, debajo de los coches, y trasladan las costumbres de los lazzaroni de Nápoles al grado 60 de latitud. Vé-

selos tumbados en los escaños de las escalinatas, tan a gusto como los alemanes sobre mullidas plumas; a veces se duermen de pie con la cabeza apoyada contra la pared. Tan pronto indolentes como impetuosos, se entregan alternativamente al sueño o a increíbles fatigas. Algunos se embriagan, diferenciándose en esto de los pueblos del mediodía, que son muy sobrios; pero los rusos también lo son, y por modo increíble, cuando las dificultades de la guerra lo exigen.

Los grandes señores rusos ostentan a su modo los gustos de los habitantes del mediodía. Deben visitarse las casas de campo que han construído en medio de una isla que forma el Neva dentro del recinto de Petersburgo. Plantas meridionales, perfumes de Oriente, divanes de Asia, embellecen estas viviendas. Inmensas estufas, donde maduran frutos de todos los países, forman un clima artificial. Los dueños de esos palacios no quieren perder el más mínimo rayo de sol, mientras brilla sobre su horizonte, y le festejan como a un amigo a punto de ausentarse, a quien conocieron antaño en más venturosas comarcas.

Al día siguiente de mi llegada comí en casa de uno de los negociantes mejor reputados de la ciudad; ejercía la hospitalidad a la rusa, es decir, colocando una bandera sobre el techo de su casa, en señal de que se quedaba a comer en ella; esta invitación bastaba a todos sus amigos. Nos dió de comer al aire libre, por gozar de uno de aquellos pobres días de verano, de los que aún

quedaban varios, a los que con dificultad daríamos ese nombre en el Sur de Europa. Era muy agradable el jardín, embellecido por árboles y flores; pero a cuatro pasos de la casa comenzaban el desierto o la laguna. La naturaleza, en los alrededores de Petersburgo, parece un enemigo que recupera sus derechos en cuanto el hombre cesa un solo instante de luchar contra él.

A la mañana siguiente fuí a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán, edificada por Pablo I, según el modelo de San Pedro de Roma. El interior de la iglesia, decorado con gran número de columnas de granito, es de gran belleza; pero el edificio mismo desagrada precisamente porque recuerda a San Pedro, y difiere de él tanto como quisieron imitarlo. No puede hacerse en dos años lo que costó un siglo a los primeros artistas del universo. Los rusos intentan sobreponerse por la rapidez al tiempo y al espacio; pero el tiempo sólo conserva lo que él mismo funda, y las bellas artes, aunque tengan por primera fuente la inspiración, no pueden prescindir del trabajo reflexivo.

Desde Nuestra Señora de Kazán fuí al convento de San Alejandro Newsky, lugar consagrado a uno de los héroes soberanos de Rusia, que extendió sus conquistas hasta las márgenes del Neva. La Emperatriz Isabel, hija de Pedro I, mandó construir en su honor un ataúd de plata, sobre el que es costumbre depositar una moneda como prenda de la petición que se encomienda al santo.

El sepulcro de Suvarow está en ese convento de Alejandro, y no tiene más ornamento que su nombre; es bastante para él, mas no para los rusos, a quienes prestó grandes servicios. Por lo demás, esta nación es tan militar, que se asombra menos que otras de las proezas de esa índole. Las familias más ilustres de Rusia han construído sus panteones en el cementerio contiguo a la iglesia de Newsky; pero ninguno de esos monumentos es digno de nota; no son bellos desde el punto de vista del arte, ni impresionan nuestra imaginación con ninguna idea grande. Es verdad que el pensamiento de la muerte causa poco efecto a los rusos; sea valor, sea inconstancia de sus impresiones, su carácter se presta poco a las tribulaciones duraderas; son más capaces de superstición que de emoción; la superstición atañe a esta vida, y la religión a la otra; la superstición está ligada a la fatalidad, y la religión a la virtud; la viveza de los deseos terrenales nos hace supersticiosos, y, por el contrario, el sacrificio de tales deseos nos hace religiosos.

El señor de Romanzoff, ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, me colmó de amabilísimas cortesías; a pesar mío, pensaba yo que este ministro, tan compenetrado con el sistema del Emperador Napoleón, hubiera debido retirarse, a la manera de los ministros ingleses, cuando tal sistema fué desechado. Sin duda, en una Monarquía absoluta, la voluntad del amo lo explica todo; pero la dignidad de un primer ministro exige tal vez

que no salgan de una misma boca palabras contradictorias. El soberano representa al Estado, y el Estado puede cambiar de política cuando las circunstancias lo reclaman; pero el ministro no es más que un hombre, y, en cuestiones de tal importancia, un hombre no debe tener más que una opinión en el curso de su vida. Las maneras del señor de Romanzoff son de insuperable cortesía, y nobilísimo su modo de recibir a los extranjeros. Estaba yo con él, cuando anunciaron al enviado de Inglaterra, lord Tirconnel, y al almirante Bentinck, ambos de notable presencia; eran los primeros ingleses que reaparecían en el continente, de donde los había expulsado la tiranía de un solo hombre. Después de diez años de terrible lucha, después de diez años durante los que, en los triunfos y en los reveses, los ingleses habían permanecido siempre fieles a su conciencia, brújula de su política, volvían al fin al país que primeramente se emancipaba de la Monarquía universal. Su sencillez, su tono, su altivez, restauraban en el alma el sentimiento de lo verdadero, enturbiado por Napoleón, en aquellos que sólo leen sus periódicos o escuchan sólo a sus agentes. No sé siquiera si los adversarios de Napoleón en el continente, rodeados como están de continuo por una opinión falsa, que los aturde sin descanso, podrán dejarse llevar con serenidad de sus propios sentimientos. Juzgando por mí, sé que muchas veces, después de escuchar los consejos de prudencia o de bajaesa que nos co-

roen en la atmósfera bonapartista, no sabía ya qué pensar de mi opinión propia; mi sangre me prohibía renunciar a ella; pero no siempre bastaba mi razón para defenderme de tantos sofismas. Por eso sentí una viva emoción al oír de nuevo la voz de Inglaterra, con la que casi siempre hay seguridad de hallarse de acuerdo, cuando trata uno de merecer la estimación propia y la de las personas de bien.

Al día siguiente, el conde Orloff me invitó a pasar el día en la isla que lleva su nombre. Es la más agradable de todas las del Neva; las encinas, producción rara en este país, sombrean el jardín. El conde y la condesa Orloff emplean su fortuna en recibir a los extranjeros con tanta facilidad como magnificencia; se encuentra uno en su casa tan a gusto como en un retiro campestre, y se disfruta de todo el lujo de las ciudades. El conde Orloff es uno de los grandes señores más instruídos de Rusia; su amor a su país es de tal profundidad, que conmueve sin remedio. El primer día que pasé en su casa acababa de proclamarse la paz con Inglaterra; era domingo; en su jardín, abierto aquel día a los paseantes, veíase gran número de esos comerciantes barbudos que conservan en Rusia el traje de los mujiks, es decir, de los campesinos. Varios de ellos se agruparon para escuchar la orquesta del conde Orloff, que es excelente; oímos la canción inglesa *God save the King*—Dios proteja al rey—, canto de la libertad en un país donde el monarca es el primer

guardián de ella. Estábamos todos conmovidos, y aplaudimos aquel himno nacional en nombre de todos los europeos; porque ya no hay más que dos clases de hombres en Europa: los servidores de la tiranía y los que la odian. El conde Orloff se acercó a los comerciantes rusos, y les dijo que se festejaba la paz de Inglaterra con Rusia; entonces hicieron la señal de la cruz, y dieron gracias al cielo porque el mar quedaba de nuevo libre para ellos.

La isla de Orloff está en el centro de todas las que los grandes señores de Petersburgo y el Emperador y la Emperatriz mismos han escogido para su residencia estival. No lejos de allí está la isla Strogonoff, cuyo rico propietario había llevado a ella antigüedades griegas de gran valor. Su casa estaba abierta todos los días de su vida, y el que una vez era presentado en ella podía volver cuando quisiera. Nunca invitaba a comer o a cenar para día determinado; era cosa convenida que todos los presentados fuesen bien recibidos siempre; a menudo no conocía ni a la mitad de las personas que comían con él; pero le agradaba esta hospitalidad suntuosa, como cualquier otro género de magnificencia. Muchas casas en Petersburgo siguen, sobre poco más o menos, igual costumbre; es fácil deducir de esto que aquí no existe el placer de la conversación tal como en Francia lo entendemos; las reuniones son demasiado numerosas para que pueda entablarse un coloquio de alguna fuerza. Las personas de la

buena sociedad son perfectas en los modales; pero los nobles no tienen instrucción suficiente, ni reina confianza bastante entre personas sometidas al influjo de una Corte y de un Gobierno despóticos, para que puedan conocerse los encantos de la intimidad.

La mayor parte de los grandes señores de Rusia se expresan con tanta gracia y moderación, que, a menudo, podemos forjarnos ilusiones acerca del grado de ingenio y de conocimientos de las personas con quienes hablamos. Los comienzos son casi siempre de hombre o de mujer de mucho ingenio; pero a veces también, a la larga, no se pasa del comienzo. En Rusia no hay costumbre de descubrir en la conversación el fondo del alma; hasta hace poco era tal el temor a los Zares, que aún no se ha habituado la gente a la discreta libertad debida al carácter de Alejandro.

Algunos nobles rusos han tratado de brillar en literatura, y han dado pruebas de talento en esa aplicación; pero, como las luces están poco extendidas, no existe una opinión pública formada por las opiniones particulares. El carácter de los rusos es tan apasionado, que las ideas, a poco abstractas que sean, no gustan; sólo les divierten los hechos; aún no han tenido tiempo ni gusto para reducir los hechos a ideas generales. Por otra parte, cualquier pensamiento de alguna significación es siempre más o menos peligroso en una Corte donde todos se observan, y donde, la mayoría de las veces, se envidian.

El silencio de Oriente se transforma aquí en palabras amables; pero que no penetran de ordinario hasta el fondo de las cosas. Esta atmósfera brillante, que disipa agradablemente la vida, es grata por un momento; pero, a la larga, ni instruye ni desenvuelve las facultades del entendimiento, y los hombres que pasan así el tiempo no adquieren capacidad alguna para el estudio ni para la política. No ocurría así en la sociedad de París, donde hemos visto hombres formados tan sólo por los coloquios agudos o serios que la reunión de los nobles y los literatos suscitaba.

CAPITULO XVII

La Familia Imperial.

Llegué por fin a ver al monarca, absoluto por las leyes y por las costumbres, y tan moderado por inclinación natural. Me presentaron primero a la Emperatriz Isabel, que me pareció el ángel protector de Rusia. Es muy reservada en sus modales; pero todo cuanto dice está lleno de vida, y sus sentimientos y opiniones se templan en el crisol de sus generosos pensamientos. Al escucharla me conmoví, por no sé qué indecible prestigio que no venía de su grandeza, sino de la armonía de su alma; hacía ya mucho tiempo que no veía yo concordés el poder y la virtud. Hablando estaba yo con la Emperatriz, cuando la puerta se abrió, y el Emperador Alejandro me dispensó

la honra de acercarse a hablar conmigo. Lo que más me impresionó en él al pronto fué una expresión de bondad y dignidad tal, que ambas cualidades parecían inseparables, como si hubiera hecho de ellas una sola. Me impresionó también mucho la noble sencillez con que abordó los grandes problemas de Europa desde las primeras palabras que tuvo a bien dirigirme. El miedo a tratar de cuestiones serias que han imbuído a la mayor parte de los soberanos de Europa, me ha parecido siempre signo de mediocridad; temen pronunciar palabras que signifiquen algo real. El Emperador Alejandro, por el contrario, habló conmigo como hubieran podido hacerlo los hombres de Estado ingleses, que ponen su fuerza en sí mismos y no en las barreras que puedan rodearlos. El Emperador Alejandro, a quien Napoleón ha querido rebajar en el aprecio público, es hombre de notable entendimiento, muy instruído, y creo que no podrá encontrar en su imperio un ministro que valga más que él en lo tocante al juicio y dirección de los asuntos de Gobierno. No me ocultó que lamentaba la admiración a que se había dejado arrastrar en sus tratos con Napoleón. El abuelo de Alejandro sintió también gran entusiasmo por Federico II. En el género de ilusión que inspira un hombre extraordinario hay siempre un motivo generoso, cualesquiera que sean los males que resulten de ella. El Emperador Alejandro pintaba, no obstante, con mucha sagacidad el efecto que le habían causado sus con-

versaciones con Bonaparte, en las que éste decía cosas muy opuestas, como para suscitar la admiración con cada una, sin dejar paso a la consideración de que eran contradictorias. Me refirió también las lecciones de maquiavelismo que Napoleón había creído conveniente darle. "Mirad—le había dicho—, yo tengo mucho cuidado en indisponer a mis generales y a mis ministros entre sí, para que los unos me descubran las faltas de los otros; mantengo en torno mío una rivalidad continua por el modo de tratar a los que me rodean; cada día se cree preferido uno, y nunca puede nadie estar seguro de mi favor." ¡Cuán vulgar e inmoral es esta teoría! ¡No habrá alguna vez un hombre superior a este que demuestre su inutilidad? Sería conveniente para la sagrada causa de la moral que ésta acompañara y favoreciera de modo ostensible los grandes triunfos en la escena del mundo; quien siente la plena dignidad de esa causa, sacrifica gustoso por ella todos los triunfos posibles; pero también habría que demostrar a los presuntuosos que ven en los vicios del alma un signo de profundidad de pensamiento, que si algunas veces el entendimiento acompaña a la inmoralidad, la virtud es un don del genio. Al convencerme de la buena fe del Emperador Alejandro en sus relaciones con Napoleón, me convencí también de que no seguiría el ejemplo de los desdichados soberanos de Alemania, y que no firmaría la paz con quien es tan enemigo de los pueblos como de los reyes. Un alma noble

no se deja engañar dos veces por la misma persona. Alejandro otorga y retira su confianza después de madura reflexión. Su juventud y su pres-tancia fueron las únicas causas que en los co-mienzos de su reinado le atrajeron la mala repu-tación de ligerezas; pero es tan serio como pueda serlo un hombre que haya conocido el infortunio. Alejandro me dijo lo mucho que sentía no ser un gran capitán; a esta noble modestia respondí que un soberano era más raro que un general, y que sostener con el ejemplo el espíritu nacional era ganar la batalla más importante de todas, la primera de ese género que se había ganado. El Emperador habló con entusiasmo de su nación y de lo mucho que es capaz de hacer. Manifestó el deseo, conocido de todos, de mejorar la situación de los campesinos sometidos a la esclavitud. “Señor—le dije yo—, vuestro carácter vale por una constitución, y vuestra conciencia es su garantía.” “Aunque así fuese—me respondió—, no soy más que un accidente venturoso.” Hermosas palabras, las primeras de ese género que, a mi parecer, ha pronunciado un monarca absoluto. ¡Cuánta vir-tud necesita un déspota para ser juez del despo-tismo! ¡Y cuántas virtudes hacen falta para no abusar del poder cuando la nación gobernada se asombra casi de tan insólita moderación!

En Petersburgo, sobre todo, los grandes seño-res tienen menos liberalidad de principios que el Emperador. Acostumbrados a ser los amos abso-lutos de los campesinos, quieren que el monarca,

a su vez, sea omnipotente, para mantener la jerarquía del despotismo. La clase media no existe aún en Rusia, pero ya empieza a formarse; los hijos de los sacerdotes, los de los negociantes, algunos campesinos que han obtenido de sus señores la libertad de consagrarse al arte, pueden considerarse como un tercer estado. La nobleza rusa, además, no se parece a la de Alemania y Francia; en Rusia es noble todo el que posee un grado militar. Sin duda, las grandes familias, como los Narischkin, los Dolgoruki, los Gallitzin, etcétera, estarán siempre en primera línea en el Imperio; pero no es menos cierto que los privilegios aristocráticos pertenecen a hombres ennoblecidos por la voluntad del príncipe, y toda la ambición de los burgueses consiste en que sus hijos sean oficiales, para que ingresen en la clase privilegiada. De aquí se sigue que la educación de los jóvenes concluye a los quince años; se precipitan en la carrera militar lo antes posible, y desdeñan lo demás. Cierto que no es este el momento de censurar un orden de cosas que ha producido tan hermosa resistencia; si los tiempos fuesen más tranquilos, podría decirse con verdad que, en el orden civil, hay grandes lagunas en la administración interior de Rusia. La nación tiene energía y grandeza; pero en el Gobierno y en la conducta privada de los individuos faltan a menudo orden e ilustración. Pedro I, al introducir en Rusia la civilización europea, proporcionó indudablemente a su país grandes ventajas; pero se

las hizo pagar con el establecimiento de un despotismo preparado por su padre y consolidado por él. Catalina II, por el contrario, templó el poder despótico que encontró establecido. Si las circunstancias políticas de Europa trajesen la paz, es decir, si dejase de ser un solo hombre el dispensador del mal sobre la tierra, veríamos a Alejandro ocupado únicamente en el mejoramiento de su país, y en buscar por sí mismo las leyes que asegurasen a Rusia la felicidad con que ahora sólo puede contar durante la vida de su actual dueño.

Visité después a la respetable madre del Emperador, una princesa a quien la calumnia no ha podido nunca imputar sentimientos que no estuviesen dedicados a su esposo, a sus hijos, o a los infelices a quienes protege. Más adelante contaré cómo dirige este imperio caritativo, que ejerce en medio del imperio omnipotente de su hijo. Vive en el palacio de Tauride, y para llegar a su aposento hay que atravesar una sala edificada por el príncipe Potemkin; esta sala es de incomparable grandeza; un jardín de invierno ocupa parte de ella, y se ven las plantas y los árboles por entre las columnas que forman el recinto central. En esta vivienda todo es colosal. El príncipe que la edificó tenía ideas tan extrañas como gigantescas. Construyó ciudades en Crimea, tan sólo porque la Emperatriz las viese a su paso. Mandaba asaltar una fortaleza para agradar a una hermosa dama, la princesa Dolgoruki, que le había

desdeñado. Gracias al favor de su soberana, el príncipe se mostró tal como fué; pero en la mayor parte de los grandes hombres de Rusia, como Menzikoff, Souvarow, el mismo Pedro I, y anteriormente Ivan Basiliewitch, se descubre un temperamento fantástico, violento e irónico a la vez. El ingenio era para ellos un arma, más que un placer; su guía era la imaginación. En su carácter hallábanse reunidas la generosidad y la barbarie, pasiones desenfrenadas y religión supersticiosa. Aun hoy, la civilización no ha penetrado hasta el fondo en Rusia, ni siquiera en los grandes señores; imitan en lo exterior a los demás pueblos, pero son enteramente rusos de alma; en esto consiste su fuerza y su originalidad, porque el amor a la patria es, después del amor a Dios, el sentimiento más hermoso que los hombres pueden albergar. Para que la patria inspire un amor violento, es necesario que se distinga con fuerza de los países que la rodean; los pueblos que se diferencian de otros por leves matices, o que están divididos en varios Estados distintos, no se consagran con verdadera pasión a la asociación convencional que designan con el nombre de patria.

CAPITULO XVIII

Costumbres de los grandes señores rusos.

Fuè a pasar un día en la casa de campo del señor de Narischkin, gran chambelán de la Corte, hombre amable, de trato cortés y fácil, pero que

no sabe vivir más que en continua fiesta; en él se descubre claramente la vivacidad en los gustos que explica los defectos y las cualidades de los rusos. La casa del señor de Narischkin está siempre abierta para sus amigos, y cuando sólo tiene veinte invitados, le parece que vive en una soledad de filósofo, y se aburre. Servicial con los extranjeros, siempre en movimiento, tiene, sin embargo, toda la capacidad de reflexión necesaria para conducirse bien en la Corte; ávido de los goces de la imaginación, sólo encuentra esos placeres en las cosas, nunca en los libros; impaciente en todas partes, menos en la Corte, espiritual cuando le conviene serlo, suntuoso más bien que ambicioso, busca en todo cierta grandeza asiática, en que la fortuna y el rango destacan mucho más que las cualidades inherentes a la persona. Su casa de campo es todo lo agradable que una naturaleza creada por la mano del hombre puede serlo; todo el país circundante es árido y pantanoso; aquella residencia es un oasis. Desde la azotea se ve el golfo de Finlandia, y se vislumbra en la lejanía el palacio que Pedro I mandó construir en la costa; pero el terreno que hay hasta el mar y el palacio está casi inculto, y el parque del señor Narischkin es el único regalo que encuentran los ojos. Comimos en la casa de los Moldavos, es decir, en una sala construída según el gusto de estos pueblos; estaba dispuesta para defenderse del calor del sol, precaución harto inútil en Rusia. Sin embargo, la imaginación se

aferra de tal modo a la idea de que el pueblo ruso vive en el Norte por puro azar, que parece natural volver a encontrar allí las costumbres del Mediodía, como si más tarde o más temprano los rusos hubieran de trasladar a Petersburgo el clima de su antigua patria. Frutas de todos los países cubrían la mesa, según la costumbre oriental de no mostrar en aquélla más que ese manjar, mientras que una multitud de servidores presentan a cada invitado las verduras y las carnes necesarias para su alimento.

Oímos después una música de trompas, peculiar de Rusia, de la que se ha hablado mucho. De veinte músicos, a cada uno le está encomendada una sola nota que repite siempre que la obra lo requiere; así, cada uno de estos hombres lleva el nombre de la nota que está encargado de ejecutar. Viéndolos pasar se dice: éste es el *sol*, el *mi* o el *re* del señor de Narischkin. Las trompas van engrosando de una en otra fila; alguien ha llamado con razón a este conjunto un órgano viviente. Desde lejos, el efecto es muy hermoso; la precisión y pureza de la armonía despiertan muy nobles pensamientos; pero el placer disminuye al acercarse a los pobres músicos que están allí como tubos, emitiendo un sonido sin poder participar en la emoción que producen; no es agradable ver transformadas las bellas artes en artes mecánicas, susceptibles de ser enseñadas a la fuerza, como el ejercicio.

Unos habitantes de Ucrania, vestidos de rojo,

vinieron después a cantar aires de su país, sumamente agradables, unos alegres, otros melancólicos, a veces las dos cosas al mismo tiempo. Estas canciones acababan a veces bruscamente en la mitad de la melodía, como si la imaginación de estos pueblos se fatigara antes de terminar lo que al pronto le agradaba, o como si le pareciera más sabroso destruir el encanto en el momento mismo de su mayor efecto. Así, la sultana de las *Mil y una noches* interrumpe su relato cuando el interés es más vivo.

En medio de tantas diversiones, el señor de Narischkin propuso un brindis por el triunfo de las armas rusas e inglesas reunidas, y en el mismo instante dió la señal a su artillería, casi tan ruidosa como la de un soberano. La embriaguez de la esperanza se apoderó de todos los invitados; yo me sentí bañada en lágrimas. Fuerte cosa que un tirano extranjero me redujese a desear la derrota de los franceses. “Deseo—dije yo entonces—la caída del opresor de Francia y de Europa, porque los verdaderos franceses triunfarán si es vencido.” Los ingleses y los rusos, el señor de Narischkin el primero, aprobaron mi parecer, y el nombre de Francia, semejante en otro tiempo al de Armida, se oyó de nuevo con benevolencia por los caballeros de Oriente y del mar que iban a combatir contra ella.

Los grandes señores rusos crían en sus palacios algunos kalmucos de facciones aplastadas, como para conservar algún ejemplar de aquellos

tártaros vencidos por los esclavones. Por el palacio Narischkin corrían dos o tres kalmucos semi-salvajes. Son bastante agradables en la infancia, pero a los veinte años pierden el encanto juvenil; testarudos, a pesar de ser esclavos, divierten a sus amos con su resistencia, como una ardilla que forcejea tras los hierros de una jaula. Es penoso contemplar tales ejemplares de la especie humana envilecida; me parecía estar viendo, en medio de todas las pompas del lujo, una imagen de lo que puede ser el hombre cuando ni la religión ni las leyes le dignifican; tal espectáculo abatía el orgullo que pueden inspirar los goces de la fortuna.

Unos carruajes de paseo muy largos, tirados por magníficos caballos, nos llevaron al parque después de comer. Era a fines de agosto; sin embargo, el cielo estaba pálido, y el verdor de las praderas era casi artificial, porque sólo se conservaban a fuerza de cuidados. Las mismas flores parecían un goce aristocrático, por lo mucho que cuesta lograrlas. No se oía el piar de los pájaros en las arboledas; no se fiaban de un verano tan fugaz; tampoco se veía ganado en las praderas, para que no destrozaran las plantas que tanto trabajo costaba cultivar. El agua fluía trabajosamente, y tan sólo con ayuda de las máquinas que la llevaban al jardín; todo este paisaje parecía una decoración que iba a desaparecer en cuanto los espectadores se marcharan. Nuestros carruajes se detuvieron ante unos pabellones que

representaban un campamento tártaro; allí se reunieron todos los músicos, y nuevamente comenzaron a tocar; el ruido de las trompas y de los címbalos ahuyentaba el pensamiento. Para acabar de aturdirse mejor, los rusos imitaban durante el verano la rapidez de los trineos, que les sirve de consuelo en el invierno; con la velocidad de un relámpago se deslizaban sobre unas tablas desde lo alto de una montaña de madera. Hombres y mujeres se divertían mucho en este juego, por el que participaban un poco en los placeres de la guerra, que consisten en la emoción del peligro y en la viva prontitud de los movimientos. Casi todos los días se renovaban estas escenas, que a mí me parecían de una fiesta, y así se pasaba el tiempo. La mayor parte de las grandes casas de Petersburgo viven, con poca diferencia, de igual modo; como se ve, no hay que buscar en ellas coloquio alguno de interés; la instrucción es inútil en una sociedad de esta índole; pero cuando se pone empeño en reunir un gran número de personas, estas fiestas son, después de todo, el único modo de evitar el aburrimiento que produce una multitud congregada en los salones.

Y en todo este estrépito, ¿qué es el amor?—preguntarían las italianas, que apenas encuentran en la vida de sociedad otro interés que el gusto de ver al hombre de quien desean ser amadas. He pasado en Petersburgo muy poco tiempo para formarme cabal idea de lo que ocurre en el interior de las familias; sin embargo, me ha

parecido, por un lado, que hay muchas más virtudes domésticas de lo que me habían dicho; pero que, de otro, el amor sentimental es muy poco conocido. Las costumbres de Asia, que aquí reaparecen a cada paso, hacen que las mujeres no se ocupen para nada del interior de su casa; el marido lo dirige todo; la mujer no hace más que adornarse con sus regalos y recibir a quien él invita. El respeto a las buenas costumbres es ahora en Petersburgo mucho mayor que en tiempo de aquellos soberanos y soberanas que depravaban a la opinión con su ejemplo. Las dos Emperatrices actuales suscitan el amor a las virtudes de que son modelo. Sin embargo, en este respecto, como en otros muchos, los principios de la moral no están sólidamente asentados en la cabeza de los rusos. El ascendiente del Zar ha sido siempre tan fuerte, que de un reinado a otro pueden cambiar las máximas sobre todos los asuntos. Los rusos, tanto los hombres como las mujeres, ponen de ordinario en el amor su impetuosidad característica; pero su versatilidad los lleva también a renunciar fácilmente al objeto elegido. Hay un cierto desarreglo de la imaginación, que no permite ser feliz con lo duradero. La cultura del espíritu, que, mediante la poesía y las bellas artes, multiplica el sentimiento, es muy rara entre los rusos, y en estas naturalezas fantásticas y vehementes, el amor es una fiesta o un delirio, más bien que un afecto profundo y reflexivo. La buena sociedad en Rusia es, pues, un perpetuo

torbellino; quizá la extremada prudencia a que hay que acostumbrarse bajo un Gobierno despótico hace que a los rusos les agrade sobremanera el no verse expuestos a hablar, arrastrados por la conversación, de asuntos de alguna importancia. La falta de veracidad de que se les acusa debe atribuirse a esa reserva que, bajo diferentes reinados, les ha sido harto necesaria. Los refinamientos de la civilización alteran en todos los países la sinceridad del carácter; pero cuando el soberano tiene el poder ilimitado de desterrar, encarcelar o relegar a Siberia, su poderío es demasiado fuerte para la naturaleza humana. Hubieran podido encontrarse hombres con altivez suficiente para desdeñar la privanza; mas para desafiar la persecución hay que ser un héroe, y el heroísmo no puede ser cualidad universal.

Ya se sabe que ninguna de estas reflexiones se aplica al Gobierno actual, puesto que su jefe es, como Emperador, perfectamente justo, y como hombre, de singular generosidad. Pero los súbditos conservan los defectos de la esclavitud aun mucho tiempo después que el soberano mismo quisiera quitárselos. Sin embargo, la guerra ha mostrado las muchas virtudes que poseían los rusos, incluso los de la corte. Cuando yo estaba en Petersburgo, apenas veía hombres jóvenes en sociedad; todos se habían marchado al ejército. Hombres casados, hijos únicos, nobles de inmensa fortuna, servían como simples voluntarios, y cuando vieron sus tierras y sus casas devastadas no

pensaron en lo que perdían más que para vengarse, no para capitular con el enemigo. Tales cualidades pesan mucho más que cuantos abusos, desórdenes e irregularidades hayan podido acarrear una administración defectuosa, una civilización reciente y unas instituciones despóticas.

CAPITULO XIX

Establecimientos de instrucción pública.—Instituto de Santa Catalina.

Fuimos a visitar el gabinete de Historia Natural, notable por las producciones de Siberia. Las pieles de este país han excitado la avidez de los rusos, como las minas de oro de Méjico la de los españoles. Hubo un tiempo en Rusia durante el que la moneda empleada para el cambio eran las pieles de marta o de ardilla; tan universal era la necesidad de defenderse de las heladas. Lo más curioso en el Museo de Petersburgo es una rica colección de osamentas de animales antediluvianos, y en particular los restos del mammoth gigantesco, encontrado casi intacto entre los hielos de Siberia. Según las observaciones geológicas, parece que el mundo tiene una historia mucho más antigua que la que nosotros conocemos; en todas las cosas asusta el infinito. Ahora, los habitantes y los animales de aquel confín del mundo habitado están como penetrados por el frío en que agonizó la naturaleza a unas cuantas leguas

más allá de esa comarca. El color de los animales se confunde con el de la nieve; la tierra parece perderse en los hielos y nieblas en que termina este bajo mundo. Me impresionó el aspecto de los habitantes del Kanchatka, perfectamente imitados en el Museo de Petersburgo. Los sacerdotes de aquel país, llamados *shamanes*, son una especie de improvisadores. Llevan por encima de una túnica de corteza de árbol una red de acero, a la que están unidos varios pedazos de hierro, que producen un ruido muy grande en cuanto el improvisador se agita. Tienen momentos de inspiración, muy parecidos a un ataque de nervios, e impresionan al pueblo, valiéndose de la brujería más que del talento. La imaginación en países tan tristes apenas se hace notar más que por el miedo, y la tierra misma parece rechazar al hombre, infundiéndole pavor.

Visité después la ciudadela, en cuyo recinto está la iglesia donde reposan los féretros de todos los soberanos, desde Pedro el Grande. Estos féretros no están encerrados en sarcófagos; están expuestos como en el día de los funerales; se cree uno mucho más cerca de estos muertos, de quienes sólo nos separa, el parecer, unas simples tablas. Cuando Pablo I subió al trono hizo coronar los restos de su padre, Pedro III, que, por no haber recibido este honor en vida, no podía ser depositado en la ciudadela. Por orden de Pablo I se renovó la ceremonia del entierro de su padre y de Catalina II, su madre. Ambos fueron expues-

tos de nuevo; y de nuevo también, cuatro chambelanes guardaron sus cuerpos como si hubiesen muerto el día antes; los dos féretros están colocados el uno al lado del otro, obligados a vivir en paz bajo el imperio de la muerte. Varios de los soberanos que han poseído el poder despótico transmitido por Pedro I, han sido sangrientamente destronados por una conjuración. Los mismos cortesanos que no se atreven a decir a su amo la más inocente verdad, saben conspirar contra él; un disimulo profundo acompaña necesariamente a ese género de revolución política, pues hay que seguir colmando de respeto al mismo a quien se intenta asesinar. Sin embargo, ¿qué sería de un país gobernado despóticamente si el tirano que está sobre las leyes no tuviese nada que temer de los puñales? Esta horrible alternativa muestra por sí sola lo que son unas instituciones en las que hay que contar con el crimen como contrapeso del Poder.

Rendí a Catalina II el homenaje de ir a visitar su casa de campo (Sarskozeło). Este palacio y su jardín están dispuestos con mucho arte y magnificencia; pero, aunque estábamos apenas a primeros de septiembre, el aire era ya muy frío, y ofrecían un contraste singular las flores del Mediodía agitadas por el viento del Norte. Todos los rasgos que se cuentan de Catalina II como soberana despiertan admiración; yo no sé si los rusos no le deben más que a Pedro I la feliz persuasión de ser invencibles, persuasión que tanto

ha contribuído a sus triunfos. El hechizo mujerial templaba la acción del poder; en los triunfos que le ofrendaban mezclábase una galantería caballeresca. Catalina II poseía en grado sumo el buen sentido de gobierno; un entendimiento más brillante que el suyo se hubiera parecido menos al genio; su elevada razón inspiraba profundo respeto a los rusos, que desconfían de su imaginación propia y desean ser dirigidos con cordura. Contiguo a Sarskozelo está el palacio de Pablo I, vivienda encantadora, obra maestra del talento y del buen gusto de la Emperatriz viuda y sus hijas. Este lugar recuerda la admirable paciencia de esa madre y de sus hijas, que por nada del mundo han abandonado sus virtudes domésticas.

Me dejé llevar de los goces que me causaban los objetos nuevos que veía a diario, y, no sé cómo, llegué a olvidarme de la guerra de que pendía la suerte de Europa; me causaba tan vivo placer oír expresar a todo el mundo las mismas opiniones tanto tiempo ahogadas por mí en el fondo del alma, que me parecía que ya nada había que temer, y que la fuerza de tales verdades, una vez conocidas, era irresistible. Sin embargo, los reveses se sucedían unos a otros sin que el público se enterase. Un chistoso dijo que todo era misterio en Petersburgo, aunque no hubiese nada secreto; se concluyó, en efecto, por descubrir la verdad; pero es tal el hábito de callar de los cortesanos rusos, que disimulan la víspera lo que ha de ser público al día siguiente, y si revelan lo

que saben es siempre contra su voluntad. Un extranjero me dijo que Smolensk había sido tomado, y que Moscou corría grandísimo peligro. El desaliento se apoderó de mí. Creí que volvía a empezar la deplorable historia de las paces de Austria y de Prusia, producidas por la conquista de las capitales. Era, por tercera vez, la misma jugada, que podía salir bien una más. La aparente movilidad de las impresiones de los rusos me impedía observar el verdadero estado del espíritu público. El abatimiento había congelado los ánimos; ignoraba yo que en hombres de impresiones tan vehementes, aquel abatimiento era precursor de un despertar terrible. De igual manera se ve en las gentes del pueblo una inconcebible pereza hasta el instante en que su actividad se reanima; entonces no conocen obstáculos ni temen peligro alguno, y lo mismo vencen a los elementos que a los hombres.

Sabía yo que la administración interior, lo mismo la de guerra que la de justicia, caían con frecuencia en manos muy venales, y que por las dilapidaciones que se permitían los empleados subalternos era imposible saber fijamente el número de las tropas ni las medidas tomadas para su aprovisionamiento; la mentira y el robo son inseparables, y en un país de civilización tan nueva, la clase intermedia carece de la simplicidad de los campesinos y de la grandeza de los boyardos; aún no existe opinión pública que refrene a esa clase intermedia, de vida tan reciente, que ha perdido

la candorosa fe popular sin haber adquirido el culto al honor. También la envidia minaba las relaciones entre los jefes del ejército. El Gobierno despótico despierta por su naturaleza, y a pesar suyo, los celos entre sus servidores; como la voluntad de uno sólo puede cambiar totalmente la suerte de cada individuo, el temor y la esperanza tienen tal campo de acción, que sin cesar fomentan la envidia, excitada además por otro sentimiento: el odio a los extranjeros. El general que mandaba el ejército ruso, Barclay de Tolly, aunque nacido en territorio del imperio, no era de raza esclavona bastante pura; esto era sobrado para que no pudiese llevar a los rusos a la victoria; además, había aplicado su distinguido talento a un sistema de guerra de posiciones y de maniobras, mientras que el arte militar que conviene a los rusos es el ataque. Hacerlos retroceder, aunque sea por un cálculo discreto y bien fundado, es enfriar en ellos la impetuosidad, que constituye su fuerza. Los auspicios de la campaña eran, pues, tristísimos, y el silencio que acerca de este asunto se guardaba, aún más pavoroso. Los ingleses insertan en sus papeles públicos noticia exacta de los heridos, prisioneros y muertos en cada batalla; noble candor de un Gobierno que es tan sincero con la nación como con el monarca, reconociendo a los dos el mismo derecho a saber el estado de los asuntos públicos. Paseábame yo con tristeza profunda por aquella hermosa ciudad de Petersburgo, que podía ser presa del ven-

cedor. Cuando al caer de la tarde volvía de las islas y veía la cima dorada de la ciudadela brotar en los aires como un trazo de fuego, cuando veía reflejados en el Neva los muelles de mármol y los palacios que le rodean, representábase yo tantas maravillas mancilladas por la arrogancia de un hombre, que iría a decir como Satán en la cumbre de la montaña: "Los reinos de la tierra son míos." Todo lo bello y bueno que había en San Petersburgo parecía abocado a la destrucción, y no podía gozar de ello sin que me persiguiese tan doloroso pensamiento.

Fuí a visitar los establecimientos de educación fundados por la Emperatriz, y allí más que en los palacios, redoblaba mi ansiedad; porque basta que el hábito de la tiranía de Bonaparte se acerque a las instituciones encaminadas al mejoramiento de la especie humana, para que su pureza se corrompa. El Instituto de Santa Catalina se compone de dos casas, y cada una alberga doscientas cincuenta doncellas nobles o burguesas, educadas allí con un esmero muy superior incluso al que las familias ricas podrían consagrar a sus hijos. El orden y la elegancia imperan en los menores detalles del Instituto; los más puros sentimientos religiosos y morales presiden en el cultivo de las bellas artes. Las mujeres rusas tienen tanta gracia natural, que al entrar en la sala donde las educandas nos saludaron, no vi ni una sola que no pusiera en aquella reverencia cuanta cortesía y modestia pueden expresarse en una acción tan

sencilla. Invitáronlas a lucir sus talentos delante de mí, y una de ellas, que sabía de memoria trozos de los mejores escritores franceses, recitó algunas de las páginas más elocuentes de mi padre, en su *Curso de moral religiosa*. Esta delicada atención fué sugerida acaso por la misma Emperatriz. Sentí emoción vivísima al escuchar unos pensamientos que desde hacía tantos años no tenían más asilo que mi corazón. En los países libres de la opresión de Bonaparte, comienza la posteridad a hacer justicia a los que hasta en la tumba fueron víctimas de las calumnias imperiales. Las educandas del Instituto de Santa Catalina cantaban a coro unos salmos antes de sentarse a comer; aquellas voces, numerosas, dulces y puras, me causaron un enternecimiento mezclado de amargura. ¿Qué estragos haría la guerra en aquellas pacíficas fundaciones? ¿Adónde irían las pobres palomas huyendo de las armas del vencedor? Después de la comida, reuniéronse las muchachas en una magnífica sala, donde bailaron todas juntas. La belleza de sus facciones no tenía nada de particular, pero su gracia era extraordinaria; son hijas de Oriente, con toda la decencia que las costumbres cristianas han difundido entre las mujeres. Primero ejecutaron una danza antigua, con la música de ¡*Viva Enrique IV, viva el rey valiente!* ¡Cuán distantes de nuestra época los tiempos evocados por esa canción! Dos niñas de diez años, de cara redonda, terminaron el baile con un paso ruso; este baile

tiene a veces el carácter voluptuoso del amor; pero, ejecutado por unas niñas, la inocencia de la edad se mezclaba a la originalidad nacional. Es indecible el interés que despertaban aquellas gracias amables, cultivadas por la mano delicada y generosa de una mujer y soberana.

También están bajo la inspección de la Emperatriz un Instituto para ciegos y otro para sordomudos. El Emperador, por su lado, pone mucha atención en la Escuela de cadetes, dirigida por un hombre de espíritu superior, el general Klinger. Todas estas fundaciones son muy útiles; pero podría reprochárseles su excesivo esplendor. Al menos sería de desear que en diversas localidades del Imperio se fundaran, no escuelas tan magníficas, sino establecimientos que diesen al pueblo conocimientos elementales. En Rusia todo ha comenzado por el lujo, y la cúspide ha precedido, por decirlo así, a los cimientos. Sólo hay en Rusia dos grandes ciudades: Petersburgo y Moscou; las otras no merecen apenas ser citadas; están, además, separadas por distancias enormes; los mismos castillos de los grandes señores están tan apartados unos de otros, que los propietarios apenas pueden comunicarse. En fin, la población del Imperio está tan diseminada, que difícilmente los conocimientos de los unos pueden ser útiles a los otros. Los campesinos hacen sus cuentas valiéndose de una máquina de calcular, y hasta los empleados de correos siguen ese método. Los popes griegos saben mucho menos que los curas

católicos, y sobre todo que los ministros protestantes; de manera que en Rusia el clero no sirve para instruir al pueblo, como en otros países de Europa. El lazo nacional consiste en la religión y en el patriotismo; pero falta un foco de cultura, cuyos rayos se esparzan por todo el Imperio; las dos capitales no pueden aún comunicar a las provincias su caudal literario y artístico. Si Rusia hubiera podido gozar de paz, sus adelantos en todo orden hubiesen sido grandes bajo el reinado bienhechor de Alejandro. Pero ¿quién sabe si la regeneración de las naciones no se funda precisamente en virtudes como las que esta guerra suscita?

Hasta el presente, los rusos sólo han tenido hombres de genio en la carrera militar; en las demás artes sólo son imitadores; bien es verdad que la imprenta tampoco entró en Rusia hasta hace ciento veinte años. Los demás pueblos europeos se han civilizado casi simultáneamente, y han mezclado a su genio natural los conocimientos adquiridos; en los rusos no se ha producido aún esa mezcla. Lo mismo que dos ríos, después de su confluencia, corren por el mismo cauce sin confundir sus aguas, la naturaleza y la civilización se han reunido en los rusos, sin identificarse una con otra; y, según las circunstancias, un mismo hombre os parece tan pronto un europeo, rigurosamente sujeto a las formas sociales, como un esclavón impulsado por las más desenfrenadas pasiones. Arribarán al genio en las be-

llas artes, y sobre todo en la literatura, cuando encuentran el modo de expresar con el lenguaje su natural verdadero, del mismo modo que lo expresan con sus acciones.

He visto representar una tragedia rusa, cuyo asunto era la liberación de los moscovitas cuando rechazaron a los tártaros hasta más allá de Kazán. El príncipe de Smolensk aparecía vestido con el traje antiguo de los boyardos, y el ejército tártaro se denominaba la *Horda dorada*. La obra estaba compuesta casi por entero según las reglas de la dramaturgia francesa; el ritmo de los versos, la declamación, el corte de las escenas, todo era francés; una sola situación se inspiraba en las costumbres rusas: el profundo terror que inspiraba a una muchacha la amenaza de la maldición paterna. La autoridad del padre es casi tan fuerte en el pueblo ruso como en China, y la verdadera savia nacional hay que buscarla en el pueblo. La buena sociedad de todos los países se parece; el mundo elegante es muy poco adecuado para suministrar asuntos de tragedia. Entre los que se leen en la historia de Rusia, uno me impresionó sobremanera. Iván el Terrible, siendo ya viejo, sitiaba a Novogorod. Los boyardos, viéndole débil, le preguntaron si no querría confiar a su hijo el mando del asalto. Su furor al oír esta proposición fué tan grande, que con nada se le pudo calmar; su hijo se prosternó a sus plantas; Iván le rechazó con un golpe tan violento, que el infortunado príncipe murió a los dos días. En-

tonces el padre, desesperado, no quiso ocuparse ya más de la guerra ni del Poder, y sobrevivió muy pocos meses a su hijo. Esta rebeldía de un déspota viejo contra la marcha del tiempo es grande y solemne; el enternecimiento que en aquella alma feroz sucede al furor, nos muestra al hombre tal como sale de las manos de la naturaleza, tan pronto irritado por el egoísmo como retenido por el afecto.

Una ley rusa imponía la misma pena al que mutilaba el brazo de un hombre que a su matador. En efecto, en Rusia el hombre vale sobre todo por su fuerza militar; los demás modos de energía sólo se aprecian en virtud de instituciones y costumbres no desenvueltas aún en Rusia. Las mujeres, sin embargo, parecían penetradas, en Petersburgo, de aquel sentimiento del honor patrio, que constituye la fuerza moral de un Estado.

La princesa Dolgoruki, la baronesa de Strogonoff y otras varias, sabían ya que una parte de su fortuna había padecido gravemente por la devastación de la provincia de Smolensk, y no parecían pensar en ello más que para animar a sus iguales a sacrificarlo también todo. La princesa Dolgoruki me contó que un anciano de lengua barba, encaramado en un altozano que domina a Smolensk, decía llorando a su nieto que tenía en las rodillas: "Hijo mío, en otros tiempos, los rusos iban a ganar batallas a los confines de Europa; ahora vienen los extranjeros a atacarnos

en nuestra casa." Este dolor del viejo no fué inútil; pronto veremos cuán caras se han pagado esas lágrimas.

CAPITULO XX

Mi partida para Suecia.—Paso a Finlandia.

El Emperador salió de Petersburgo, y se supo que había ido a Abo, donde tenía que avistarse con el general Bernadotté, príncipe real de Suecia. Desde aquel momento ya no hubo duda acerca del partido que este príncipe había tomado en la guerra actual, y no había cosa que más importara entonces para la salvación de Rusia y, por tanto, de Europa. En el curso de este relato se verá desenvolverse las consecuencias de aquel suceso. Mientras conferenciaban el Emperador de Rusia y el príncipe de Suecia, llegó la noticia de la entrada de los franceses en Smolensk, y allí se comprometió el Emperador consigo mismo y con su aliado a no firmar en ningún caso la paz. "Si toman Petersburgo—dijo—, me retiraré a Siberia. Volveré a tomar nuestras costumbres antiguas, y, como nuestros barbudos antepasados, vendremos a conquistar de nuevo el Imperio. Esa resolución libertará a Europa."—exclamó el príncipe de Suecia; su predicción comienza a cumplirse.

Vi por segunda vez al Emperador Alejandro cuando regresó de Abo, y en el coloquio que tuve el honor de mantener con él, me convenció de tal

modo de su firmeza de voluntad, que, a pesar de la toma de Moscou y de todos los rumores que de este suceso nacieron, no creí que cediese jamás. Tuvo a bien decirme que después de la toma de Smolensk, el mariscal Berthier escribió al general en jefe ruso respecto a ciertas cuestiones militares, y que terminaba su carta diciendo que el Emperador Napoleón conservaba la más tierna amistad por el Emperador Alejandro; insípida burla que el Emperador de Rusia recibió como era debido. Napoleón le había dado lecciones de política y de guerra, abandonándose en las primeras a su malsano charlatanismo, y en las segundas, al placer de mostrarse descuidado por desdén. Se llevó chasco con el Emperador Alejandro; la nobleza de su carácter le pareció un engaño; no se dió cuenta de que si el Emperador de Rusia se dejó llevar demasiado lejos por su entusiasmo, fué porque creyó que Napoleón era partidario de los primeros principios de la Revolución francesa, que concordaban con sus opiniones propias; pero nunca tuvo Alejandro la idea de asociarse con Napoleón para esclavizar a Europa. Napoleón, en esta circunstancia como en todas, creyó conseguir deslumbrar a un hombre con una falsa representación de sus intereses; pero tropezó con una conciencia, y sus cálculos resultaron fallidos, porque desconoce la fuerza de aquel elemento, que no entra nunca para nada en sus combinaciones.

Aunque Barclay de Tolly era un militar bien

reputado, los reveses que sufrió al comienzo de la campaña concitaron contra él la opinión pública, que designaba para sustituirle a un general famosísimo: al príncipe Kutusow; el príncipe tomó el mando quince días antes de la entrada de los franceses en Moscou, y no pudo incorporarse al ejército sino seis días antes de la gran batalla que se dió casi a las puertas de la ciudad, en Borodino. Fui a visitar al príncipe la víspera de su partida; era un anciano de muy graciosos modales y de fisonomía viva, aunque le faltaba un ojo de resultas de una de las numerosas heridas que había recibido en los cincuenta años de su carrera militar. Contemplándole, temía yo que no fuese capaz de luchar con los hombres jóvenes y vigorosos que se abatían sobre Rusia desde todos los puntos de Europa; pero los rusos, cortesanos en Petersburgo, vuelven a ser tártaros en el ejército, y el caso de Suvarow ya había probado que ni la edad ni los honores enervan su energía física y moral. Me separé del ilustre mariscal Kutusow muy conmovida; no sabía yo si abrazaba a un vencedor o a un mártir; pero vi que comprendía la grandeza de la causa que se le encomendaba. Se trataba de defender, o más bien de restablecer, todas las virtudes morales que el hombre debe al cristianismo, toda la dignidad que Dios le ha dado y toda la independencia que la naturaleza le consiente; se trataba de recuperar todos esos bienes de las garras de un solo hombre, porque los franceses son tan inocentes de los

desmanes de sus ejércitos como los alemanes e italianos que le siguen. Antes de partir, el general Kutusow fué a orar a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán, y todo el pueblo, que seguía sus pasos, le aclamó salvador de Rusia. ¡Qué momento para un mortal! Su edad no le permitía esperar sobrevivir a las fatigas de la campaña; pero hay instantes en que el hombre necesita morir para saciar su alma.

Segura ya de la generosa opinión y de la noble conducta del príncipe de Suecia, me confirmé más que nunca en la determinación de ir a Estocolmo antes de embarcarme para Inglaterra (1); y hacia el fin de septiembre salí de Petersburgo para ir a Suecia por Finlandia. Mis nue-

(1) La señora de Stäel estaba en Londres en abril de 1815. Su existencia era uno de los más terribles reproches dirigidos a Napoleón. Es innegable que no tiene excusa lo que ha hecho contra ella. Ningún motivo le justifica en este caso, a diferencia de otros actos suyos muy severos, que tal vez podrían juzgarse más favorablemente de lo que se usa. La señora de Stäel era una víctima inocente, a pesar de los yerros que Napoleón la imputaba. Yo quise mucho a la señora de Stäel por su gloria, por su hermosa nombradía, tan bien y tan noblemente conquistada; la quiero por su bondad, y por la brillante aureola que a su genio debemos las mujeres. Era, además, grande y generosa, y su alma sabía amar, como yo comprendo muy bien que se ame. ¡Con cuánta alegría pensaba yo en su regreso a Francia! Era francesa ante todo, a mi parecer, y uno de los motivos de mi afecto por ella es que no se olvidó de esa cualidad.

Un reproche podría hacersele, sin embargo: la excesiva latitud que ha dado a su resentimiento con Napoleón. Por mi parte, me siento naturalmente inclinada a guardar silencio sobre los que me ofenden. Nunca pronuncio su nombre, y si lo hago, es sin acritud. Tal vez les molesto más callando que hablando. Así lo creo. Me parece que la venganza del silencio es la más noble, la más digna. La señora de Stäel no pudo resistir a la tentación placentera de golpear al coloso abatido. Al fin, por algo era mujer. (*Memorias de la duquesa de Abrantes*. T. X, pág. 478.)

vos amigos, los que por conformidad de sentimientos se habían aproximado a mí, vinieron a decirme adiós; sir Roberto Wilson, que busca por todas partes las ocasiones de combatir y de inflamar el ánimo de sus amigos; el señor de Stein, carácter antiguo, que sólo vive de la esperanza de ver libertada a su patria; el enviado de España, el ministro de Inglaterra, lord Tirconnel; el espiritual almirante Bentink, Alejo de Noailles, el único francés, emigrado como yo por no someterse a la tiranía imperial, que hubiese allí para dar testimonio por Francia; el coronel Dornberg, natural de Hesse, hombre intrépido y perseverante, y varios rusos que después han ilustrado sus nombres con sus hazañas. Nunca había corrido mayor peligro la suerte de todos; nadie lo ignoraba, pero no se atrevían a decirlo; yo sola, por ser mujer, no estaba amenazada; pero bien podía tomar en cuenta mis pasados sufrimientos. Al decir adiós a tan dignos paladines de la raza humana, no sabía yo a cuantos de ellos volvería a ver; dos han muerto ya. Cuando las pasiones humanas se encrespan y chocan, cuando las naciones se atacan con furor, reconocemos en esas desventuras el destino de la humanidad y gemimos por ella; pero cuando un solo hombre, semejante a los ídolos de los lapones incensados por el miedo, esparce a torrentes el mal sobre la tierra, un terror supersticioso nos sobrecoge y nos lleva a considerar a todas las personas honradas como otras tantas víctimas.

Al entrar en Finlandia se echa de ver en seguida el cambio de país, y que hay allí una raza que no es la raza esclavona. Dicen que los fineses proceden inmediatamente del Norte de Asia, y que su idioma no tiene relación con el sueco, lengua intermedia entre el inglés y el alemán. La mayoría de los finlandeses, no obstante, son de aspecto completamente germánico; sus cabellos rubios y su blanca tez no se parecen en nada a la vivacidad de los rostros rusos; también sus costumbres son más dulces; las gentes del pueblo son de una probidad reflexiva, que deben a la instrucción del protestantismo y a la pureza de las costumbres. Los domingos vese a las muchachas volver del sermón a caballo, y los jóvenes las siguen. En Finlandia es fácil hallar hospitalidad en casa de los pastores, que consideran deber suyo alojar a los viajeros; nada tan dulce y tan puro como la acogida que dispensan estas familias; y como apenas hay casas señoriales, los pastores son, de ordinario, lo más importante de la población. En algunas canciones finlandesas, las muchachas ofrecen a sus enamorados renunciar por su amor incluso a la morada de un pastor, si por acaso quisiera compartirla con ellas. Esto recuerda la frase de un zagalillo, que decía: "Si yo fuese rey, guardaría las ovejas a caballo." Ni la imaginación puede apenas ir más allá de lo que se conoce.

El aspecto de la naturaleza en Finlandia es muy distinto que en Rusia; en lugar de las lagu-

nas y planicies que rodean a Petersburgo, vense peñascos, que a veces son casi montañas, y selvas; pero a la larga se da uno cuenta de la monotonía de las montañas, y de que los bosques están formados por los mismos árboles: el pino y el abedul. Los enormes bloques de granito que hay esparcidos por el campo y al borde de las carreteras dan al país cierto aspecto de rudeza; pero en torno de esas grandes osamentas del globo, la vida escasea, y en la latitud de Finlandia la vegetación va ya decreciendo hasta los últimos confines de la tierra animada. Atravesamos una selva medio consumida por el fuego; los incendios, lo mismo en las ciudades que en el campo, son muy frecuentes, porque los vientos del Norte acrecen la actividad de las llamas; el hombre lucha trabajosamente contra la naturaleza en estos climas helados. En Finlandia hay pocas ciudades, y las que hay están poco pobladas. No hay un centro de actividad, ni emulación, ni nada que decir, y muy poco que hacer en una provincia del Norte sueco o ruso, y durante ocho meses del año, la naturaleza viviente se adormece.

El Emperador Alejandro se apoderó de Finlandia a consecuencia del tratado de Tilsit, en un momento en que la perturbación de sus facultades ponía al rey que entonces reinaba en Suecia, Gustavo IV, en la imposibilidad de defender a su país. El carácter moral de este príncipe era muy digno de estimación; pero desde su infancia había reconocido él mismo que no podía llevar

las riendas del Gobierno. Los suecos se batieron en Finlandia con grandísimo valor; pero cuando una nación poco numerosa no tiene en el trono un rey guerrero, no puede triunfar de un enemigo poderoso. El Emperador Alejandro se hizo dueño de Finlandia por conquista y por tratados basados en la guerra; pero es justo reconocer que ha gobernado con moderación su nueva provincia y respetado la libertad de que gozaba. Reconoció todos los privilegios de los finlandeses relativos a los tributos y al servicio militar; socorrió generosamente las ciudades incendiadas, y su protección compensó hasta cierto punto la pérdida de lo que los finlandeses poseían por su derecho, si es que hay hombres libres que acepten voluntariamente un cambio de esa especie. En fin, una de las ideas dominantes del siglo XIX, la idea de los límites naturales, hacían a Finlandia tan necesaria para Rusia como Noruega lo es para Suecia; y puede afirmarse con verdad que donde esos límites naturales no han existido, las guerras han sido constantes.

Me embarqué en Abo, capital de Finlandia. En la Universidad que allí hay, tratan de cultivar un poco el espíritu; pero los osos y los lobos están tan próximos durante el invierno, que la necesidad de asegurarse una vida física tolerable absorbe todos los pensamientos; el trabajo necesario para esto en los países del Norte consume una gran parte del tiempo que en otras partes se consagra a los goces de las artes y del ingenio.

Puede decirse, en cambio, que las mismas dificultades de que la naturaleza rodea al hombre, robustecen su carácter y no consienten que el espíritu se pervierta en la ociosidad. Sin embargo, a cada momento echaba yo de menos aquella luz del Mediodía que había inundado mi alma.

Las ideas mitológicas de los habitantes del Norte los hacen ver sin cesar aparecidos y fantasmas; el día es allí tan propicio a las apariciones como la noche; el ambiente pálido y nuboso parece invitar a los muertos a volver a la tierra, a respirar el aire frío como la tumba que rodea a los vivos. En estas comarcas, los casos extremos son más frecuentes que los términos medios; o la ocupación única es luchar con la naturaleza para subsistir, o los trabajos del espíritu adquieren con facilidad un tono místico, porque el hombre no recibe inspiración alguna de los objetos exteriores, y todo lo extrae de sí mismo.

Las crueles persecuciones del Emperador me han hecho perder por completo la confianza en la suerte; sin embargo, creo más en la protección de la providencia, aunque no bajo la forma de venturas terrenales. De esto se sigue que cualquier resolución me espanta, pero el destierro obliga a menudo a tomarlas. Tenía miedo al mar, y todos me decían: "Todo el mundo hace esa travesía, y a nadie le ocurre nada." Razones como éstas tranquilizan a casi todos los viajeros; pero la imaginación no se deja encadenar por consue- los de ese género, y la idea de aquel abismo, de

que tan débil defensa nos separa, es una tortura. El señor Schlégel advirtió el pavor que me inspiraba la frágil embarcación que iba a llevarnos a Estocolmo. Cerca de Abo me enseñó la prisión en que uno de los más infortunados reyes de Suecia, Eric XIV, había estado encerrado durante algún tiempo, antes de morir en otra prisión cerca de Gripsholm. "Si estuviéseis ahí—me dijo—, ¡cómo envidiaríais la travesía por mar que ahora os asusta!" Esta reflexión tan justa cambió el curso de mis ideas, y los primeros días de navegación fueron bastante agradables. Pasábamos entre islas, y aunque el peligro cerca de la costa sea mucho mayor que en alta mar, no se siente nunca el terror que infunde la vista de las olas, que al parecer se confunden con el cielo. Esforzábame por ver la tierra en el horizonte, en cuanto la distancia me lo permitía; lo infinito es tan terrible a nuestros ojos como placentero al alma. Pasamos ante la isla de Aland, donde los plenipotenciarios de Pedro I y de Carlos XII trataron la paz e intentaron poner límites a su ambición sobre aquella helada tierra, que sólo la sangre de sus súbditos había calentado por un momento. Esperábamos llegar al día siguiente a Estocolmo; pero el viento, decididamente contrario, nos obligó a echar el ancla en la costa de una isla rocosa, en la que crecían algunos árboles, no mucho más altos que las piedras entre que brotaban. Sin embargo, nos apresuramos a ir a pasear por la isla, para sentir la tierra bajo nuestros pies.

Siempre he sido muy propensa al fastidio, y lejos de saber entretenerme en los instantes completamente vacíos, que parecen destinados al estudio...

(Aquí termina el manuscrito. Después de una travesía no exenta de peligros, mi madre desembarcó en Estocolmo. Fué recibida en Suecia con mucha bondad, y pasó allí ocho meses, durante los que escribió el relato que antecede. Poco después partió para Londres, y allí publicó su obra sobre Alemania, que la Policía imperial había prohibido. Pero su salud, ya rudamente quebrantada por las persecuciones de Bonaparte, sufrió mucho con tan largo y fatigoso viaje, y mi madre se creyó obligada a emprender sin demora la historia de la vida política del Sr. Necker, aplazando todos los demás trabajos hasta dar cima a lo que su piedad filial miraba como un deber. Concibió entonces el plan de sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*. No terminó la presente obra, y el manuscrito de sus *Diez años de destierro* quedó en su cartera, tal como le publico. (Nota del señor de Stäel, hijo.)

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I.—Causas de la animosidad de Bonaparte contra mí.....	11
— II.—Comienzos de la oposición en el Tribu- nado.—Primeras persecuciones con este motivo. — Fouché.....	15
— III.—Sistema de fusión adoptado por Bona- parte.—Publicación de mi obra so- bre Literatura.....	20
— IV.—Conversación de mi padre con Bonapar- te.—Campaña de Marengo.....	24
— V.—La máquina infernal.—Paz de Luneville.	31
— VI.—El Cuerpo diplomático bajo el Consula- lado.—Muerte de Pablo I.....	35
— VII.—París en 1801.....	40
— VIII.—Viaje a Coppet.—Preliminares de la paz con Inglaterra.....	48
— IX.—París en 1802.—Bonaparte, presidente de la República italiana.—Regreso a Coppet.	62
— X.—Nuevos síntomas de la malquerencia de Bonaparte contra mi padre y contra mí.—Asunto de Suiza.....	59
— XI.—Ruptura con Inglaterra.—Comienza mi destierro	66
— XII.—Partida para Alemania. — Llegada a Weimar	77
— XIII.—El príncipe Luis Fernando.....	80
— XIV.—Conspiración de Moreau y de Pichegrú.	83
— XV.—Asesinato del duque de Enghien.....	88
— XVI.—Enfermedad y muerte del señor Necker.	95
— XVII.—Proceso de Moureau.....	98
— XVIII.—Comienzo del Imperio.....	104

SEGUNDA PARTE

	Págs.
CAPÍTULO I.—Prohibición de mi obra sobre Alemania. Destierro fuera de Francia.....	113
— II.—Regreso a Coppet. — Diversas persecuciones	127
— III.—Viaje por Suiza con el señor de Montmorency	138
— IV.—Destierro del señor de Montmorency y de la señora de Récamier.—Nuevas persecuciones	144
— V.—Salida de Coppet.....	154
— VI.—Paso a Austria.—1812.....	164
— VII.—Estancia en Viena.....	174
— VIII.—Salida de Viena.....	180
— IX.—Paso a Polonia.....	191
— X.—Llegada a Rusia.....	138
— XI.—Kiew	201
— XII.—Camino de Kiew a Moscou.....	208
— XIII.—Aspecto del país. — Carácter del pueblo ruso	214
— XIV.—Moscou	220
— XV.—Camino de Moscou a Petersburgo.....	230
— XVI.—San Petersburgo.....	233
— XVII.—La Familia Imperial.....	243
— XVIII.—Costumbres de los grandes señores rusos.	249
— XIX.—Establecimientos de instrucción pública. Instituto de Santa Catalina.....	257
— XX.—Mi partida para Suecia.—Paso a Finlandia	269

Colección Universal

OBRAS PUBLICADAS

N.º 1, 2, 3 y 4.—**Poema del Cid.**

Texto y traducción.—La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

N.º 5 y 6.—LOPE DE VEGA: **Fuente Ovejuna.** Comedia. — Edición revisada por Américo Castro.

N.º 7.—M. KANT: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico.—La traducción ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

N.º 8, 9 y 10.—O. GOLDSMITH: **El vicario de Wakefield.** Novela.—La traducción ha sido hecha por Felipe Villaverde.

N.º 11, 12 y 13.—LA ROCHEFOUCAULD: **Memorias.**—La traducción ha

sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

N.º 14 y 15.—J. ORTEGA MUNILLA. de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.**

N.º 16.—P. MERIMÉE: **Doble error.** Novela. La traducción ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.

N.º 17, 18, 19 y 20.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo I.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.º 21, 22, 23 y 24.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo II.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.º 25 y 26.—J. W. GOETHE: **Las cuantas de Werther.** Novela.—La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.

N.º 27.—ANTONIO MACHADO: **Soledades, galerías y otros poemas.**—Segunda edición.

N.º 28 y 29.—CERVANTES: **Novelas**

ejemplares. Tomo I. «La gitavilla» y «El amante liberal».

N.º 30, 31, 32 y 33.—L. ANDREIEV: **Sachka Yegulev.** Novela.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

N.º 34 y 35.—C. CASTELLO-BRANCO: **Novelas del Miño.**—La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suárez.

N.º 36 y 37.—CICERON: **Cuestiones académicas.** — La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.

N.º 38, 39 y 40.—VILLALON: **Viaje de Turquía.** Tomo I.—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

N.º 41, 42 y 43.—VILLALON: **Viaje de Turquía.** Tomo II. — La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

- N.º 44 y 45.—V. KOROLENKO: **El día del juicio.** Novelas.—Traducción del ruso por N. Tasin.
- N.º 46 y 47.—S. ESTEBANEZ CALDERON: **Novelas y cuentos.**
- N.º 48. — G. W. LEIBNITZ: **Opúsculos filosóficos.** — Traducción de Manuel G. Morente.
- N.º 49, 50 y 51.—PLUTARCO: **Vidas paralelas.** Tomo I. — Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.
- N.º 52, 53 y 54.—ABATE PREVOST: **Manon Lescaut.** Novela. — Traducción del francés, por Enrique de Mesa.
- N.º 55 y 56.—RUIZ DE ALARCON: **Los pechos privilegiados.** Comedia. Edición preparada por Alfonso Reyes.
- N.º 57.—L. VELEZ DE GUEVARA: **El Diablo Cojuelo.** Novela.
- N.º 58, 59 y 60.—GEORGE ELIOT: **Silas Marner.** Novela.

MANUALES GALLACH

Esta famosa colección, útil y económica, de conocimientos enciclopédicos, abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas, y es valiosísimo caudal de enseñanzas provechosas, porque sus volúmenes se han encargado a especialistas eminentes, entre los cuales figuran personalidades de tanto prestigio como los señores Luanco, Buen, Lozano, Mundi, Carracido, Calderón, Posada, Costa, Macpherson, Casares, Rivas Mateos, Altamira, Zulueta, Rubió y Bellvé, Opisso, Giner de los Ríos (D. Francisco y D. Hermenegildo), Villar, Comas Solá, Apeles Mestres, etc., etc.

LLEVAMOS PUBLICADOS MAS DE
CIEN INTERESANTISIMOS VOLUMENES

A los compradores de la colección los regalamos
un magnífico mueble para coleccionar

PIDASE EL CATALOGO ESPECIAL,
QUE ENVIAMOS GRATIS A QUIEN LO SOLICITE,
A NUESTRAS OFICINAS DE
BARCELONA

CONSEJO DE CIENTO, 416

APARTADO DE CORREOS 89

ALGUNAS DE LAS
Viajes y

N.º 11, 12 y 13.—LA RO-
CHEFOUCAULD: ME-
MORIAS. Traducción,
por Cipriano Rivas
Cherif.

N.º 38, 39 y 40.—VILLA-
LON: VIAJE DE TUR-
QUIA. Tomo I.—Edi-
ción por A. G. Sola-
linde.

N.º 41, 42 y 43.—VILLA-
LON: VIAJE DE TUR-
QUIA. Tomo II.—Edi-

N.º 49, 50 y 51.—PLU-
TARCO: VIDAS PA-
RALELAS. Tomo I.—
Traducción de D. An-
tonio Ranz Romanillos,
revisada y corregida.

N.º 78, 79 y 80.—C. J.

N.º 8, 9 y 10.—O. GOLDS-
MITH: EL VICARIO
DE WAKEFIELD.—
Traducción del inglés
por Felipe Villaverde.

N.º 14 y 15.—J. ORTEGA
MUNILLA, de la Real
Academia Española:
RELACIONES CON-
TEMPORANEAS.

N.º 16.—P. MERIMEE:
DOBLE ERROR.—Tra-
ducción del francés por
A. Sánchez Rivero.

N.º 17, 18, 19 y 20.—
STENDHAL: ROJO Y
NEGRO. Tomo I.—Tra-
ducción del francés por
Enrique de Mesa.

N.º 21, 22, 23 y 24.—
STENDHAL: ROJO Y
NEGRO. Tomo II.—
Traducción del francés
por Enrique de Mesa.

89104444526



b89104444526a

N.º 66, 67 y 68.—MAD-
ME DE STAEL: DIEZ
AÑOS DE DESTIE-
RRO.—Traducción del
francés, por M. Azaña.

N.º 76 y 77.—L. STER-
NE: VIAJE SENTI-
MENTAL. — Traduc-
ción del inglés, por Al-
fonso Reyes.

Historia.

CESAR: COMENTA-
RIOS DE LA GUERRA
DE LAS GALIAS.—
Traducción del latín
por D. J. Goya y Mu-
niain, revisada y corre-
gida.

Novela.

N.º 25 y 26.—W. GOETHE:
LAS CUITAS DE
WERTHER. — Tra-
ducción del alemán por
D. José Mor de Fuen-
tes, revisada y corre-
gida.

N.º 28 y 29.—CERVAN-
TES: NOVELAS
EJEMPLARES. Tomo I.
"La gitanilla" y "El
amante liberal".

N.º 30, 31, 32 y 33.—L. AN-
DREIEV: SACHKA
YEGULEV. — Traduc-
ción del ruso, por
N. Tasín.

N.º 34 y 35.—C. CASTEL-
LO-BRANCO: DOS
NOVELAS DEL MI-
NO.—Traducción del
portugués por P. Blan-
co Suárez.